


A C A N T I L A D O



Sònia Hernández  
El lugar de la espera

# **EL LUGAR DE LA ESPERA**

**SÒNIA HERNÁNDEZ**



ACANTILADO  
BARCELONA 2019

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2019 by Sònia Hernández Hernández  
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-81-2

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL  
*abril de 2019*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento

mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Javier, mi hermano, ha telefonado para decirme que está decidido a denunciar a sus padres. Al principio me ha parecido una broma y le he seguido la corriente. Con frecuencia entre nosotros dos hilvanamos conversaciones absurdas que pueden durar un buen rato. Los dos hablamos, serios, construyendo argumentos disparatados. Nos gusta creer que somos unos virtuosos de la ironía. El problema aparece con otros interlocutores no tan dispuestos a entrar en el juego y a los que les molesta esa actitud sarcástica tan cercana a la displicencia: los dos hermanos estamos por encima del bien y del mal, y ya nadie nos engaña, porque conocemos las trampas que se esconden por todos lados. El caso es que yo pensaba que Javier querría mantener una de esas charlas absurdas. Le he dicho que si, como consecuencia de su denuncia, finalmente nuestros padres acaban yendo a la cárcel, tendremos que turnarnos para hacerles compañía, y que de ningún modo podría eximirse de esa responsabilidad. Él seguía hablando en serio y ha dicho que no le importaría ir a visitarlos cuando fuese su turno. He tardado un buen rato en apercibirme de que no estaba jugando.

Hace poco me dijo que ya había tocado fondo. Sin embargo, ahora el suelo vuelve a agrietarse bajo sus pies, cree que todavía puede caer más bajo. Sigue viviendo en el piso minúsculo que le presta su amiga. Dice que se encuentra en una situación extrema, que ya no sabe cómo va a seguir adelante, que se siente totalmente desconectado de la realidad. Dice que ya no quedan puentes que unan el espacio indeterminado en el que habita y la realidad donde todo el mundo, mejor o peor, parece desenvolverse. No entiende por qué todo le ha salido tan mal. Ha decidido que va a denunciar a sus padres porque, cuando era niño, cuando todavía no había sucedido nada, no lo educaron ni lo prepararon para lo que vendría después, es decir, para lo que está llegando ahora.

No sólo va a denunciar a sus padres, que son los míos, sino que está dispuesto a iniciar todo un proceso judicial contra el Ministerio de Educación, o el de Bienestar Social, o el que sea. Se supone que la Administración—el

Estado—es la responsable última de la integridad de los administrados. Y su integridad está en peligro. El Estado le ha robado, dice. Si nació con las mismas posibilidades que todo el mundo, en algún momento se las han robado o las ha perdido. Nadie le enseñó los detalles del funcionamiento del sistema, el pacto social o como lo quieran llamar. Me ha pedido que lo ayude, dice que yo tengo muchos contactos, que probablemente conozca a algún jurista que le eche una mano para enfocar el caso. Sólo quiere que lo orienten un poco para no equivocarse con la elección del abogado. Me ha preguntado también si sé cómo se hace para que le asignen uno de esos abogados de turno, esos que te defienden gratis, porque te tocan a boleo, porque sí, porque todos tenemos derecho a la justicia en este mundo tan injusto.

Malva calcula que dentro de dos años podrá volver a actuar. De nuevo, ha perdido peso, y sus ojeras siguen tan oscuras como en los últimos tres años. Pero también es cierto que así gana en expresividad, ella que como actriz ha de transmitir tantas cosas. Esa sombra hace que parezca que tiene los ojos más grandes. Siempre han llamado la atención, tan redondos, tan oscuros. Y perfectamente complementados con su sonrisa suavemente irónica. El director de *casting* no podía imaginar que acabaría robando todo el protagonismo a la adolescente lánguida, pálida y de ojos claros que entonces interpretaba el papel principal en la serie de televisión que hasta hace poco ostentaba el récord de longevidad en pantalla. La mantuvieron muchas temporadas, incluso después de que los guionistas decidieran liquidar a la lánguida de ojos verdes.

Malva tuvo que dejar el instituto porque tenía muchas horas de rodaje y porque las lecciones particulares que empezó con especialistas de la voz, de interpretación, de baile, de yoga y cosas así no le permitían asistir con nosotros a clase. Se hizo famosa. Casi le perdimos el rastro.

Tampoco estuvimos cerca cuando cayó. Ella lo llama «la caída». No sabemos exactamente qué le diagnosticaron. Malva lo resume diciendo que se le cruzaron los cables y que se perdió. Tuvo mucho miedo. Más miedo que al salir al escenario. Mejor dicho, fue como si, después de tantas lecciones y varios años ya de interpretación, hubiese estallado dentro de ella el miedo que tendría que haber sentido en cada una de las actuaciones, en cada una de las sesiones de rodaje en las que no parecía sentir los nervios. Era la dueña de la situación y de la cámara. Pero, un día, todo el pánico acumulado explotó de

repente. Algunos de nosotros dijeron que había flirteado demasiado con las drogas. Ella sonríe, con su sonrisa magnífica, y no aclara si de verdad tomó demasiada droga, ni si nos perdona por todas las cosas que dijimos de ella.

Ahora le han rebajado la medicación. Sigue trabajando en el mismo restaurante de los últimos cinco años. Le gusta hablar con los clientes. Cada vez la reconocen menos. Hace mucho tiempo que dejaron de emitir, por fin, la serie en la que aparecía. Y han estrenado otras muchas desde entonces. Ella le dice a todo el mundo que le quedan dos años para volver a actuar. Algunos de nosotros creen que lo tendrá difícil para volver a trabajar, pero ella, a pesar de todo, está segura de que la llamarán otra vez para actuar en el teatro y en alguna de esas series televisivas que se emiten ahora. Pero ya no es tan joven como cuando tuvo aquel arrebato de miedo y pánico, aunque Malva a veces sonría como si tuviese aún esa misma edad.

Alguno de nosotros ha dicho en más de una ocasión que escribirá una obra de teatro especialmente pensada para ella. Hace tiempo que oímos ese comentario, pero nos consta que aún no ha empezado nadie a escribirla. Todavía tenemos un plazo de dos años. Queda tiempo para escribir esa obra de teatro y hacer otras muchas cosas más. Algunas escenas sí que las hemos oído relatar. Por ejemplo, una que parece la primera de la posible obra, aunque también sería factible que todo el montaje se desarrollara en un único acto.

Aparecen un hombre y una mujer sentados en lados opuestos de una mesa. Podría ser que estuvieran cenando o almorzando; en todo caso, celebrando algo. Por otra parte, también es posible que la mesa sólo sea un recurso escenográfico para sentar a los dos protagonistas cara a cara. Solíamos ir al teatro, pero de eso ya hace mucho tiempo. Es posible que dejáramos de ir cuando Malva enfermó. En la obra de teatro que nos gustaría escribir para cuando ella vuelva a actuar dentro de dos años, el hombre y la mujer mantienen una conversación. Es difícil saber de qué hablan ni qué tipo de relación los une. Creemos que el principal objetivo es demostrar que todas las relaciones son la misma, que nos comportamos igual con la pareja que con un padre, una madre, un hermano, un alumno, un compañero de trabajo o un amigo. En el diálogo hay insatisfacción, pero no reproches. No podemos culpar a los demás de lo que nos sucede. Eso lo sabemos todos, aunque mi hermano quiera denunciar a sus padres y al Estado. Malva nunca ha culpado a

nadie de lo que le sucedió cuando era famosa. El pánico y el miedo sólo le pertenecían a ella. La obra de teatro que escribiremos será interesante, eso seguro. Los actores hablan de tal manera que parece que todo lo que dicen merece ser escuchado con atención. Por eso hablan así. A algunos de nosotros no les gusta la manera como los actores pronuncian las palabras, es demasiado teatral. Pero sí que nos gusta el teatro. Solíamos ir con frecuencia, y a lo mejor dentro de dos años volvemos a ir tanto como antes. Dentro de dos años, Malva no será tan joven como lo es ahora. Si alguien consigue, por fin, acabar la dichosa obra de teatro, tendrá que tener en cuenta que la protagonista no puede ser una mujer tan joven como lo era Malva cuando se hizo famosa por salir en una serie de televisión. No tiene que importar la edad de la mujer, porque a algunos de nosotros no nos importa demasiado la edad. Estamos contentos de haber llegado a ese momento en el que ya no ansiamos tantas cosas. A lo mejor nos faltan un par de años para estar aún más tranquilos, pero ahora está bien. Algunos de nosotros seguimos aquí, y tenemos que estar contentos por eso. Nos conformamos.

Hay muchas cosas de las que no se puede hablar con Malva. Por ejemplo, no le diríamos que dentro de dos años ya no será tan joven. Hay muchas cosas de las que no le vamos a hablar. Hay muchas cosas de las que hemos dejado de hablar.

En nuestra imaginación, a veces aparecen escenas de lo que podría ser la dramaturgia para el regreso de Malva a los escenarios:

—En el edificio donde mis padres han vivido muchos años, y yo también, vivían unos traficantes de drogas. Bueno, mejor dicho, trapicheaban, menudeaban.

—Pensaba que no ibas a hablar de la familia.

—Así es, no voy a hablar de mis padres, tampoco de los hermanos que menudeaban droga.

—¿Entonces?

—Bien pensado, quizá sí quiera hablar de los vecinos de aquel edificio. Tenían un aspecto enfermizo. Entraban y salían de la cárcel; o eso creíamos. Uno de los dos hermanos estaba siempre enfermo. No se le entendía cuando hablaba porque tenía una voz muy ronca, llevaba una muleta y cojeaba ostensiblemente.



—Estás hablando de tus recuerdos de infancia.

—No, no creo que sean imágenes que pertenezcan a mi infancia. Las recupero ahora porque quiero hablar de ellos, no de mí. El hermano que estaba enfermo parecía siempre a punto de morir. Fumaba constantemente. Cada vez que desaparecía por una temporada, pensábamos que finalmente había muerto. Y entonces nos daba más miedo que vivo. Pensábamos que lo de vender droga, o lo de ser drogadicto, se contagiaba, como el sida, la enfermedad que estaba matando a tantísima gente. Y teníamos miedo de contagiarnos alguna de las dos cosas. No queríamos ser drogadictos, nos habían convencido de que era lo peor que podía sucedernos. Yo rezaba por las noches para que nunca fuese una drogadicta.

—¿Ves como lo que pretendías era hablar de ti?

—No, en absoluto. No hablo de mí. Estoy utilizando la primera persona del plural. Eres tú quien se empeña en ponerme en evidencia.

—¿Es de Malva de quien queréis hablar?

—Tal vez sí. Su historia da para mucho más que la nuestra. Pero quiero seguir sin hablar de lo que no quiero hablar.

—¿Por qué has querido que nos viéramos?

—Empiezo a agobiarme con tantas preguntas. No quiero hablar de mí. Sólo quería contarte que los dos hermanos que trapicheaban con drogas en el edificio donde vivían mis padres parecían estar siempre enfermos, siempre a punto de morir. La ambulancia venía con frecuencia y aparcaba delante del bloque de pisos. Iban a su casa; y a veces también la policía. Los vecinos se asustaban en los dos casos, pero todos les tenían aprecio. Uno de ellos, el que no usaba muleta, sabía mucho de electricidad y ayudaba a todos los vecinos cuando se iba la luz los días que había tormenta. No es que sucediera muy a menudo, pero es lo que recuerdo. Las instalaciones de los suministros del edificio eran muy viejas, y era fácil que se fundiesen los fusibles. Algunas vecinas les ofrecían parte de los guisos que preparaban para su propia familia. Era la compensación por devolverles la luz cuando había apagones. O tal vez, simplemente, lo que sucedía es que a aquellas vecinas les gustaba cuidar de los hermanos.

»A muchas personas les gusta tener que cuidar de otros. Encuentran en ello algo parecido a su misión en la vida. Todo el mundo quiere cuidar de Malva, aunque no es fácil saber si a ella le gusta que la cuiden los demás o, por el

contrario, lo aborrece. Mira con sus ojos redondos, sus ojeras oscuras y su sonrisa levemente sardónica, y no dice nada. Pero deja que los demás cuiden de ella. Un día me encontré con Malva en el edificio donde han vivido mis padres durante tanto tiempo. Ella no lo sabía. Se sorprendió cuando nos encontramos y se alegró de que nos viéramos. Siempre se alegra cuando se topa con algún conocido. Cualquiera diría que Malva es una persona alegre. Le gusta transmitir alegría. Pero a veces también hace pensar a quien la ve que está muy sola. Yo aquella tarde pensé que estaba muy sola. Ahora lo parece menos. Dice que se está recuperando. Cuando me la encontré, ella iba a ver a los hermanos que menudean droga. A lo mejor ella no había rezado lo suficiente cuando éramos pequeñas.

—¿Todavía rezas?

—Ésa es otra de las cosas de las que no voy a hablar.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—No me gusta esta escena. Y no se trata de lo que yo quiero. Se trata de lo que puede pasar. De lo que va a pasar.

—Siempre están sucediendo cosas. Te alarmas con demasiada facilidad. Todo es mucho más fácil. Recuerda, lo importante es seguir respirando.

—Malva dice que dentro de dos años volverá a actuar porque entonces ya estará recuperada del todo. Hasta hace muy poco tiempo, dos años no era la medida de nada. En dos años no sucedía apenas nada. Ahora me parece un tiempo en el que se pueden producir muchos acontecimientos. Van a suceder muchas cosas. Hay algo de escalofriante en el anuncio de Malva, como una amenaza. Dentro de dos años empezará una nueva vida. Se habrá recuperado y empezará una etapa decisiva. Los chicos que trapicheaban con droga en nuestra infancia parecía que estuvieran a punto de morir en cualquier momento, pero han pasado muchos años y siguen vivos. Una de sus hermanas está muy enferma. Ella no les va a sobrevivir. Hace mucho tiempo que no se ven porque viven muy lejos los unos de los otros. Pero de eso tampoco quiero hablar. Tal vez sólo quería hablar de los hermanos traficantes porque me he acordado de que me encontré allí con Malva y que ellos siempre parecían enfermos, y que de pequeños pensábamos que su enfermedad tal vez era contagiosa.

En esos dos años durante los cuales Malva va a acabar de recuperarse,

Sergio asegura que él hará algo importante. Muchos de nosotros ya hemos renunciado a la posibilidad de hacer nada realmente meritorio. Sergio no. Dice que está obligado, que todos deberíamos intentarlo, aunque, por otro lado, también entiende que ya no tengamos energía para planear nada. Algunos de nosotros han tenido hijos. Sergio no. Y yo tampoco voy a hablar de eso. De hecho, el propósito era no mencionar todos esos temas de los que no queremos hablar. No mencionarlos es una manera, tal vez contradictoria, de hacer que estén presentes. Sí queremos hablar de Sergio, porque él todavía quiere hacer algo importante. Dice que la única manera de entender una cosa es actuando, formando parte de lo que sucede. Quiere hacer algo que sea notorio y que tenga alguna utilidad para los demás. Quiere que el fruto de su trabajo sirva para algo. Le gustaría luchar contra el capitalismo. Sí, lo dice exactamente así.

—Pero esa lucha ya la perdimos.

—La habéis perdido vosotros.

—La perdemos todos, todo el tiempo.

—Sergio no se resigna. Cree que todavía le queda margen para luchar. No soporta el victimismo de algunos de nosotros. Pero no va a militar en ningún partido, ni en ningún grupo o colectivo. Quiere combatir solo, como un mesías. Quiere hacer algo importante solo, y no se da cuenta de la contradicción que eso supone.

Muchos de nosotros nos reímos o nos sonrojamos cuando Sergio dice que nos hemos rendido demasiado pronto. Otros nos ponemos tristes porque sabemos que ni siquiera hemos intentado luchar. Algunos de nosotros somos muy cobardes. La lucha de Sergio se parece mucho a esa curación de Malva que tiene que producirse en los próximos dos años. Ambos están convencidos de que sucederán acontecimientos que cambiarán la realidad en la que vivimos ahora. Y que ellos tendrán un papel destacado en lo que ocurra. Dentro de dos años, todo será diferente. Ella podrá volver a actuar, y él podrá dejar de hacerlo porque su lucha ya habrá surtido efecto.

Uno y otro necesitan un plan. Eso sí que nos lo han enseñado. Tendríamos que diseñar ordenadamente las diferentes acciones que se han de llevar a cabo para que el proceso obtenga un resultado satisfactorio. No sabemos cómo ha planeado las cosas Malva, tampoco el plan mediante el cual Sergio va a hacer algo importante contra el capitalismo. Dice que nuestras vidas todavía pueden

ser diferentes, aunque muchos de nosotros sabemos que hay días en los que uno no se siente con la fuerza necesaria para hacer nada. Es más, hay días en los que creemos que no se debería hacer ningún movimiento, porque no sirve de nada. Tal vez, para olvidar esos días, Sergio se impone la obligación de hacer algo todavía indeterminado pero importante. Ya no soporta las conversaciones quejumbrosas. Algunos de nosotros piensan que nuestro amigo merece conseguir su objetivo, alcanzar lo que desea, pero no se nos ocurre qué cosa podría hacer él para cambiar o mejorar nuestra vida. Hasta hace poco, a casi ninguno nos gustaba nuestra propia vida, pero ya hemos empezado a ver las cosas de otra manera, e incluso nos surge el miedo a perder lo que apreciamos.

Tal vez es por todo esto que Sergio dice que nos hemos rendido demasiado pronto. A todos nos gustaría que él descubriese un remedio capaz de curar las enfermedades más horribles. Pero sólo dispone de dos años para hacerlo.

Nos bastaría con que encontrase un remedio para curar definitivamente la enfermedad de Malva. También bastaría con que diese con las palabras justas para convencer a la gente que hace cosas que no nos gustan de que dejen de hacerlas. Eso sería importante de verdad. Olga dice que a ella tampoco se le ocurre qué es eso tan importante que podría hacer Sergio, pero sabe tan bien como todos nosotros que tiene el talento suficiente para hacer cualquier cosa que se proponga. Eso es lo que siempre hemos dicho todos nosotros sobre Sergio, y también sobre alguien más.

Eso mismo decían en las notas de primaria, entonces Educación General Básica, de mi hermano, Javier: que tenía las facultades necesarias para hacer todo lo que se propusiese. Ahora quiere denunciar también a los profesores que escribieron eso, al colegio, al ministerio y al gobierno que había detrás. Tal vez, si Sergio conociera estos planes de mi hermano, le parecería una acción lo suficientemente importante. O se irritaría por considerarlo una muestra de victimismo intolerable. Si se decide a iniciar el pleito, tal vez mi hermano provoque algún acontecimiento trascendente que modifique la realidad tal como la conocemos. A muchos de nosotros nos parece una ocurrencia desesperada. No alcanzamos a imaginar de qué manera podrían resarcir a Javier del agravio que supone que, según él, todo el mundo lo haya engañado, incluidos nuestros padres, que no supieron prepararle para todo lo que le esperaba. Algunos de nosotros piensan que, en buena medida, mi

hermano se ha buscado lo que le ha sucedido. En su vida todo es diferente a lo que él esperaba—si es que realmente es capaz de describir coherentemente lo que esperaba—, pero nadie excepto él tiene la culpa de que el mundo y sus procesos le resulten tan ajenos. Además, cuando éramos niños, él acostumbraba a jugar en la calle con los vecinos que trapicheaban con droga.

—Otra vez hablas de la familia.

—La familia ha estado desde el principio, está siempre. Sin embargo, eso no significa que yo vaya a seguir ocupándome de ella. Sergio quiere hacer algo importante en menos de dos años y mi hermano va a denunciar a sus padres y al sistema educativo de todo un país porque está convencido de que lo engañaron.

—No lo dirán de verdad. Para los dos casos nos sirve un diagnóstico tan sencillo como es la insatisfacción. A estas alturas.

—No, probablemente no lo dicen en serio. Pero a muchos de nosotros nos satisfaría que consiguieran algo, que mi hermano obtuviera algo de su denuncia. Nos contentaría porque eso significaría que Javier ha sido capaz de hacer algo, y porque también, quién sabe, conseguiría algo, y demostraría que, efectivamente, las cosas pueden cambiar. Sergio no es el único que está cansado del victimismo.

—Las leyes están para cumplirlas. La convivencia y la civilización serían imposibles si no las respetáramos.

—Las leyes son quebrantadas continuamente por muchas personas. A veces es lo que las hace avanzar.

—¿Así es como piensas ayudar a tu hermano? ¿Sabes tanto de leyes para asesorarlo?

—Me molestan tantas preguntas. Éste no es el camino.

—¿Qué pretendías? ¿Qué esperabas?

Cuando Malva vuelva a actuar y Sergio haya conseguido hacer algo importante, tal vez mi hermano haya denunciado el sistema educativo y político. Quizá lo único que espera es que lo indemnicen económicamente. Dinero para enderezar la situación. A veces pasa ese tipo de cosas. ¿Dictarán una sentencia que obligue a sus hijas a que quieran verlo y a amarlo? ¿Alguien le dirá que él estaba en lo cierto, que es verdad que lo engañaron y que es

víctima de un sistema corrupto y putrefacto, de una historia brutal? ¿Qué hará cuando consiga una respuesta?

Entre todos nosotros deberíamos dar con una persona capaz de razonar y que le haga entender que nadie tiene la culpa de sus fracasos. Sus padres son, si cabe, más víctimas que él. Aunque tampoco él tiene la culpa. Hay una ingente retórica para explicar que no es culpa de nadie y que no pasa nada, que no se puede dilucidar nada. Es más, entre todos nosotros deberíamos ser capaces de dar con alguien que le diga que lo suyo no es un fracaso, que aún existe la posibilidad de encontrar soluciones para los problemas más urgentes que sufre, porque sigue siendo un hombre joven. Cosas como las que le afligen les suceden a muchas personas. Sus padres no tienen la culpa, y por eso no tiene sentido que los quiera denunciar. Alguien le explicará que ellos lo hicieron lo mejor que pudieron, que no es fácil criar un hijo, y que la dificultad aumenta cuanto más prole se tiene. Nadie les enseñó a ser padres, fueron jóvenes en una época mucho más gris de la que le ha tocado vivir a mi hermano. Él no puede ni imaginarse lo que fueron aquellos años. Tuvieron muy mala suerte con la historia que les tocó vivir. Porque es cierto que la suerte existe, tan verdad como que no se puede escoger el momento histórico en el que venimos al mundo. Se escoge otro tipo de cosas. Y sus padres tuvieron mala suerte, mucha.

Mi hermano dice que para mala suerte la suya, pero no considera que sea una cuestión de mala o buena suerte, dice que él no pidió venir a este mundo, y que si lo trajeron, quienes lo hicieron tendrían que haberse responsabilizado de él, porque no se entiende nada. Se siente engañado porque hizo lo que le dijeron que tenía que hacer. Era amigo de quienes menudeaban droga, pero nunca hizo nada malo, o eso nos parece a muchos de nosotros. No supo dar forma a un núcleo familiar, que ahora le evitaría la desesperación en la que vive. Tampoco debió de serle fácil levantar lo poco que ha construido: una familia desestructurada o disfuncional, y a ratos muy infeliz. Así lo diagnosticaron, aunque es posible que ya les hayan cambiado el nombre otra vez a las familias que, como la suya, no son en verdad familias. Si él hubiese sabido las consecuencias, o sea, todo lo que ha pasado después, tal vez se habría comportado de otro modo. Dice eso ahora que ya no se puede hacer nada y que sirve de muy poco que lo diga. No se conforma con la idea de que no se puede hacer nada. Es un hombre joven. Pero no quiere empezar de

nuevo, a veces parece que tampoco quiera seguir adelante. Tampoco es un hombre nostálgico. Sencillamente, no sabe qué puede hacer. Está cansado. Lo que de verdad desea es que alguien le diga que todo va a volver a estar tan bien como cuando todo iba bien, pero tampoco recuerda en qué momento fue así. Por eso tampoco quiere volver atrás. Lo que de verdad le gustaría es despertarse en un escenario diferente, pero sin sentirse extraño, que todo sea más fácil, dejar de estar cansado.

Mi hermano ya no quiere buscar más, justo lo contrario que Sergio, que está seguro de que va a encontrar algo importante. Dice que todavía hay muchos secretos que desconocemos. Por ejemplo, los científicos sólo saben lo que sucede en una parte muy pequeña del cerebro. Olga, su pareja, está de acuerdo. Ella dice que la vida es un continuo misterio que se nos va apareciendo en el camino, y que por eso es tan maravillosa, porque nunca sabemos lo que nos espera y con qué nos sorprenderán. Hemos venido precisamente a vivir todos esos imprevistos que a veces nos asustan tanto. Tenemos que asumirlo desde el principio. A muchos de nosotros no nos gustan las sorpresas. Sergio mira a Olga. Por una parte, le complace que la mujer que tiene a su lado hable de esa manera; pero algunos de nosotros saben que ellos dos no están diciendo lo mismo. Los misterios de Sergio no son los de Olga. Él está seguro de que existen muchas cosas que no vemos porque tenemos muy atrofiada la percepción, pero que en efecto existen. Y todo ese mundo que no vemos forma parte de nuestra existencia. Y el secreto que quiere descubrir está muy relacionado con eso que permanece oculto pero que seguro existe. Hay otras personas que dicen cosas muy parecidas. Y se repiten constantemente.

Sergio también dice con frecuencia que se siente en deuda con la sociedad en la que vive. O quizá no es eso exactamente lo que quiere decir, sino que está obligado a devolver a la sociedad algo de lo que él ha recibido. Así se forma la cadena por la que el ser humano ha existido durante millones de años. Todo lo opuesto a mi hermano. Sergio quiere contribuir de alguna manera a hacer el mundo más grande y más comprensible. Quiere que miremos hacia lo que no vemos, que dejemos de observar los objetos que determinan nuestra manera de vivir. Insiste en que el poder nos está oprimiendo sin que seamos conscientes.

Bien pensado, el discurso de Sergio no es tan opuesto a la queja de mi

hermano. El Poder, el Estado, el Sistema: diferentes nombres para referirse al responsable de todos los problemas que nos afligen. Alguien tendría que haber velado por nuestra seguridad. Sin embargo, en ocasiones nos sentimos amenazados o en peligro. Sergio se siente en deuda con la sociedad en la que ha nacido, pero eso no significa que le guste, en absoluto. Cree que ha sido sometida a una gran cantidad de perversiones, por eso se siente obligado a actuar para intentar solucionar algo. En cambio, mi hermano exige que lo arregle quien lo ha estropeado a lo largo del tiempo. Nunca creyó que hubiese acontecimientos irreversibles. Algunos de nosotros piensan que no entiende el tiempo, es decir, lo que significa el paso del tiempo. Sergio dice que no lo puede entender porque el tiempo no existe. Otros de nosotros consideran que alguien debería explicarle ciertos conceptos claramente a mi hermano, como que el último y único responsable de lo que le ha pasado es él. Pero no va a aceptar ese argumento. Es imposible que el ser humano esté tan solo, y que tenga tanto poder para autodestruirse. Bien mirado, sería mezquino.

Casi todos fracasamos, y eso debe de ser una prueba de algo. Malva se sintió muy fracasada cuando las cosas dejaron de irle bien, pero dice que dentro de dos años volverá a trabajar en el teatro. Mientras tanto, sigue contratada como camarera. Algunos de nosotros sentimos mucha envidia cuando dice que dentro de dos años volverá a ser actriz, porque ya sentimos mucha envidia cuando se convirtió en la intérprete más famosa de la serie de moda hace ya muchos años; y también sentimos envidia porque somos incapaces de imaginar qué sucederá dentro de dos años.

Hay vidas que cambian mucho en ese tiempo, aunque algunos de nosotros piensen que sus vidas no han experimentado grandes cambios. Tal vez no hacen falta dos años, porque los cambios se producen en un segundo: las cosas eran de una manera y de repente pasan a ser de otra. No, no es cierto, no es siempre así. Con las flores, por ejemplo, se produce todo un proceso, muy lento, en el que se pueden ir observando los diferentes pasos que se dan para pasar de un estado al otro. Sí, eso es lo normal, pero también se producen acontecimientos que lo alteran todo en un único instante, sin la posibilidad de poder devolver las cosas a su sitio.

—Se te ha olvidado que debíamos mantener una conversación equilibrada, bien argumentada y enriquecedora.



—¿Enriquecedora para quién? No me gusta nada esta perspectiva.

—Recuerda que Samuel Beckett decía que la segunda persona revelaba la existencia de la voz.

—Sí, la voz propia que se manifiesta para dirigirse al otro. La voz dirigida al otro para huir del pensamiento propio. Esquizofrenia. Pero tampoco quiero hablar de eso. Es complicado. Busquemos realmente un tema posible para esta conversación. Para construir algo sólido. La voz del otro para huir del propio pensamiento. Hagamos posible que Malva vuelva a actuar dentro de dos años.

—De nuevo la huida. Pensaba que ya os habíais cansado, que ya sabíais que no hay nada esperando en ningún sitio y que ya ha llegado el momento de construir.

—Sí, exactamente. Eso: construir algo sólido. Este país ha sufrido un terrible cataclismo económico porque durante años se construyeron muchos edificios y viviendas que todo el mundo quiso comprar porque nos habían hecho creer que tenían un gran valor. Hasta que, de repente, alguien dijo que no, que no tenían valor en absoluto. Todo lo construido se hundió, y muchas personas quedaron atrapadas debajo de los escombros.

—¿Qué vais a construir vosotros?

—Una historia.

—Suena infantil, o pretencioso. Empecemos hablando de una mujer. Piensa sólo en esa mujer. En sus deseos: ¿es Malva? ¿Olga? ¿Es realmente una mujer, o no la conoces?

—Me gustaría que no sufriera. O, mejor dicho, que el suyo no fuese un sufrimiento gratuito. Quiero hablar de Malva cuando haya conseguido volver al teatro sosegada, satisfecha, orgullosa, sin ojeras. Quiero hablar de Malva memorizando su papel y ensayando miradas seductoras delante del espejo porque sabe que se encuentra exactamente en el lugar que debe ocupar en el mundo. Ya no existen sus amigos que trapichean con droga. Ya no hay pesadillas ni alucinaciones. Quiero hablar de cómo se contagia su risa. Puedes reírte mucho con Malva.

Sherezada tenía la vida asegurada mientras contase una historia nueva cada noche. Algo parecido les ocurre a algunos de nosotros: deben seguir escribiendo e inventando historias para que no los alcance el silencio del que puedan nacer las palabras que dirán todo aquello de lo que no queremos

hablar.

Olga le fue una vez infiel a Sergio. Nadie lo creería. Parece que todo su mundo se reduce a él, pero una vez le fue infiel, y casi llegó a creer que lo odiaba. Es posible que efectivamente lo odiara. A lo mejor la única solución es el amor, el lugar donde residen todas las respuestas. Algunos de nosotros creen, maliciosamente, que probablemente el gran secreto que tiene que descubrir Sergio es la traición de Olga. Todo el mundo sabe que él le ha sido infiel más de una vez, pero que siempre vuelve a casa porque sabe a quién quiere de verdad, que es con Olga con quien de verdad desea compartir la vida. Hasta hace poco, lo de compartir la vida no era nada más que una frase hecha: no significaba nada más que un sutil deseo de compromiso, de compañía, de manifestar la voluntad de mantener las cosas inmutables o no poder concebir la idea de que cambiarán aunque nosotros deseemos lo contrario. Para muchos de nosotros es difícil imaginar qué podría suceder si Sergio descubriese que Olga estuvo a punto de odiarlo, de no querer estar más con él, que casi dejó de admirarlo. Las razones por las que los seres humanos deciden compartir su vida, es decir su tiempo, con otros seres extraños son sorprendentes y a veces difíciles de comprender. Sergio quiere hacer algo importante con su vida, y Olga ha decidido alentarle siempre, excepto en el momento en que estuvo a punto de odiarlo. De momento, lo más grande que hace Sergio es que Olga se sienta bien, haciéndole creer que también ella contribuye a su manera a lograr algo grande.

La mujer de mi hermano lo abandonó y se llevó a sus tres hijas porque ya no podía soportar más las infidelidades de su marido. Algunos de nosotros saben que ella también le era infiel, y que probablemente lo que de verdad sucedió es que ella se cansó de que los dos se engañaran tan burdamente. También es posible que se diera cuenta de que mentirse era la mejor manera que habían encontrado para demostrarse que se querían mucho. Compartieron toda su vida durante muchos años. Ahora son los padres de tres niñas que mi hermano apenas si puede ver porque cuando su hogar se desmontó casi enloqueció. Se querían tanto que hicieron de la suya una historia de amor imposible, que dice la tradición que son las de amor de verdad, porque el amor en sí es imposible. Así que debe ser que lo de mi hermano y su mujer era amor verdadero. Lo que no entienden algunos de nosotros es por qué ella sólo

permite que él vea a las niñas en contadas ocasiones. Es difícil de asimilar, y sin embargo también es habitual que personas que se han querido o que han querido compartir toda su vida de repente se hagan tanto daño. Hubiese sido mejor no entrar en el terreno del amor, porque es bastante absurdo y contradictorio en sí mismo, más cuando se mezcla con argumentos de traiciones, mentiras, engaños, decepciones e insatisfacción.

Efectivamente, hubiese sido mejor no entrar en ese territorio, pero ya hemos dicho eso del riesgo que supone el silencio, porque permite la eclosión de las palabras que no queremos decir ni escribir ni escuchar. Para eso incluso el amor es un buen tema. Y el lenguaje y el pensamiento nos pueden llevar por caminos llenos de meandros en los que no se dice lo que se quiere decir o a la inversa. Las palabras se niegan y se contradicen a sí mismas. Además, si queremos disponer de un texto para que Malva pueda volver a actuar dentro de dos años, las relaciones amorosas son un posible tema. La historia de Sergio y Olga se vuelve más cómica cuando entra el amor en escena, tal vez por la oposición de las grandes palabras que siempre utilizan los dos y la realidad en la que esas palabras se convierten. Esa contradicción es cómica, porque en ella está presente el engaño. La historia de Malva sería más conmovedora si hubiese amor de por medio, si alguien hubiese dicho públicamente que quiere compartir toda su vida con ella. Quién sabe. A lo mejor el amor estaba implicado en aquellas visitas a los hermanos del edificio donde vivieron mis padres y que menudeaban droga. No es del todo descabellado que en alguna noche de desesperación Malva acabara pidiendo los cuidados de alguno de los hermanos, igual que las vecinas los llamaban cuando se iba la luz para que ellos cambiaran los fusibles. Las mismas mujeres que se escandalizaban con la forma de vida de los hermanos a veces les pedían favores, y con mucha frecuencia cocinaban para ellos o les guardaban una parte de lo que habían preparado para sus propios hijos. Pero lo de Malva con aquellos chicos no sería amor, es una escena demasiado sórdida, porque ella iba allí presa de la desesperación. Ella había sido una actriz famosa, atractiva, con admiradores. El amor que introduciría ternura en la historia de Malva tendría que ser por alguien con el que sintiese que podría compartir toda su vida. La idea es que, al ver a la otra persona como un reflejo de ella misma, igual que dos seres en comunión, entonces nuestra amiga sería consciente de cómo se estaría desarrollando su propia vida. Algo así como la historia del espejo: el ser

amado serviría para percibirse y sentirse a sí misma. Algunos de nosotros dicen que eso no es sano, pero no hablamos de salud tampoco cuando imaginamos que en noches desesperadas podría caer en los brazos de los hermanos traficantes. Se trata de que ella encuentre un estímulo que le permita seguir adelante. Y que todos lo encontremos. No se trata de una historia de amor verdadero; porque de la misma manera que ninguno de nosotros conoce ningún caso de ninguna persona que haya regresado de la muerte, tampoco ninguno de nosotros conoce a nadie que haya sobrevivido a un amor verdadero y apasionado después de su triunfo. Así llegamos a la tautología de que el amor verdadero no existe porque no puede sobrevivir a nada, y es imposible.

Algunos de nosotros no están de acuerdo con esta irrupción púber del amor en escena, incluso se escandalizan. Ya hemos llegado a un punto en que sabemos muchas de las cosas que hay que saber sobre el concepto de *amor*. Por lo visto, mi hermano, no. Sergio, tampoco. Olga, tal vez. A la generación anterior a la nuestra el cine ya le había enseñado a besar. A la anterior a la anterior a la nuestra, todavía no. Para ellos, las películas todavía se cortaban cuando se daba una escena de amor. Tuvieron que aprender solos, por eso son torpes en sus manifestaciones de afecto. Crecieron en un momento en el que todo estaba prohibido, sobre todo cualquier cosa relacionada con el sexo o con expresiones emocionales demasiado explícitas. Mi hermano recuerda que alguna vez tuvo que cantar el himno fascista con el brazo levantado ante el retrato del dictador. No, no es tan mayor como podría parecer. De hecho, sorprende que tenga un recuerdo así, para la edad que tiene. Tal vez por eso también quiera denunciar al Estado, por haberle obligado a hacer aquello. A lo mejor por eso le ha ido tan mal todo, porque tendría que haber descubierto por sí solo muchas cosas que le hiciesen olvidar lo que había aprendido en el colegio.

Algunos de nosotros dicen que el amor, y cómo expresarlo, se aprende solo, que eso de que te enseñen a besar en el cine es un tópico y una cursilería. Pero también es cierto que algunos de nosotros siguen siendo sorprendentemente torpes a la hora de acariciar a otra persona o de transmitir afecto, aunque nosotros ya veíamos las películas sin que cortaran las escenas de amor o de sexo. Más bien al contrario, en todas las películas que veíamos en el cine había siempre muchísimas escenas de amor y de sexo, podríamos haber aprendido todos los detalles para ser amantes excepcionales. Lo

sabemos todo, cómo provocar placer y cómo disfrutarlo, y, sin embargo, ahí sigue la insatisfacción. Hay quien culpa al cine, como se culpó en tiempos del Quijote a las novelas de caballería. Abrir un proceso judicial contra la industria del cine sería incluso más complicado que hacerlo contra el gobierno, el Estado o el aparato administrativo, como quiere hacer mi hermano. Por eso Cervantes quemó una biblioteca. Tal vez a mi hermano no se le ha ocurrido la posibilidad de denunciar al cine, o a la publicidad; tal vez también le parezca una buena idea. Algunos de nosotros quieren seguir hablando de cómo nos llenaron el cerebro con historias de amor verdadero, pero ya se ha hablado aquí demasiado de amor, se ha malgastado energía en palabras que apenas si significan nada. Las palabras se acumulan con facilidad, y era eso precisamente lo que queríamos evitar. Sería necesaria una hoguera. Quemar todo lo que ha sido nocivo.

—A ti no te gustan tantas palabras juntas porque dices que forman discursos difíciles de seguir. Estoy de acuerdo. Otros entre nosotros opinan lo mismo.

Sergio dice que, en su búsqueda de lo esencial, las palabras le estorban. Prefiere la meditación, ese momento eterno e intangible en el que no hay nada en la mente, sólo luz, energía, respiración. Así se siente parte del mundo, que es sólo energía, renuncia a su ego y renueva sus fuerzas para seguir intentando hacer algo grande que demuestre por qué sólo somos energía y luz. Estudió matemáticas, algo que tampoco existe, aunque está en la base de todo. Hay que hacer un acto de fe para creer en ellas. Un espejismo sobre el que se ha construido un mundo real—si bien existe la posibilidad de que también sea irreal, o eso dicen algunos de nosotros—, algo parecido a lo que sucede con la idea del amor verdadero o del ego. Todo se ha construido a partir de las matemáticas y de la idea del yo. La Naturaleza no, la Naturaleza no se ha construido a partir de las matemáticas, aunque a veces se pueda creer que puede reducirse a fórmulas y geometría.

Muchos de nosotros son conscientes del poder del ego, pero también de la otredad. Hemos aprendido esa idea por muchos canales diferentes. Sergio quiere hacer algo grande por los demás, porque se siente en deuda con la sociedad en la que ha nacido. Vassili afirma también que todos queremos

hacer algo por los demás. Vassili es artista y, como todos los artistas, tiene una sensibilidad portentosa. A veces discute con acritud con otros de nosotros, como con Sergio, pero casi todos saben ya que tiene una sensibilidad muy acentuada. Cuando Sergio y Vassili discuten, podría pensarse que los dos están inmersos en una búsqueda similar. Nuestro amigo artista habla menos que nuestro amigo matemático sobre lo que le gustaría hacer, tal vez porque es más fácil, o más obvio, pensar que, siendo un creador, querrá hacer algo importante. Los artistas tienen que mostrarnos aquello que no vemos a simple vista. Ésa ha de ser su función. El poder de la imaginación. Crear espacios que no existen, pero que una vez que se han entrevisto o visitado, ya no desaparecen de tu memoria. No existe la inspiración, sino la imaginación que les hace intuir o detectar lo que se esconde a nuestro alrededor. Pero también hay artistas que no quieren hacer nada, ni pintar ni esculpir ni hacer una instalación, porque consideran que lo oculto debe permanecer oculto para que el público lo descubra por sí mismo a partir de un mínimo estímulo o una sutil indicación. Así, el creador y el posible observador se encuentran en el pensamiento. Observar una obra de arte desde el pensamiento, y que esa pieza que puede existir o no extienda las fronteras de nuestra percepción, es lo que algunos de nosotros consideran una epifanía. Pero también puede resultar una idea muy compleja. Vassili es de los que sí pretenden descubrir algo, crear una pieza material además de una idea.

No se llama Vassili realmente. Su madre se llama Basilia, y él siempre quiso que ese nombre significara algo artístico. Y también detesta los nombres de dos sílabas. Casi todos nosotros tenemos nombres de dos sílabas. A Noelia lo llamamos Noe por muchos motivos. Son dos sílabas porque la *o* y la *e* forman un hiato. Dos sílabas: tal vez es la manera más fácil de llamar al otro y captar su atención. Utilizar la segunda persona para revelar la existencia de la voz, como decía Beckett. *Socorro* y *ayuda* tienen tres sílabas, y por eso tienen connotación de tragedia más que de alarma. Con tres sílabas es fácil demorarse y llegar tarde. *Help* tiene una, casi como un grito, es más fácil que te hagan caso. La lengua inglesa es más musical porque se compone de monosílabos: cada nota corresponde a una sílaba. Así, cada golpe de voz es un mensaje. Vassili se hace llamar así porque tiene tres sílabas. Un día, en la terraza de un bar se encontró con Gabriel Orozco, un artista plástico de verdad, mexicano, muy cotizado. Alguien se lo presentó y él se quedó

abrumado. No supo qué decirle en ese momento exacto, y durante mucho tiempo lo acompañó una profunda sensación de incomodidad cada vez que recordaba aquel encuentro. Como si estuviese acusándose a sí mismo de ser un impostor. Un impostor que engaña a muy pocos. Después del encuentro casual con Gabriel Orozco, al que fue incapaz de decirle nada, se encerró unos días en su estudio minúsculo y estuvo pintando rabiosamente. Tiene la intención de preparar una exposición muy grande, para dentro de unos cuantos meses. Con un poco de suerte, podría tenerlo todo listo en un año y medio, o dos. Tal vez coincida su exposición con el regreso de Malva al teatro.

Igual que el cine enseñó a besar y a comportarse apasionadamente en el sexo, a nosotros también nos enseñó a ser creativos. Somos muy conscientes de nuestro talento. Malva y Vassili son un ejemplo, pero otros de nosotros también tienen la pulsión de la creatividad, un talento que se manifiesta de muchas maneras diferentes. Malva se hizo famosa como personaje de una serie de televisión, y Vassili tiene un estudio minúsculo y pone precio a sus obras, que ha expuesto públicamente en alguna ocasión; pero entre nosotros hay muchos más artistas y creadores que todavía no lo han manifestado, a pesar de que lo son sin ningún lugar a dudas. Eso lo aprendimos muy pronto. La nuestra es la generación del triunfo.

A veces Vassili toma fotografías de algunos de nosotros con la intención de inspirarse para sus obras. Pero luego realiza piezas abstractas incomprensibles o instalaciones imposibles de entender con nuestros retratos vueltos hacia la pared y donde nunca falta un contenedor de reciclaje. Eso se supone que somos nosotros: nos ha retratado. Como tampoco queda satisfecho, al cabo de un tiempo vuelve a fotografiarnos, con resultados parecidos y con idéntico éxito. Alguien debería comprender que la verdadera obra de arte es el intento incansable en sí mismo. Es un artista del intento, y su obra existe como tal. Tal vez él sea el único espectador, pero la epifanía se ha producido. Sus esfuerzos continuos muestran al público, que la mayoría de nosotros conformamos, algunos pensamientos que antes pasaban desapercibidos. Cuando algunos de nosotros éramos niños, había artistas que realizaban acciones que eran en sí mismas un intento o una incitación para que se produjera un fenómeno, y eso era su obra de arte. Se registraba sobre diferentes soportes, para que quedase constancia de que esa voluntad de que sucediera algo había existido. Vassili sabe todo esto porque él es profesor de

arte para asegurarse un sustento, pero lo que nosotros ignoramos es si es consciente de que sus intentos ya suponen en sí una práctica artística, porque efectivamente ésta se ha producido. Entonces corresponde preguntarse si su trabajo siempre estará inacabado, es decir, si Vassili será capaz de terminar alguna vez la gran pieza que pretende.

Si aceptamos que los intentos de Vassili ya son en sí mismos una obra de arte, entonces también podríamos decirle a Sergio que su voluntad de hacer algo grande por la sociedad también es en sí misma una obra finalizada y una contribución relevante, aunque en este caso sería más difícil de justificar. En Sergio sólo hay voluntad, mientras que en el intento de Vassili hay producción, trabajo, esfuerzo, entrega, incluso ejemplo o inspiración para los demás. Y no estamos sugiriendo que Sergio no llegue a conseguirlo.

Para que nuestro amigo artista muestre el resultado de su trabajo en una exposición, todavía han de pasar, aproximadamente, dos años. Si volviese a encontrarse con Gabriel Orozco, algo que es difícil que vuelva a suceder, ya no se quedaría callado. No sabe tampoco qué le diría, probablemente le hablaría del trabajo en el que se halla inmerso, en el que se sumergió justo después del primer encuentro. Él supone que los artistas hablan entre ellos de sus respectivos proyectos artísticos. Tal vez conseguiría que el encuentro fortuito se convirtiera en una acción artística, con más o menos público. Gabriel Orozco sería parte de la obra de Vassili. Los artistas hacen arte. Quizá nuestro amigo sería capaz de decir alguna frase ocurrente que sorprendiera tanto al cotizado artista mexicano que éste recordase aquel momento para siempre; incluso puede que esa revelación provocase alguna reacción en las obras de Gabriel Orozco e incorporase a Vassili en el discurso de sus creaciones. Eso sería una manera de convertir un momento concreto en arte, ¿no es cierto?

Hay algo penoso en esta reflexión. ¿Qué podría decirle Vassili a Gabriel Orozco? Después de su encuentro, se documentó sobre el artista mexicano con varios artículos que encontró por Internet, se familiarizó tanto con su imagen que, al verlo, sentía como si el fugaz encuentro los hubiese convertido en amigos íntimos. Ninguno de nosotros nos atrevimos a decirle que probablemente Orozco ni siquiera recordaba aquel momento.

A algunos de nosotros nos parece que también Noe hace de cada momento



de su vida una obra de arte. Es, sin duda, la persona más fascinante de todos nosotros. Pero al hablar de la historia de Noe corremos el riesgo de que aparezcan las palabras que no queremos pronunciar aquí. No deberíamos decir que es, tal vez, el único de nosotros que se ha enfrentado sin miedo a sus contradicciones y sus ambigüedades. Hemos llegado a un punto en el que alguno de nosotros ya sabe qué significa el tópico de aceptarse a uno mismo. No, no debemos decir este tipo de cosas, no son expresiones acertadas, ni siquiera correctas. Sería muy largo y muy tedioso explicar el significado de esos tópicos. Pretendíamos trazar historias coherentes, instructivas y fáciles de seguir. Tampoco nos serviría decir que Noe es la persona más radical del grupo. Sí decir que es la más coherente, o la que ha hecho de la coherencia el objetivo y sentido de su vida. Nada de autoengaños. La negativa está ya en su propio nombre. Noe tiene un sentido porque tiene una dirección. Algunos de nosotros se sonrojan—como cuando Sergio habla de marxismo—cuando Noe rechaza el autoengaño. Desde que tomó una decisión trascendente de verdad, la coherencia y la fidelidad a esa decisión han marcado todas las acciones que realiza todos los días de su vida. Cada vez que se propone hacer algo, lo hace en función de lo que ha hecho inmediatamente antes. Cree que ahí radica su coherencia. No va a dispersarse. No cambió su nombre, que nunca le ha gustado, aunque tiene tres sílabas. La teoría de los nombres de dos sílabas es absurda, pero es cierto que a la mayoría de nosotros nos gustan más los de tres sílabas que los de dos, en los que parece que hay algo diminutivo. De Noelia pasó a Noe. Con el cambio también disminuyeron las letras del pronombre: de ser *ella* pasó a ser *él*. Pero creció mucho. La apariencia masculina que responde a un nombre de mujer es una de sus paradojas aparentes. Probablemente es por eso por lo que algunos de nosotros dicen que es ambiguo, pero no hay nada confuso ni indefinido en Noe. Cuando tenía cuatro o cinco años, se empeñaba en mear de pie, porque decía que así estaba más cómoda. Estudió desde muy pequeña todos los gestos y los movimientos con los que quería dirigir su cuerpo para presentarse ante los demás. Por esa firmeza, que devino realmente elegante, se ganó el respeto de todos. En su deseo de ser hombre, Noe ha sido el más femenino de todos nosotros, porque es quien ha analizado con más detenimiento qué condiciones y limitaciones le imponía su cuerpo, a qué parecía estar obligado. Tuvo que conocer y reconocer su feminidad para renunciar y negarla plenamente.

Un eminente catedrático y académico experto en el Quijote quiso, en una ocasión, durante una clase en la facultad, dejarlo en ridículo. No sólo no lo consiguió, sino que quien quedó en evidencia ante todos fue el aclamado erudito. Noe no lo ha tenido fácil, aunque hayamos crecido escuchando que somos una sociedad libre donde cada uno puede ser lo que quiera. La democracia y la Constitución, que nacieron casi a la vez que nosotros, nos decían que todo el mundo tenía derecho a ser lo que se le antojara. Toda la sociedad estaba de acuerdo, conjurada para preservar nuestros deseos y nuestras ilusiones. Íbamos a ser lo que quisiéramos. Por eso nos preguntaban constantemente qué queríamos ser de mayores. Noe lo ha sido. No habla de proyectos ni de futuro. Tampoco se queja. Es de los pocos que reivindica la importancia del presente. Tiene que esforzarse por tener cada momento controlado, no puede permitirse abandonar en ningún momento. Sabe lo que podría suceder si se distrajera. Por eso transmite tanta seguridad, no porque imite las maneras masculinas de nadie. Tal vez por eso todo el mundo quiere tener a Noe cerca. Eso explica por qué cualquier acto o movimiento de Noe, tan elegantes siempre, se puede considerar una obra de arte. Sophie Calle, la artista francesa, en sus *performances* se dedica a representar la vida de los demás. Noe sólo representa la suya. Malva lo odia porque le recuerda su propia vulnerabilidad, y Vassili porque envidia que haya encontrado algún secreto del verdadero sentido del arte, por eso dice que lo de Noe no es arte sino estética, o artificio, o afectación. A Noe no le interesa el arte, en absoluto, tampoco la estética; o eso dice, aunque sea difícil creerlo y parezca impostado. Algunos de nosotros cuestionan con frecuencia lo que Noe dice. Muchos de nosotros acostumbramos a cuestionar lo que decimos casi todos. En cambio, Noe nunca cuestiona lo que dicen los demás.

Noe cree que Malva volverá a actuar cuando pasen dos años, que Vassili habrá producido obra suficiente para inaugurar su exposición y que Sergio conseguirá hacer algo importante por el mundo: tal vez fundar un nuevo partido político. Noe decidió vivir como un hombre aunque nació siendo mujer, y lo consigue cada día, por eso cree que todos somos capaces de hacer lo que nos proponamos, sin autoengañarse. Se trata de actuar. Es difícil no decir ni escribir *ella* cuando hablamos de Noe, porque hay que decir *él*, pero muchos de nosotros todavía dicen *ella*. A Noe no le importa, asegura que no tenemos que tomarnos todas las cosas tan en serio. A su parecer, la única

manera posible de soportar todo lo que sucede a lo largo de la vida es tomar la distancia suficiente para darse cuenta de que hay muy pocas cosas realmente importantes. Tal vez ahí reside su capacidad para tranquilizar a las personas que tiene cerca. A Noe no le gusta hablar de todo lo que no queremos hablar aquí. Está de acuerdo con la idea de no mencionarlo siquiera. A cambio, siempre logra hacernos reír. Desde el lugar en el que se ha situado con respecto de los acontecimientos, con frecuencia consigue ver y mostrar algún aspecto divertido de cualquier tema. Se ríe a carcajadas suelta cuando mi hermano trata de convencerlo para que se le una en la denuncia judicial contra el Estado. Javier asegura que nuestro sistema político y judicial también ha robado a Noe, porque le ha costado demasiados esfuerzos ser la persona que quiere ser de verdad. Dice que deben resarcirlo de lo que pudo sentir cada vez que alguien lo miraba mal. Pero Noe se ríe, lo que no quiere decir estrictamente que no esté de acuerdo con mi hermano, ni tampoco que no crea que él puede conseguir lo que pretende y que, por fin, el Estado o el gobierno acaben reconociendo que lo abandonaron a su suerte y le robaron lo que le pertenecía por el mero hecho de haber nacido.

Noe cree que cualquier persona puede conseguir lo que pretende si se esfuerza lo suficiente. En algún sentido, la lucha por conseguirlo ya es una primera manera de tenerlo o acercarse. Muchos de nosotros no están de acuerdo, afirman que las palabras de Noe son pura retórica, una forma de consuelo para los que necesitan a toda costa la autocomplacencia. Residir en un discurso. Otros dicen que no hay nada autocomplaciente en la actitud de Noe, sino todo lo contrario. Podríamos hablar de ese trabajo al que dedica tantos esfuerzos, pero corremos el riesgo de entrar de lleno en alguno de esos temas de los que no queremos hablar.

Noe piensa que cada vez que ayuda a buscar a alguien que se ha perdido en la montaña o que ha desaparecido sin dejar ninguna pista, en la búsqueda ya está presente esa persona. Como cuando la ausencia de alguien es una presencia muy fuerte. Siente que empiezan a encontrar a esa persona en el mismo momento en que se inicia el protocolo de la búsqueda. Todo el mundo tiene presente a la persona buscada. Si no creyera firmemente eso, y que quien de verdad persigue una cosa la consigue, se vería obligado a cambiar de trabajo. No podría seguir siendo guía canino. Pero tampoco podría hacer nada más. Vive para buscar con su perro a gente que ha desaparecido. De eso

también hace una obra de arte. Cada uno de sus movimientos está lleno de significado, como un cuadro o una instalación. Alguno de nosotros, con ánimo de hacerse el gracioso, ha dicho en alguna ocasión que de tanto buscarse a sí mismo dentro de ella, al final Noe ya no sabe hacer otra cosa que buscar a personas perdidas. Sin embargo, lo cierto es que todos y cada uno de nosotros nos sentimos más seguros al lado de Noe, como si cerca de él fuese imposible perderse. Cada vez que ha contribuido al hallazgo de alguien sano y salvo, ha hecho algo importante, y ésa es una afirmación que no podemos hacer muchos de nosotros.

Noe dice que le importa muy poco lo que le suceda dentro de dos años, porque lo único que quiere es no tener que salir a buscar con su perro a ninguna de las personas a las que quiere. Pero este tema nos acerca a eso de lo que no queremos hablar. Teme muy pocas cosas, pero lo que más, es que llegue un día en que alguien de su trabajo le comunique que tiene que salir, por ejemplo, a buscar a uno de nosotros. Yo creo que sería posible. Malva tuvo una época en que podría haber desaparecido durante cualquiera de todas aquellas crisis que sufrió. Podría haberse perdido definitivamente cuando no sabía dónde estaba su casa ni cómo tenía que llenar su tiempo. Muchas veces no comprendía nada. Se despertaba por las mañanas sin fuerzas. A otros de nosotros también les ha sucedido algo parecido. Sergio se obliga a pensar continuamente en las obligaciones que le esperan para no caer en ese abismo. Algunos creen que conocen esa sensación que es experimentar la nada. En otro tiempo hablábamos mucho de ello, ahora ya no. A algunos nos cuesta mucho comunicarnos con los demás, pero ya lo sabemos, y lo aceptamos como parte de nuestras personalidades. No hay que estar siempre hablando. A veces no hace falta hablar. Es más, en ocasiones es mejor el silencio, porque todos sabemos ya lo que dirían los demás si hablasen. Nos contradecemos continuamente, porque otros temen que del silencio afloren las afirmaciones que estamos evitando. No hemos encontrado las palabras verdaderas después de tanto tiempo, y por eso hemos fracasado: no nos sirve el lenguaje, pero tampoco el silencio. Cuando alguno de nosotros se ha marchado precipitadamente, luego los demás nos hemos dado cuenta de que todavía quedaban muchas cosas por explicar para dar forma a algunos huecos de su historia y de la nuestra. Pero esto forma parte de lo que no queremos hablar.

Noe no lo dice, pero sí que es posible que un día de éstos tenga que salir a

buscarnos con su perro, a cualquiera de nosotros, no sólo a Malva. Cuando Sergio se cansa de pensar en la importante contribución que va a hacer a la sociedad, podría perderse en cualquier bosque o en cualquier callejón. Todos nosotros corremos el riesgo de desorientarnos. Si algo hemos aprendido, es que puede suceder cualquier cosa. Eso también es necesario aprenderlo. De la misma manera que acabas aceptando que se puede soportar cualquier cosa. Los hermanos que menudean droga podrían morir en cualquier momento, a nadie le sorprendería porque están muy enfermos desde hace mucho tiempo. A veces la vida adquiere una condición muy precaria. Puede que alguien sí se sorprendiera si los que fueron vecinos de mis padres murieran pronto. Suceden cosas que sabemos desde siempre que forman parte de las posibilidades de la existencia y, sin embargo, nos encuentran desprevenidos cuando por fin se convierten en acontecimientos. Y pasan. No es lo mismo suceder que pasar. Primero suceden, luego pasan. Y eso lo sabemos, porque a veces crees que no acaban de pasar nunca. Pero pasan.

También es posible que el mundo de Sergio desapareciese porque Olga por fin decidiera abandonarle. Esas cosas suceden y luego pasan. Otra posibilidad es que Noe tenga que salir un día a buscar a mi hermano si asimila que no va a conseguir nada al denunciar a sus padres por no haberle preparado lo suficiente para enfrentarse a la realidad que le esperaba, o si acepta que el Estado no va a poder hacer nada por él porque no hay ningún culpable de que las cosas le hayan ido tan mal. Noe cree que todavía es posible que mi hermano comience de cero. Pero tal vez lo diga sólo porque no le gustaría que llegase el día en que tuviera que salir con su perro a buscarle. Se ha empezado a acostumbrar a cosas que no le gustan y a las que jamás creyó que sería capaz de acostumbrarse. Alguno de nosotros piensa que, cuando tengan que buscarnos, lo mejor que podría suceder es que fuesen Noe y su perro quienes lo hicieran, ellos siempre encuentran algo.

Otros de nosotros también consideran que, en caso de pérdida, también sería bueno que fuese Sergio quien nos buscara. Decisión no le falta, y efectivamente haría algo grande si salvase a Malva de su desorientación, a mi hermano de su desesperación o a Noe de su miedo a tener que buscar a sus seres queridos. Sergio va a encontrar la manera de construir algo importante. Algunos de nosotros le dicen que la labor que desarrolla con sus alumnos ya es muy meritoria. Mi hermano le alienta para que sea el profesor que él nunca

tuvo, lo anima a que prepare a los adolescentes que tiene a su cargo para todo el desconcierto que les espera. No tendría que ser necesariamente así. También les esperan cosas buenas. Pero mi hermano todavía no ha aprendido que lo que sucede forma parte de un conjunto y que en él pueden darse simultáneamente hechos espantosos y acontecimientos felices. Esos chicos y chicas que son alumnos de Sergio van a tener que trabajar mucho si no quieren que una noche, de madrugada, Noe tenga que salir con su perro a buscarlos. Olga, en cambio, le dice que lo que tiene que hacerles comprender a sus alumnos es que la vida es un misterio maravilloso, un regalo que recibimos sin saber por qué y que merece la pena aprovechar, que hay que estar bien atentos para poder experimentar toda la grandeza que nos revela continuamente.

Sergio asegura que se sentiría satisfecho si diese con alguna fórmula matemática que sirviera para explicar o revelar una idea grande. Una de esas que hiciera que los alumnos entendieran la presencia de energías que circulan por todos lados y que crean esta extraña dimensión en la que existimos, compuesta sólo de números y letras. Todo son ideas, formas. En alguna ocasión, Sergio ha explicado a algunos de nosotros una teoría que conecta los números con una divinidad que podemos llamar *Dios* para entendernos. Y hay quien se ha sonrojado igual que cuando pronuncia la palabra *marxismo*. Sergio no habla de ningún dios concreto, sino de la idea de divinidad. Y se irrita si alguien le dice que todo eso ya está formulado en la Teoría del Todo, porque él no se refiere a eso, porque no se trata sólo de teorías matemáticas o físicas, él habla de una divinidad.

—Pensaba que ése era otro de los temas de los que no querías hablar, que te provocaba algo muy similar al miedo.

—No, ya no. Muchos de nosotros ya nos hemos dado cuenta de que no podemos seguir teniendo miedo.

»Sergio estudió oraciones y textos sagrados durante mucho tiempo. Con una fe idéntica a la que tenía cuando estudiaba fórmulas matemáticas. Llenó su casa de imágenes y representaciones religiosas de diferentes culturas y épocas.

—Tú también pusiste la imagen de una Virgen en tu mesilla de noche durante un tiempo.

—Esta voz que quiere hablar en segunda persona, que es la tuya, no la va a

entender nadie. Si alguno de nosotros llegara a escribir la obra teatral para Malva basada en el diálogo de una mujer y un hombre entre los cuales es difícil saber qué tipo de relación existe (o sea, como este que intentamos), tendría que poner atención para que se entienda esa segunda persona y la arbitrariedad con la que aparece. La ambigüedad es una manera de demostrar que todas las relaciones y todos los discursos pueden parecerse mucho.

—Exactamente. Tampoco va a entender nadie que pusieras una Virgen de Guadalupe, mexicana, en tu mesilla de noche.

—Está relacionado con lo que Sergio nos cuenta sobre la relación de los números y las divinidades. Puse la Virgen allí en un acto de desesperación relacionado con una de las cosas de las que no se puede hablar aquí. Una Virgen implica compasión, un sentimiento que bien podría ser un número que, situándolo en la posición correcta, explique la existencia de una energía o de un ente abstracto que interacciona con los demás entes. Y esa esencia debe estar relacionada, sin ninguna duda, con nosotros.

—Será difícil construir la dramaturgia que pretendéis hacer para Malva si el listado de las cosas de las que no quieres o no puedes o no sabes hablar sigue creciendo. Parece que siempre que te decides a contar algo acabas llegando a una puerta cerrada; mejor dicho, tapiada. Primero tendríais que definiros vosotros mismos. Si no, las voces se confunden.

—La irrupción de esta voz que habla en segunda persona es una muestra más de nuestra incapacidad para el diálogo. Pero éste no es ni el momento ni el espacio para reflexionar sobre la historia que queríamos y la que estamos consiguiendo a cambio. De alguna manera, somos como esos números abstractos que no existen, que necesitan que alguien los piense para darles forma. No, no es el lugar.

—Nadie va a entenderlo. Desaparecerá, de nuevo, el plural de esa primera persona.

—Sería una buena excusa para que Noe, con su perro, saliese a buscarnos, a buscarme.

—Pero has dicho que él teme ese momento en que se pueda ver obligado a salir a buscar a uno de vosotros.

—Porque sería una forma de salir con su perro a buscarse a sí mismo. ¿Puedes imaginar la desolación del animal?

—Noe se ha convertido en un personaje fundamental de la trama. Pensaba

que ese peso correspondería a Malva, parecía más teatral. Pero nada indica que tampoco él pueda representar el papel de salvador que os obstináis en atribuirle.

—Por supuesto que no lo es. No existen los salvadores. Eso ya lo hemos aprendido. Pero cualquier cosa que haga Noe podría ser una obra de arte, porque la hace conscientemente. Llena cada momento de significado. No se trata del tópico de hacer de la propia vida una obra de arte, aunque la idea tampoco parece descartable del todo. Sophie Calle representa como arte la intimidad propia y la de los demás. Y Noe nos hace reír.

La ecuación matemática que le gustaría descubrir a Sergio sí sería una obra de arte. Hay artistas que trabajan con el cálculo cuántico. Si Sergio consigue representar una fórmula matemática, estará haciendo arte. El símbolo último, que a la vez es el primero. Los manuales de historia del arte dicen que el trabajo de los artistas, tradicionalmente, ha consistido en imitar a la Naturaleza, o bien idealizarla. La ecuación de Sergio cumpliría las dos funciones: por un lado la imitaría, porque los números, las letras y los signos serían una representación perfecta. El mundo es como lo conocemos porque aplicamos el principio de Arquímedes. Ideas que explican en su totalidad la realidad: cómo se componen los objetos que vemos y tocamos, y de qué manera actúan sobre la materia las fuerzas, las energías, las ondas y la gravedad que no percibimos. Por otro lado, la ecuación matemática de Sergio idealizaría la Naturaleza, exactamente por los mismos motivos que se han enumerado hace un momento, pero con la finalidad de mostrar una Naturaleza menos cruel, donde todo lo que sucede tiene una explicación lógica. La fuerza de la gravedad serviría para entender el marxismo: por qué unos seres humanos están más a ras de tierra que otros. Sin que nadie se ruborice. Sin que nadie ejerza más oprobios contra los que más sufren la fuerza de la gravedad. La fórmula matemática de Sergio crearía un mundo nuevo. Y eso sí que sería hacer algo grande.

Algunos de nosotros se aburren con estas explicaciones. Se empeñan en que Sergio sea un hombre alto, de constitución física media, en mitad de la década de sus cuarenta años, con algunos pelos blancos en la barba y las sienes plateadas, con nariz de escultura griega, que quiere a sus amigos y que está convencido de sus propias fuerzas para conseguir un mundo mejor. Esos



mismos que necesitan saber el color de las sábanas en las que se despierta Sergio cada mañana, y si esa noche hizo el amor o no con Olga, esos mismos no quieren que sigamos hablando de los cantos religiosos que él analiza como problemas matemáticos. Sin embargo, algunos otros de nosotros no tienen suficiente con las descripciones más obvias, y quieren saber más: les gusta pensar que Sergio podría dar con la ecuación que está buscando porque los acerca a un sentimiento parecido a la esperanza. Si lo lograra, sería la manera de redimirnos a todos. Una súplica ha de funcionar como un movimiento inicial que persigue una agitación capaz de desencadenar una reacción y un fenómeno perceptible que de alguna manera es una respuesta.

Él analiza los salmos y los textos sagrados porque dice que son algo parecido a los últimos eslabones que han llegado hasta nosotros de una cadena que transporta un mensaje fundacional y revelador. La fórmula matemática esencial. Los santos, sus representaciones y las ideas que encarnan, como la Virgen de Guadalupe que en un gesto desesperado alguien coloca sobre una mesilla de noche, son el símbolo de una sustancia divina que ha de existir, a la fuerza. No puede no existir. Ya lo dijo algún filósofo, es imposible no existir, lo demuestra la experiencia. El ser humano pertenece a la Naturaleza, y por tanto todos los elementos que lo componen corresponden a los ingredientes que hacen posible su existencia. No se puede dejar de existir. Todas las sustancias, las moléculas, la fuerza de la gravedad o las ondas funcionan de manera orgánica. Sergio dice que el motor no puede ser el azar, que existe una relación, una fórmula que explica la disposición y el comportamiento de todo eso. Está seguro de que ha de existir una fórmula o una ecuación que lo explique.

A algunos de nosotros les produce angustia cuando se llega a este punto de la narración. Algunos de los demás se entusiasman. Noe dice entonces, de nuevo, que lo mejor es no tomarse nada demasiado en serio. Olga dice que, tal vez, en algún momento de la vida esa fórmula matemática de la que habla Sergio se manifieste y se desgrane ante nuestros ojos para que lo entendamos todo, sin sufrimiento, porque la vida es tan estupenda que guarda este tipo de sorpresas. Sergio vuelve a decir que el motor esencial no puede ser la energía moviéndose al azar. Vuelve a compararlo con el marxismo, la lucha de clases no tiene que servir para que unos seres humanos opriman a otros: todo ha de tener un sentido. Vassili dice que todo eso es poesía. Sergio dice que la poesía

es un símbolo, una imagen similar a cualquier figura religiosa. También dice que el ser humano, forzosamente, después de tantos millones de años, ha podido aprender el secreto, la clave que falta en su ecuación pero que de alguna manera ha olvidado. Esa clave está escondida en algún salmo, en un mantra o en algún versículo o fragmento de la Biblia, del Corán, de la Torá o de otro texto sagrado. Invertirá todos sus esfuerzos en acercarse a esa clave. Observa detenidamente los santos, las imágenes sagradas y las teorías matemáticas como eslabones o adaptaciones de mensajes atávicos. Observa contumazmente, en busca de los significados que los seres humanos ya conocían desde hace muchísimos siglos. Si no fuera así, ¿cómo ha sido posible permanecer tanto tiempo?

A veces, mientras Sergio habla de todo esto, Olga empieza a temblar. Muchos de nosotros sabemos que entonces ha llegado el momento en el que él debería abrazar a su mujer, pero nunca lo hace. Tal vez por eso ella le fue infiel. Él debería aprender a abrazar a Olga. Algunas de nosotros no están de acuerdo con esa afirmación porque creen que ningún ser humano debería depender de la voluntad de otro a la hora de abrazar o no: el ser humano ha de ser autosuficiente, si no lo es, renuncia a buena parte de su libertad. Por algo parecido algunos de nosotros se irritan cuando mi hermano nos habla de su intención de denunciar al Estado. La gran oportunidad te la dan cuando naces, y a partir de ahí tienes que espabilarte. Si tienes suerte y creces en un entorno favorable donde todo el mundo está dispuesto a cuidarte, quererte y decirte cuán adorable eres, habrás sido realmente afortunado. Pero si naces y creces en un entorno en el que eres uno más y te va a tocar pelear para que alguien se fije en ti y te dispense algún cuidado, entonces es que has caído en ese lado de la realidad donde suele caer la mayoría, en el que toca afilar los sentidos para sobrevivir. A otros de nosotros no les gusta esta explicación.

Es cierto que el grupo dentro del que nacemos tiene una responsabilidad para con nosotros. Deben educarnos, aunque sólo sea para que no nos convirtamos en una amenaza para el resto. Cada persona que nace tiene la obligación de dar continuidad a la especie, y por eso los demás tienen que protegerle y prepararle hasta que pueda valerse por sí mismo. A Olga le gustaría tener un hijo con Sergio, pero él no quiere, y ése es uno de los temas de los que no se va a hablar aquí.

Mi hermano ha explicado a mi padre y a mi madre que tiene pensado denunciarles. Les ha tranquilizado asegurando que no tienen por qué preocuparse, porque tampoco ellos son los verdaderos culpables de sus fracasos, y así ha de constar en el proceso. Lo que de verdad le interesa a mi hermano es que prospere satisfactoriamente la denuncia contra el Ministerio de Educación o contra el Estado. Los padres han de aparecer como responsables subsidiarios, o algo así, porque ellos también son, a su manera, víctimas.

Al parecer de mi hermano, como la transición política de la dictadura a la democracia en este país se hizo del modo chapucero como se hizo, puede entenderse que el Estado actual sea heredero inmediato de la dictadura y, por lo tanto, el culpable directo de los problemas con los que se están encontrando ciudadanos como él. Es más, mi hermano pretende que sus padres se sumen también a la denuncia. Cree que juntos podrían conseguir el apoyo de mucha más gente, y que incluso, quién sabe, a lo mejor los podría defender el juez Baltasar Garzón o la jueza María Servini de Cubría. Los dos jueces investigan los crímenes del franquismo y pretenden encausar a políticos españoles por su participación en asesinatos y robos de niños, se han hecho famosos porque quieren que se haga justicia. Mi hermano, que todo lo que sabe acerca de Garzón o de María Servini lo ha deducido de lecturas rápidas de titulares, opina que lo que le ha ocurrido a él es un atropello a la altura de los crímenes de Estado y las desapariciones de personas y opositores que se dan en tantos y tantos países. Garzón y Servini le parecen símbolos de la voluntad de conseguir un mundo más amable y más justo. Algunos de nosotros también están de acuerdo con el deseo de que existan personas capaces de lograr este tipo de cosas. También hay otros de nosotros que se ruborizan un poco al oír cómo mi hermano cita estos nombres como si estuvieran a nuestro alcance.

Para mis padres, la última reclamación de mi hermano es un disgusto más. Están mayores y cansados de compartir y experimentar en primera persona todos los atropellos que ha sufrido su hijo. Él ahora reclama su apoyo para agitar conciencias. Cree que es un buen momento, que por fin vivimos en una sociedad en la que la gente empieza a decir lo que opina y a hacer entender a los políticos que su poder sólo tiene legitimidad porque se lo ha adjudicado cada una de esas personas que votan. Hay algo disonante o incoherente en el discurso de mi hermano, pero nadie se lo dice. Algunos de nosotros creen que

no todo es tan monolítico y sienten curiosidad por ver qué va a ser capaz de conseguir. Tienen poca fe en las fórmulas que simplifican la realidad en conjuntos demasiado grandes, donde la voz individual se pierde entre el estruendo colectivo. Prefieren la estrategia de Noe: actuar en solitario para ayudar a un individuo. Noe anima a mi hermano para que siga esforzándose. Le ha dicho que, aunque desconoce exactamente el procedimiento que hay que seguir para cursar una denuncia así, cree que lo podrá averiguar fácilmente y lo intentará. Lo de Garzón y María Servini también le parece buena idea y lo anima para que se dirija a ellos. A pesar de que están encabezando grandes proyectos y grandes fundaciones, siempre cabe la posibilidad de que les interese su causa si es capaz de explicársela bien y convencerlos.

Cuando Vassili oyó que Javier mencionaba al antiguo juez de la Audiencia Nacional, tuvo una revelación. Por fin una idea para una obra. Vio con toda claridad que el proceso judicial que pretendía iniciar mi hermano tenía un gran potencial artístico. Él iba a ser capaz de representar en una obra el verdadero significado de la denuncia de Javier. Se sumó de inmediato al propósito de agitar conciencias. Todo le pareció muy adecuado para realizar una *performance* al estilo de una artista americana que se hizo muy popular por estar sentada en una silla, durante horas, observando fijamente a cualquier persona que se sentara frente a ella. Cuando Vassili escuchó a mi hermano hablar de Baltasar Garzón y, a continuación, tuvo la revelación de la obra, pensó en el fugaz encuentro que tuvo con Gabriel Orozco. Si se lo volviese a encontrar, ya no permanecería inmóvil ni mudo: le hablaría de su interesante proyecto alrededor de una *performance* sobre un hombre que ha alcanzado la mediana edad, que está desesperado y que quiere denunciar al Estado porque jamás nadie le advirtió ni le prepararon para las dificultades que encontraría durante la edad adulta, aun a sabiendas de que formaba parte de una generación que todavía tenía muy cerca la dictadura franquista. Tal vez todavía necesitábamos muletas. Le hablaría de Garzón como un referente de la justicia universal y, a la vez, de un proyecto político concreto de este país que ya parece muy lejano. Garzón significó muchas cosas, quiso desenmascarar a algunas personas y lo castigaron; pero también hay quien dice que lo hizo por rencor, porque su apuesta por un partido político no tuvo éxito y no resultó como esperaba. Igual que a Javier, las cosas no le fueron todo lo bien que él había previsto. Vassili le hablaría al cotizado artista mexicano del enorme

contenido simbólico y casi estético del personaje, porque Gabriel Orozco seguro que también conocía a Baltasar Garzón. Orozco es mexicano y en su país también se producen muchos crímenes de lesa humanidad. Y Baltasar Garzón ha querido luchar contra todas las tiranías contemporáneas, o eso parecía.

Algunos de nosotros dudan de que Vassili fuese capaz de hablarle así a Gabriel Orozco, como también dudan de que el proceso judicial que va a iniciar mi hermano tenga algún interés. Además, hay que temerse que si nuestro amigo artista empieza a perder el tiempo así, no producirá nunca las piezas necesarias para poder inaugurar su exposición dentro de dos años. Noe, por su parte, cree que si esa *performancetan* política sale bien, una parte de los resultados podría incluirse en la exposición que planifica desde hace tanto tiempo.

En cuanto a mi hermano Javier, al principio se sintió ofendido por el deseo de Vassili de representar la denuncia como una especie de espectáculo artístico. Nunca le ha interesado el arte. Mucho menos el contemporáneo. Bien pensado, el clásico tampoco: nunca le ha interesado el arte para nada. Algunos de nosotros creen que es imposible que no te interese el arte, porque es como decir que no te interesa la luz, o los olores, o ninguna de las formas a través de las que percibimos el mundo. Vassili se vio obligado a explicarle con mucho detenimiento su idea para convencerle de que una intervención artística podría proporcionarle la repercusión social que persigue. A mis padres no les han explicado todavía de qué manera van a formar parte de una obra de arte. Nunca podrían haber imaginado que iban a estar dentro de algo así. Pero Vassili sí le ha pedido a Javier que lo avise para que lo acompañe la próxima vez que visite a sus padres con la intención de hablar sobre la denuncia que piensa interponer. Le ha dicho que aprovechará la ocasión para tomar alguna fotografía, porque todo forma parte del proceso. Eso es relativamente fácil e ilustrativo: un hijo comunica a sus padres que va a iniciar un proceso judicial contra ellos y contra el gobierno o la administración de su país. A muchos de nosotros no les gusta que aparezca el concepto de país ni ningún otro parecido.

Conseguir las fotos de Javier hablando con sus padres será fácil. No lo parece tanto, en cambio, crear una imagen representativa o una acción que demuestre hasta qué punto ha llegado la desesperación de mi hermano, que lo ha empujado a denunciar a sus padres. Tienen que pensarlo mucho, pero mi

hermano desconfía de la manera de trabajar de Vassili. Él tiene prisa, quiere solucionar algo pronto porque está ansioso por volver a empezar. Tiene ganas de sentir que es posible hacer algo. Eso no quiere decir que tenga capacidad para hacer todo lo que se proponga, sino que puede encontrar una acción que sí se pueda llevar a cabo: un movimiento que provoque un resultado. Javier no cree que sea posible que Noe tenga que salir un día con su perro para buscarle a él porque se haya perdido definitivamente. Mi hermano confía en que del proceso judicial obtendrá algún resultado provechoso. Entonces, podrá seguir con su vida; mejor, podrá empezar una vida sin errores, porque habrá una sentencia que dirá que él no fue el causante de ninguna de las cosas malas que le han sucedido. Y todo el mundo, incluso todos nosotros, le daremos la razón, habrá creado una verdadera agitación social. Tendrá la posibilidad de empezar de cero, porque también la sociedad podrá empezar de cero, porque se habrá reconocido que la gente como Garzón o María Servini, o él mismo, es capaz de solucionar grandes problemas de la historia. Después, encontrará algo que pueda hacer, porque la sociedad entenderá que todos somos necesarios. Hemos venido para algo, aunque no sepamos por qué, aunque sólo sea para que la especie se perpetúe, para mantener el misterio. Mientras el Estado o el sistema capitalista o la sociedad se preocupe de que todos tengan las mismas posibilidades para desarrollar su potencial, cada individuo habrá de hacer su aportación, cuidar de los demás, hacer que la vida de los otros sea más agradable. En esas condiciones, después de su proceso judicial, Javier estará dispuesto a ocupar el espacio que le corresponde en la sociedad.

Sergio se incomoda escuchando a mi hermano decir todo eso, aunque coincide en algunos aspectos con lo que él dice sobre el marxismo. Pero lo cierto es que también muchos de nosotros nos aburrirnos con ese discurso. Sergio no se aburre, se impacienta porque cree que mi hermano está obligado a abandonar las quejas y empezar a actuar, aceptar de inmediato cualquier trabajo, porque su situación ya es, en toda regla, una derrota, y de las definitivas, de las que propina el capitalismo. No se puede perseguir una agitación social en sus condiciones, desde el victimismo, sobre todo porque no se sabe exactamente qué es lo que se va a conseguir. Garzón y Servini le parecen figuras del *establishment* que poco poder tienen contra el capitalismo. Dice que son operaciones de mercadotecnia, que han encontrado su nicho de popularidad y de autocomplacencia. Como adornos que necesita el sistema

para calmar las conciencias de quienes todavía sienten una mínima incomodidad. Sergio dice que la agitación que pretenden Vassili y mi hermano debería perseguir un verdadero cambio de paradigma. Las personas deberíamos empezar a desear cosas diferentes de las que deseamos ahora, en esta sociedad decadente.

Alguno de nosotros cree que Sergio, Vassili y mi hermano pierden demasiado tiempo en asuntos inútiles. Noe, en cambio, asegura que sacarán algo positivo de todo esto, y que está bien que se dediquen a ello. Le gusta que sus amigos tengan proyectos y planes, de alguna manera se establece un compromiso de continuidad. Cuando alguien tiene proyectos, corre menos riesgo de acabar perdido. A veces parece que su trabajo no le gusta y que no confía en el presente tanto como asegura. Sin embargo, siempre nos explica que le entusiasma encontrar personas que se habían desorientado, y que cuando dan con ellas ya pueden volver a su casa. También ha tenido otras experiencias más tristes, pero de éstas apenas si habla. Es consciente de que todos se sienten más seguros a su lado, incluso Malva, que precisamente lo odia porque le recuerda cuán frágil es. Ahora dice que cada vez es menos frágil, porque su recuperación completa está más cerca. Vassili le quiere proponer que participe en la *performance* que prepara a partir de la denuncia que mi hermano va a poner contra mis padres. Desde que apareció el nombre del juez Garzón, piensa que el escenario ideal para llevar a cabo la acción sería la Audiencia Nacional, porque él fue magistrado allí y allí tuvo sus propios problemas. Es decir, que con sólo ver una representación de la Audiencia Nacional el posible espectador ya recibe una gran cantidad de información al relacionarla con el juez Garzón. Otro proyecto truncado. A algunos de nosotros les disgusta el repentino protagonismo que ese magistrado parece haber tomado en esta historia. Pero también es cierto que Vassili ha encontrado en él una pieza muy significativa que, casi sin querer, puede aportar mucho contenido a la obra final. Y por fin un nombre que nos vincula a una realidad concreta, a hechos que de verdad han sucedido. Cuanto más ambigua sea la presencia y la imagen del sujeto, más matices habrá que desentrañar. El caso es que, junto a todo ese contenido, Vassili ha pensado que mi hermano podría plantarse junto a la Audiencia Nacional para tratar de llamar la atención de algún magistrado que pueda intentar ayudarlo a encontrar posibles soluciones a su problema. No se trata de una manifestación, ni de una huelga

de hambre, sino de una intervención artística. Es una propuesta real que puede llevarse a cabo: Javier ante un lugar concreto, la Audiencia Nacional. Con el tiempo, irá tomando forma. Sin embargo, es muy posible que no encuentre ese juez que quiera ayudarlo. Otra alternativa es que mi hermano busque a Garzón en la Audiencia Nacional, donde no lo encontrará. Entonces, en la acción performativa, Malva sería una especie de sombra de mi hermano, a la puerta de la Audiencia Nacional, pero ella estaría desnuda para denunciar la vulnerabilidad ante las instancias jurídicas. Eso sería, básicamente, lo que diferenciaría la *performance* de una mera manifestación.

Algunos de nosotros piensan que el efectismo de esa desnudez es demasiado obvio, casi vulgar. Con frecuencia centenares de activistas se manifiestan desnudas en plazas para protestar contra el maltrato animal. Malva podría parecer una activista de una de esas causas, aunque ella no es animalista. Olga lo es más. Pero Olga podría decirle a Vassili que le parece una idea bastante machista. ¿Qué tiene que ver la desnudez de Malva con la Audiencia Nacional, más allá de la voluntad más obvia y escabrosa de llamar la atención? ¿Todavía llama la atención de alguien un cuerpo desnudo?

Vassili se defiende de las acusaciones diciendo que, de momento, sólo es una idea muy incipiente, y que Malva se iría vistiendo a medida que mi hermano se fuese desnudando. O sea, que el despropósito efectista se multiplica por dos. De seguir así, tampoco será extraño que Vassili acabe proponiendo que se desnuden los padres de mi hermano, que también son los míos. La escena sería verdaderamente dramática o ridícula. De momento, la mera idea ha hecho que más de uno de nosotros haya puesto los ojos en blanco. Hasta donde sabemos, la *performance* que prepara Vassili no parece tener ninguna poesía ni la magia necesaria para revelar nada. Nadie podría sentirse interesado. Eso es lo que dice Sergio, que en nada que sea tan obvio vamos a poder encontrar mensajes arcanos de esos que busca él en las fórmulas matemáticas y en los textos sagrados. Es una lástima que Vassili malgaste así su talento. Si volviera a encontrarse con Gabriel Orozco, sería mejor que no le dijera que está preparando algo. O que se limitara a decirle que su idea es sentar a mi hermano a una mesa durante horas, inmóvil, mientras mira fijamente a un posible observador. La mesa podría estar ante la Audiencia Nacional. A alguno de nosotros se nos ocurre que tal vez ésa sí sería una buena posición para Malva. Ella sí podría estar sentada, con sus



ojeras tan grises, y observar al espectador. Sería una buena manera de reflexionar y mostrar al posible público el problema de Malva: una actriz que tuvo que dejar de actuar y que todavía no se atreve a volver a hacerlo, aunque calcula que lo hará al cabo de dos años. Malva frente a su problema en una acción que no es una obra de teatro, tampoco una manifestación, ni una sesión de terapia, sino una obra de arte. Y la imagen de Malva sería una *performance* de verdad porque serviría para mostrar muchas cosas, la mujer como medio representativo que imita la realidad y la idealiza: esas que nos han dicho que eran los propósitos iniciales del arte. La carencia de esta *performance* sería que no serviría para agitar las conciencias como quiere hacer mi hermano, porque no guarda ninguna relación con el proceso judicial que él pretende iniciar.

Otro defecto de esta acción artística es que se parecería demasiado a la originaria de la artista Marina Abramović. Así que, si Vassili se encontrase otra vez con Gabriel Orozco, lo mejor sería no decirle nada tampoco de esta idea. Asimismo, no sería conveniente decirle nada a Malva, porque podría no estar de acuerdo con los significados que le atribuiríamos en caso de que Vassili o alguien la convirtiera en obra de arte. Tal vez sería un buen entrenamiento antes de volver a actuar dentro de dos años. Algunos de nosotros se preguntan cuál sería la diferencia real entre esa *performance* y la obra de teatro que nos hemos propuesto escribir para ella.

El hecho es que Vassili tiene que seguir pensando en cómo dará forma artística al proceso judicial. Lo de Garzón puede ser de gran ayuda o, como mínimo, un elemento concreto al que asirse para dar un paso más. Olga considera que Vassili podría tener en cuenta las indagaciones de Sergio, porque en su búsqueda la ecuación perfecta ya está presente sólo por el hecho de buscarla, y es también una forma de arte. Y Noe, aunque le encanta que la gente tenga proyectos, no entiende por qué de repente lo del arte y el trabajo de Vassili se ha convertido en un asunto sobre el que todo el mundo tiene que opinar.

Los días en que Malva no se siente del todo bien, la dueña del restaurante le pide que se encargue sólo de llevar los platos ya listos a la mesa. Si se encuentra con ánimo, también se encarga de tomar nota de los postres. Todavía en esta época, de vez en cuando, entre los comensales hay personas que

reconocen a Malva. A quien le pregunta qué le sucedió, ella responde que enfermó, pero que dentro de dos años volverá a actuar, que ya está prácticamente recuperada. También hay noches en las que todavía le da miedo recoger las mesas por si alguien le pregunta. Esos días ni siquiera se siente capaz de llevar los platos a los comensales, y mucho menos preguntar por los postres. Sergio le ha sugerido que cuando le suceda eso, rece. No como quien se dirige a un dios concreto al que pide benevolencia y protección, así no. Le ha dicho que se repita mentalmente las oraciones que conoce, y que trate de analizar a quién se dirigen, qué símbolos está utilizando para conectar con la parte verdaderamente divina de la Naturaleza y de nosotros mismos.

Malva ya no está en aquella etapa de su vida en la que lo probaba todo, seguía cualquier consejo y hasta la teoría esotérica más descabellada le servía para tranquilizarse e ilusionarse. Aun así, piensa en lo que le dice Sergio. También piensa en que le gusta que él la abrace. En una de sus crisis recientes, él fue la única persona de nosotros que estuvo disponible para acercarse a casa de ella y ayudarla a pasar los peores momentos de la caída. Acabaron haciendo el amor. Y luego le dijo que cuando se sintiera angustiada tenía que rezar. Que el sexo a veces también era una especie de oración. A ella todo eso le pareció un poco extraño, pero pocos minutos antes de que llegara él sólo había querido gritar y golpearse contra las paredes. Sergio la ayudó a recuperar el ritmo normal de la respiración, a pensar que no sucedía nada grave, que a medida que pasaba el tiempo todo se iba recolocando en su sitio, que si conseguía respirar bien, todo dejaba de tambalearse, que encontraría algo donde asirse para estar a salvo. Cuando pasara el malestar, volvería a ser ella, con su consciencia, quien sentía y no una serie de corrientes nerviosas estimulando células y órganos sin orden alguno. Malva confió en él y le gustó sentir cómo la abrazaba porque la estaba sosteniendo. Alguno de nosotros opinaría después que Sergio se aprovechó de la debilidad de ella, pero ése es el tipo de cosas que hace Sergio.

Ahora, cuando Malva se siente angustiada, intenta no perder el control de su respiración, recita oraciones o mantras, piensa en Sergio y niega la imagen que tenía de ella misma. Por lo menos, parece que ya no visita a los hermanos que trapichean con droga. Si se angustia cuando está trabajando sirviendo mesas en el restaurante, trata de recordar cómo se sentía en los ensayos en que era capaz de jugar a ser otra. Repasa cuántas sensaciones podía experimentar

con sólo imaginarlas y cómo se transformaba en otra persona, con otros pensamientos, otros recuerdos y otra manera de comportarse. Eso era lo que de verdad le gustaba: la facilidad con la que se expandía el mundo y lo fácil que parecía experimentar sensaciones diferentes. Todo era posible: la realidad adquiriría la apariencia que ella componía para sus personajes. Le costaba muy poco ponerse en la piel de personas que no tenían nada que ver con ella y que seguramente existían en algún lugar del mundo.

En el restaurante donde trabaja a veces observa a los clientes y busca en sus movimientos o gestos alguna información que le revele el carácter de esas personas: qué piensan, qué sienten, cómo es el placer que experimentan, qué les preocupa, cómo hablan en la intimidad con las personas a las que quieren. Está segura de que acierta con frecuencia. Cuando adjudica atributos agradables a algunos clientes del restaurante, se acerca y les muestra su mejor sonrisa. Casi siempre corresponden a su cordialidad, y por eso ella cree que ha acertado en su intuición. En otras ocasiones, encuentra personas más herméticas, con gestos y miradas que no entiende. Aunque las observa con detenimiento, le cuesta mucho imaginar sus vidas y prefiere tenerlos a distancia, porque podrían sorprenderla con algo desagradable. No sabría interpretar sus papeles, porque no puede entender cómo se comportan; así que no podría conmover ni emocionar a nadie con gestos que tendrían que evocar a personas con facciones de piedra.

Cuando Malva era pequeña, creía que todo el mundo pensaba igual, que a todos nos gustaban las mismas cosas, y que nos asustaban las mismas amenazas: lo bueno lo era para todo el mundo, de la misma manera que lo malo. Como si existiera un único código para interpretar la realidad con idénticos significados para todos los individuos. Sólo existía una manera de interpretar el mundo. Con el tiempo, cuando descubrió que no era así, se dio cuenta de que le encantaba imaginar que era otra persona. Hasta que se quedó estancada en ese punto: queriendo ser otra y detestando los propios miedos y los recuerdos que había ido acumulando.

El consejo de Sergio a veces funciona cuando Malva se siente angustiada. «Padre nuestro» apela a una divinidad, a esa energía o conciencia global o lo que sea que está por encima de nosotros: ese todo del que somos una parte ínfima que no puede dejar de existir. Paradójicamente, esa pequeñez, esa insignificancia, es un pensamiento que debe reconfortarla. Ella nunca va más

allá de la invocación inicial a ese padre de todos. En el fondo, no confía en Sergio. Se esfuerza por mostrar complicidad y convencimiento en sus teorías y explicaciones, pero, si se detiene a pensarlo, Malva opina que Sergio dice muchas palabras que no siente. Lo sabe porque también lo ha observado como si tuviera que interpretarlo sobre las tablas del escenario. Ha intentado ser Sergio. Él no cree de veras todo eso que dice sobre el marxismo, sobre la existencia de una fórmula matemática que se convierte en símbolo religioso porque lo explica todo. Pero se esfuerza mucho para resultar convincente, tanto que sigue investigando y construyendo discursos. Quiere convencerse a sí mismo. Malva sabe que ése es el método perfecto para crear un personaje verosímil que transmita confianza, aunque en el fondo lo que hace es engañar a todo el mundo. Malva reconoce que Sergio tiene talento y tenacidad. Algún día conseguirá elaborar una teoría interesante, convincente como una buena actuación, con un discurso capaz de dar sentido a todo.

Aunque Malva tenga opiniones tan paradójicas sobre Sergio y todas sus teorías, lo cierto es que él consigue reconfortarla. Como una buena obra de teatro, una buena película, la música o una pintura hermosa. Por eso, en aquella crisis en que él fue el único que pudo acudir a hacerle compañía, acabaron haciendo el amor. A los dos les gustó interpretar esa escena. Pensaron que tenía algo que ver con la belleza, con el equilibrio de las sensaciones y emociones de dos seres que coinciden en una situación concreta. Ella imaginó que estaba a salvo cuando él la abrazó. Sintió que tenía alguna conexión con la realidad, con lo que estaba sucediendo, ya fuese como una representación o como una verdad relacionada con la existencia que había tomado forma en ellos dos. A Malva le cuesta muy poco aislarse del mundo y dejar de prestar atención a lo que sucede a su alrededor, como si nada la concerniese. Noe y otros de nosotros dirían que nuestra amiga actriz no sabe defenderse, a lo que ella respondería que no entiende por qué tiene que defenderse ni por qué estamos tan seguros de que existen personas con deseos de agredirla.

Una noche un ladrón entró por la ventana del minúsculo salón del piso en el que vive. Ella estaba en el sofá porque se había quedado profundamente dormida después de tomar algo para relajarse. Cuando abrió los ojos, había un tipo entrando por la ventana, a horcajadas, con una pierna dentro del minúsculo salón de Malva. Ella no pudo hacer nada, como en esos sueños en

los que no se puede correr ni gritar. Al principio, al distinguir la silueta de Malva, el tipo se sobresaltó por un instante, porque no le había parecido que en el sofá hubiese nadie. Pero cuando la miró, cara a cara, en su rostro apareció una leve sonrisa, casi sarcástica; y luego respiró con alivio porque aquella mujer joven no suponía ninguna amenaza para él ni se iban a alterar sus planes. Es difícil saber si en la cara de Malva reconoció a la popular actriz de la longeva teleserie, pero lo que es indudable es que vio en el rostro de ella la confirmación de su propia impunidad. Tuvo la certeza de que no iba a hacer nada, que no se resistiría. Ni siquiera gritaría. Así que podría actuar con total tranquilidad, porque ella no iba a ser capaz de defender lo suyo. Mientras tanto, Malva entendió perfectamente la sonrisa del ladrón, como si la hubiese visto interpretar muchas veces. Sin duda era un gesto muy teatral. Supo que el delincuente había dicho algo así como «Ah, eres tú. No hay problema contigo. Tú no supones ninguna amenaza para mí. No sabes protegerte ni defenderte. Eres un cobarde, y por eso puedo hacer contigo lo que quiera, tú no vas a impedirme nada porque ahora no sabes qué papel tienes que interpretar».

Malva cree que el ladrón le apuntaba con algún arma, pero no está segura de qué era exactamente, tal vez una navaja. El tipo se llevó su tableta electrónica, su móvil, bisutería, su reloj y su bolso. Incluso tuvo tiempo de utilizar la tarjeta de crédito para consumir lo que Malva había comprado a los hermanos que menudeaban, y se fumó la marihuana que ella tenía en el bolso. Malva no se movió del sofá.

Cuando conocimos el incidente, algunos de nosotros pensaron que supondría una nueva recaída para Malva, pero se sobrepuso pronto. Algunas veces es sorprendente la capacidad de recuperación del ser humano. Apenas si quiso hablar del tema. Nosotros sabemos que muchas veces lo mejor es no hablar. Hay muchas cosas de las que no vamos a hablar aquí.

Cuando el tipo entró en la casa de Malva, Sergio no fue a consolarla. Mi hermano, por su parte, durante un tiempo consideró la posibilidad de añadir este nuevo agravio a la causa judicial que pretendía iniciar, porque el Estado está obligado a protegernos y procurarnos tranquilidad, y no lo hace. Sin embargo, tampoco tardó en dejar de lado este asunto. De una manera difusa e incómoda, todos se sentían responsables de Malva. Alguien podría haberla protegido aquella noche. Sabemos que ella es incapaz de defenderse. Noe, en

cambio, está convencido de que sí aprenderá a ser más fuerte, que cada persona necesita su tiempo. Dice que va por buen camino, que cuando vuelva a actuar volverá a ser ella y a valerse por sí misma. Además, todos hemos crecido, y los miedos se van dejando atrás, y ella también lo conseguirá.

Sergio a veces piensa que Malva es tan vulnerable como los alumnos que están a su cargo en el instituto, porque reclama los mismos cuidados. Esperamos que no vaya abrazando a todos sus alumnos como hizo con nuestra amiga actriz el día que quiso consolarla. Se metería en un buen lío. Estamos de acuerdo en que los adolescentes necesitan protección, pero en el caso de Malva es mucho más complicado. Alguno de nosotros diría que sufre un problema de adaptación, pero también es cierto que ese mismo diagnóstico podría atribuirse a alguno más del grupo que conformamos. A muchos les cuesta adaptarse a su entorno. A Vassili le gusta imaginar, a través de su arte, que la vida se dilata y transcurre por territorios infinitos, y Sergio quiere hacer algo grande que contribuya a un cambio de paradigmas para que todo cambie. A veces piensa que se conformaría si lograra que alguno de sus alumnos desarrollara una actitud y un pensamiento suficientemente crítico como para cuestionar el funcionamiento de la sociedad como la conocemos ahora.

Los adolescentes protestan por todo y lo cuestionan todo, no se trata de eso; lo que Sergio anhela es que sus alumnos se atrevan a cambiar algo de verdad, que no se dejen utilizar por el Sistema para hacernos y hacerles creer que cambian algo con su inconformismo cómodo y planificado. Él mismo, de momento, no ha provocado ni ha participado de ningún cambio destacable. Dice que se niega a tener hijos que contribuyan a la conservación de esta sociedad, que eso es parte de su rebeldía. Asegura que este mundo en el que vivimos ya está agotado, y que por lo tanto no tiene ningún sentido procrear. Como acto rebelde, no tiene una gran trascendencia colectiva. Nunca se atrevió a situarse completamente fuera de este sistema que tanto parece agobiarle. De hecho, cuando afirma que quiere hacer algo grande es porque se siente obligado a contribuir de alguna manera a la sociedad que lo ha formado. Se siente en deuda, su sentimiento casi podría considerarse el reverso de lo que sufre mi hermano. A uno, el Sistema no le ha dado todo lo que le prometía y lo que parecía corresponderle por el mero hecho de existir, mientras que, al otro, la sociedad lo ha formado, es decir, *le ha dado forma*, y él debe corresponder a lo que ha recibido. Y como tampoco está conforme con la

figura que el Estado o el Sistema han ido dando a todo, la aportación que devolverá será algo grande capaz de redirigir y enderezar una sociedad que considera que ya está sentenciada a muerte porque ha destruido su planeta. Por eso merece la pena rezar y buscar la oración o la fórmula matemática esencial que permita darnos cuenta de que el planeta al fin y al cabo sólo es otro recurso más que hemos agotado en una evolución desastrosa, pero que la materia o consciencia esencial sigue ahí. De este modo, a grandes rasgos, podría resumirse todo lo que dice Sergio.

Algunos de nosotros se preguntan cómo puede saberse que ha llegado el momento de desistir. Pensábamos que todavía éramos jóvenes, pero el discurso de Sergio y su propósito de hacer algo importante empieza a apuntar algunas señales de patetismo y a parecer trasnochado. También nos damos cuenta de que ya no somos tan jóvenes porque cuando Malva vuelva a actuar en el teatro dentro de dos años tendrá que interpretar personajes muy diferentes a los que hacía antes. Noe dice que no hay nada de malo en eso. No hay ningún misterio. Se trata de seguir día a día, en las mejores condiciones posibles, para poder disfrutar de lo que somos y de lo que tenemos, sea lo que sea. Olga nos intenta recordar aquella idea de la capacidad para maravillarse, eso de que la vida es una experiencia única y magnífica, algo que hay que agradecer y observar constantemente. Todo forma parte del proceso que nos han regalado. Lo del regalo a muchos de nosotros nos suena a lugar común, pero Olga lo repite.

Vassili es tal vez quien ha pensado más en el momento en que ya es oportuno desistir. El asunto de la causa judicial lo ha vuelto a animar y lo ha llevado a pensar que todavía puede producir algo, una obra que sirva para agitar conciencias, como dice Javier. Parece como si el compromiso de acompañarlo en ese disparate ahora fuese más potente que los miedos o las inseguridades. Han llegado hasta allí, así que ya sólo queda avanzar, sin retrocesos. El fracaso formará parte del proceso, de esas magníficas sorpresas que nos esperan, esas de las que habla Olga. Muchos quieren agitar conciencias, activar mentes, aunque posiblemente sólo busquen cuestionar su propio equilibrio, ponerse a prueba para indagar sobre lo que ha quedado en los márgenes.

A Vassili no se le ocurre cómo convertir la denuncia de mi hermano en una

buena *performance*. Se conformaría con que fuera impactante. Piensa de nuevo en Gabriel Orozco y en lo que le diría si se lo volviese a encontrar. Sabe muy pocas cosas sobre el artista mexicano, sólo que es uno de los más cotizados internacionalmente y que hace grandes montajes. Vassili le diría que pretende hacer una *performance* sobre un individuo que acaba de entrar en la madurez y que no sabe qué hacer con su vida porque nada de lo que le ha sucedido ha resultado ser como él esperaba. En el fondo, el tema podría ser la gestión o la representación de la frustración. Vassili sabe de muchos artistas que reflexionan sobre la posibilidad o la imposibilidad de representar nada. *El proceso de la frustración* le parece un buen título para una obra. El tema de representar la frustración es más ambiguo y más universal que hablar de un tipo concreto que no tiene trabajo y cuya exmujer no le deja ver a sus hijas y que ha decidido denunciar a sus padres y al Estado. Alguno de nosotros piensa que el aburrimiento también tendría que estar representado. ¿Se puede considerar aburrimiento cuando estás metido en una situación frustrante aparentemente eterna y en la que no puedes hacer nada para que cambie?

Vassili trata de imaginar la cara que pondría Gabriel Orozco si le dijera que quiere hablar del aburrimiento, pero no puede porque no lo conoce, lo saludó durante medio minuto. Sólo coincidieron en la terraza de un restaurante y el celeberrimo artista fue cordial con él. Así que, si quiere imaginar cómo reaccionaría ante las explicaciones de su proyecto, tendrá que hacer como cuando Malva especulaba sobre los atributos y los gestos de los personajes que estaba preparando para interpretar ante las cámaras que grababan la teleserie.

Sabemos que la idea de mi hermano a las puertas de la Audiencia Nacional junto a Malva desnuda no es una buena idea. ¿Habrà llegado el momento de desistir? ¿Si Vassili compusiera una buena *performance*, mi hermano renunciaría a seguir con su propósito? ¿Se daría por satisfecho? Noe dirá que hay que continuar, seguir, porque detenerse no sirve para nada. Con su perro, buscan desesperadamente. Parece que nunca van a dejar de buscar, y a veces consiguen resultados y a veces no. Pero él siempre confía en los demás y en que sucederá lo mejor. Este discurso también ha llegado a resultar para algunos de nosotros algo trasnochado, porque no creen de verdad que Noe confíe tanto en las capacidades del ser humano. Noe se viste de hombre y quiere que todo el mundo lo trate como si de verdad lo fuese. Incluso se afeita,



y muchas personas que nosotros no conocemos lo llaman Noé y utilizan siempre con naturalidad el pronombre masculino para referirse a él. A algunos de nosotros, sin embargo, todavía nos cuesta, y a veces es ella y a veces es él. No le importa, porque es Noe. Es bueno en su trabajo, y muy respetado, pero durante mucho tiempo la gente se burló de él. Tuvo que hacer muchos esfuerzos para que los demás entendieran que es diferente y que es un hombre. No desistió, y no parece frustrado ni le guarda ningún rencor a nadie. Dice que muchas otras personas lo pasaron peor, que él ha sido un privilegiado por nacer en el momento en el que le ha tocado porque en el fondo, al final, casi todo el mundo sabe distinguir qué es lo importante. El rencor acaba ocupando demasiado espacio en la mente y él no quiere cedérselo. Todos sus actos pueden ser considerados una obra de arte. Vassili pone los ojos en blanco cuando alguno de nosotros dice eso. Para él no todo lo que hace Noe puede ser considerado una obra de arte. Nos tacha de ignorantes. Sin embargo, lo cierto es que a quien ha fotografiado más de todos nosotros es a Noe. La transexualidad es un tema profusamente abordado por fotógrafos y artistas. Casi todos los temas han sido muy tratados en el arte y la fotografía. También la frustración. Por eso tantos creadores reflexionan sobre la incapacidad o el agotamiento de la representación, que de alguna manera es también una reflexión sobre la dificultad de identificar el momento en el que hay que desistir. Dejarlo todo.

No sabemos qué es lo que hace Vassili con todas las fotografías que toma de nosotros. Desde que está embarcado en el proyecto de la denuncia de Javier toma menos fotografías. Tal vez lo esté fotografiando sólo a él, o a mis padres, porque van a ser denunciados, cuando también son víctimas. Las fotografías no bastarán. A Vassili se le ha ocurrido que tal vez podría sentar a una mesa por un lado a mis padres, y por el otro a mi hermano. Sólo tendrían que mirarse. La mesa estaría ante la Audiencia Nacional. En esta versión, no habría espacio para Malva desnuda, con lo que se perdería efectismo. Obviamente queda descartado que aparezca alguien desnudo que no sea Malva. Por mucho que la mesa se sitúe delante de la Audiencia Nacional, seguiría siendo una copia de la *performance* de Marina Abramović. En el año 2010, esta artista estuvo en el MOMA de Nueva York más de setecientas horas sentada a una mesa, observando, impassible, a todos los espectadores que quisieran sentarse, por turnos, ante ella. Hubo una larga cola. En un momento

concreto, quien se sentó ante ella fue su antiguo amante y compañero artístico. Ella, tras una leve sonrisa que representaba la sorpresa y la alegría contenida del reencuentro, lo miró como a los demás, pero se emocionó, lloró y rompió el protocolo para ofrecerle sus manos. Muchas cámaras grabaron ese momento artístico. Marina Abramović, después, dijo que el público se emocionó y aplaudió porque todo el mundo quiso ver su propia historia de amor proyectada en el silencioso encuentro entre los dos antiguos amantes y artistas. Por eso fue un momento artístico.

Si Vassili consiguiera que mi hermano y sus padres se mirasen impasiblemente ante la Audiencia Nacional, es probable que alguien se emocionase y proyectase algo de su propia historia en esa escena, pero tampoco sería suficiente, seguiría siendo una mala copia del trabajo de Abramović, eso sí lo sabría bastante gente. Muchos de nosotros también lo reconocerían y se lo reprocharían a Vassili, aunque él diría que una gran parte del arte es una copia de otras obras, y no sólo en las artes plásticas, también en la música, la literatura y todas las demás. ¿Merece la pena la copia, aunque sea para transmitir un mensaje nuevo? Sergio dirá que esta pregunta ya se la ha hecho mucha gente antes que nosotros, que existe una amplia teoría y una extensa literatura sobre el tema. Pero es igualmente cierto que ya existe la Teoría del Todo y él dice que busca una fórmula matemática oculta capaz de dar respuesta a todos los misterios.

—Esa idea, la de las tres personas sentadas a la mesa, también es muy parecida a la que se había empezado a esbozar para la obra de teatro que alguien iba a escribir para cuando Malva vuelva a actuar.

—Sí, es cierto. Pero cuando se empezó a esbozar no sabíamos nada de Marina Abramović. Vassili no había hablado de ella en absoluto. Ha debido de ser una casualidad.

—Curiosa la manera como, de esta maraña de pensamientos, a veces surgen cabos que coinciden en algo y que, por lo tanto, pueden conectarse. Serendipia. No creo que sorprenda a nadie que al final la *performance* de Vassili sea lo mismo que esa dramaturgia tan perseguida para la pobre Malva.

—Nadie dice «Pobre Malva», como nadie dice «Pobre Noe» o «Pobre Sergio» o «Pobre Vassili». No hay por qué decirlo.

—Javier sí que busca la compasión.

—Hay muchas cosas que no decimos porque hay muchas cosas de las que no hablamos. Y no hay ninguna serendipia. Lo que sucede es que, con el deseo de establecer comunicación, alguien lanza un mensaje o una idea que, entre la multitud del universo, acaba encontrando una respuesta o un código que lo esclarece o que lo plantea en otro lenguaje, y que procede de un interés común con otro emisor, tal vez igualmente desesperado por comunicarse. Y a veces, detrás de todo eso al final se encuentra aquello de lo que no se quería hablar o que no se podía ver.

Sea como sea, Vassili no va a plagiar a Marina Abramović. Tampoco quiere descartar la participación de Malva, ya sea desnuda o vestida. Incluso podría incluir a Noe en algún momento, o sus abundantes fotografías, pero es probable que él no acceda a formar parte de todo esto, por mucho que los demás afirmemos que cualquier cosa que hace es una obra de arte.

A decir verdad, mi hermano está algo molesto porque siente que el proyecto artístico frivoliza de alguna manera su proceso judicial. No quiere que todo se reduzca a producir una intervención artística y ya está, no quiere que únicamente se lance un mensaje para que los posibles espectadores lo interpreten libremente, según lo que proyecten de ellos mismos en la pieza que observan: necesita que un organismo oficial reconozca su culpabilidad, que asuma sus responsabilidades y lo resarzan de cuanto ha sufrido. Pero lo cierto es que él todavía no ha contactado con ningún abogado y que la repercusión que puede tener gracias a Vassili parece interesarle. Tampoco ha intentado contactar con el juez Garzón ni con la jueza María Servini. Tal vez espera que lo haga Vassili considerándoles incorporaciones interesantes para la *performance*.

Olga le ha dicho que investigue entre las ONG, que hoy día hay una para cualquier tema, así que seguro que encontrará la idónea para que convierta en propia su causa. Abogados o jueces sin fronteras, o algo así. Nosotros crecimos creyendo que podríamos solucionar casi todos los problemas del mundo que íbamos a heredar. Que si colaborábamos con las fundaciones, con las ONG, y aprendíamos a reciclar bien incluso tataríamos el agujero de ozono. Ahora que somos adultos, nos hablan constantemente del calentamiento global, que ya es una realidad. Ya ni siquiera Noe puede decirnos que si lo intentamos y nos esforzamos sí que conseguiremos reducir el agujero de ozono

o el cambio climático. E incluso entre nosotros ya han aparecido voces críticas con el reciclaje. Vassili tiene en su estudio un contenedor de recogida selectiva. Siempre ha estado presente en su obra, así que ahora no pude dejarlo de lado en su proyecto de *performance*, conseguirá que su intervención esté más cargada de significado y comprometida con su realidad. Tendrá tanto significado su intervención que necesitará un relato muy largo para explicarla. Sucede con algunas obras de arte. La dificultad de gestionar la basura, los restos, lo que ya no sirve y provoca molestias es un tema que da mucho de sí, que puede generar una larga cadena de ideas, debate y pensamiento.

Con tantos elementos al retortero, es comprensible que mi hermano se moleste por que se diluya el significado de su denuncia. Por eso considera, tal como le sugirió Olga, buscar el apoyo y la orientación de una ONG. Olga se ofreció a ayudarlo. Tal vez sea la oportunidad que ella también ha estado esperando. Podrá ayudar a mi hermano y encontrará la manera de canalizar sus ganas de ser útil y de proteger a alguien. Ya no le basta con proteger a Sergio. Además, Olga siempre ha sido la perfecta afiliada de cualquier asociación que tuviera como objetivo arreglar el mundo. No tenía suficiente con reciclar correctamente. Probó con algún colectivo en su adolescencia, pero no permanecía el tiempo suficiente como para sentirse parte del grupo. Le costaba identificarse plenamente con alguna causa a la que dedicar sus esfuerzos. Hasta que se encontró con Sergio, y entonces supo que él y su proyecto de hacer algo grande por la sociedad eran un objetivo suficientemente noble.

El padre de Olga fue el primer abogado laboralista que conocimos. En el barrio en el que vivíamos, muy pocos padres eran abogados o profesores, casi todos eran trabajadores menos cualificados. Los profesionales liberales solían formar parte de otros ambientes. En el edificio donde vivieron mis padres mucho tiempo, vivía también el padre de Araceli, que trabajaba en una fábrica de uralita. Murió muy joven. Una muerte así ahora se relacionaría fácilmente con su empleo, pero entonces no lo sabíamos. Tal vez los mayores sí, pero tampoco se dijo oficialmente. Fue la primera muerte de un bloque de pisos en el que más tarde hubo muchas, y que ahora está habitado por personas muy mayores y por los hermanos que menudean droga. Todo el mundo pensaba que ellos también morirían pronto, pero siguen vendiendo a gente que está tan

desesperada como lo estuvo Malva en algún momento.

El padre de Olga, como abogado laboralista que era, presidía la asociación de vecinos, e incluso fundó la sección local de un partido de ideario comunista con un nombre que no quería decir nada ni daba ninguna pista sobre su raigambre ideológica. Siempre estaba rodeado de gente y liderando reivindicaciones ciudadanas: una guardería pública para que las mujeres pudiesen trabajar y emanciparse, un centro cívico donde las asociaciones podían reunirse y organizar actividades de ocio para los ciudadanos, y una escuela de adultos, porque los trabajadores no pueden ser analfabetos.

Con un padre así, y con la admiración que Olga le profesaba, era normal que estuviese ansiosa por buscar una asociación desde la que trabajar para el desarrollo de toda la sociedad. Los padres de algunos de nosotros decían que el de Olga era un cantamañanas y un gandul, y que, en lugar de hablar tanto de los trabajadores, lo que tenía que hacer era trabajar, y que sus acólitos todavía eran peores, porque éstos no eran ni abogados ni nada, sólo unos aprovechados. A los padres de muchos de nosotros les habían hecho creer que sólo servían para trabajar y que ésa era la única función que debían cumplir celosamente, sin reprochar nada a quienes generosamente les ofrecían esos trabajos y los beneficios resultantes. Si alguien moría joven por trabajar con uralita, sólo cabía lamentar su mala suerte. Este tipo de cosas son las que parecen revolver a Sergio, mientras muchos de nosotros nos sonrojamos al escucharle.

No hace demasiado tiempo, Olga volvió a interesarse por las asociaciones y las ONG. Encontró, en el barrio en el que vive ahora con Sergio, un colectivo que trabaja por el comercio justo, por la agricultura ecológica y, sobre todo, para criar niños ajenos a la tiranía del mercado, los prejuicios y los convencionalismos. Regreso a la tierra. Creyó que por fin había encontrado el grupo ideal. Sergio la animó para que se integrase, aunque él declinó formar parte porque su lucha y su búsqueda necesitan soledad. Aun así, le dijo que estaba convencido de que ella tenía mucho que aportar a ese colectivo.

Dentro de la asociación Olga intentó proponer actividades que contribuyeran a trabajar por la infancia o reivindicar algún derecho que se estuviese vulnerando en algún lugar del mundo. Había centenares de miles de

niños que estaban llegando a Europa desplazados de sus países que estaban en guerra o sufrían hambruna. La asociación valoró la propuesta de Olga y consideró que lo mejor que podían hacer era organizar un mercado solidario para enseñar a los más pequeños que no hay que derrochar los recursos del planeta y que, a veces, consumiendo se explota y se oprime a muchos niños de otros países. Así contribuirían a que sus vecinos tomaran conciencia de las desigualdades y las tragedias que sucedían en el mundo. A Olga todo esto le trasladó a la época en que nos enseñaban a muchos de nosotros a reciclar y nos decían que no había que utilizar aerosoles para no hacer más grande el agujero de ozono. No parecía que nosotros hubiésemos conseguido nada.

El día en que se instaló el mercado solidario, Olga no pudo asistir porque debía acompañar a Sergio a una ermita en la que habían encontrado, según él había leído en algún lugar, una escultura románica que presentaba una peculiaridad relacionada por algunos estudiosos con un código o ritual poco conocido mediante el que se pedían favores a divinidades paganas. A muchos de nosotros les pareció que Olga tenía razón en desistir de su colaboración con la asociación. Ella no volvió a hablar del tema. Pero otros de nosotros creen que el sentimiento que experimentó nuestra amiga también podría estar incluido entre los argumentos que se acumulan alrededor de una obra de arte que quiere titularse *La gestión de la frustración*.

A pesar de todo, Olga no ha dejado de creer en la utilidad de las organizaciones y asociaciones solidarias. Busca una que pueda ayudar a mi hermano. Tal vez lo hace porque ella también confía cada vez menos en el resultado de la *performance* de Vassili, aunque no lo dice en público. No sería una manifestación coherente con la actitud que ella exhibe siempre, tan atenta a dejarse sorprender por los fenómenos maravillosos que nos ofrece la vida. Dice que a lo único que aspira es a infundir algo de optimismo y alegría en los demás. Por eso quiere ayudar a mi hermano. En cierto sentido, sus aspiraciones coinciden con las de Sergio. Igual que él, puede considerarse que ella quiere hacer algo grande, pero desde los pequeños gestos, porque asegura que es donde va a encontrar las mayores maravillas.

A Olga también le gustaría escribir la obra de teatro que fuese capaz de devolver a Malva a los escenarios. Se le ocurrió un día que tuvo que volver al ambulatorio del barrio en el que habíamos crecido para que le hicieran una prueba de visión. Últimamente tenía fuertes cefaleas que le impedían

concentrarse en nada. Al médico le pareció que estaba relacionado con la vista. Hacía mucho tiempo que no visitaba el ambulatorio, tanto que lo asociaba con su infancia. Estaba prácticamente igual. Un edificio civil construido con materiales anodinos y de escasa calidad, paredes ocres y suelo de terrazo barato. Pensó en el libro de Foucault que Vassili le había recomendado, cuya lectura todavía tenía pendiente, sobre las instituciones penitenciarias y cómo muchas instalaciones públicas o privadas siguen un mismo patrón en la arquitectura y la distribución de los espacios. En esas instituciones, el tiempo se detiene y el individuo que se adentra parece dejar su vida, las circunstancias y peculiaridades que lo definen, en la puerta. Como en la *Comedia* de Dante, donde se avisa que hay que dejar a las puertas del Infierno toda esperanza. Olga sintió que realmente había sucedido algo extraño con el tiempo y con la luz, que era gris. Cuando estaba a punto de acceder al ascensor, se le cerraron las puertas en sus mismas narices. Una chica bajita, con una melena larguísima, planchadísima, de ojos muy negros, con las cejas muy perfiladas, los labios carnosos y las mejillas abultadas, de unos veinte años, le dijo que cuando sucedía eso daba mucha rabia.

CHICA BAJITA Y MORENA Además, tardan mucho en subir y bajar.

OLGA Sí, se me ha escapado por poco.

CHICA BAJITA Y MORENA (*Actúa con familiaridad, como si efectivamente conociera a la otra mujer desde hace mucho tiempo*) Estoy más nerviosa... Así que yo no tengo prisa para que llegue el ascensor. A lo mejor ni subo.

*Olga la mira por primera vez. La moda de las largas melenas estiradas y planchadas y las grandes bufandas uniformiza en gran medida a las chicas. Calcula que tendrá unos veinte años. No demasiado educada, pero segura de sí misma, con mucho desparpajo, probablemente, si no estuviera tan asustada, sería arrogante. Hija de inmigrantes, pero integrada en el entorno del barrio. Aquél es su barrio. No es probable que todavía esté estudiando. Va muy maquillada. Se la imagina de dependienta en una zapatería o tal vez de auxiliar en una peluquería, sabe de estética, o por lo menos de maquillaje. Tiene las cejas muy bien perfiladas. En la chica hay algo en lo que Olga se reconoce. Probablemente no habrá oído nunca el nombre de Foucault, ni siquiera el de Dante. Olga también creció en ese barrio.*

OLGA No te preocupes, mujer, que seguro que va a ir bien.

CHICA BAJITA Y MORENA Seguro que va a ir bien... Tengo mucho miedo, me tienen que quitar una prótesis, de aquí. (*Se señala en el costado, bajo la axila*) Está caducada. Hace más de un año que me la tendrían que haber quitado, pero me daba miedo la intervención.

OLGA (*Al principio, valora la posibilidad de preguntarle de qué tipo de prótesis se trata, pero descarta la idea*) Tranquila, mujer, que no va a ser nada, ya verás.

CHICA BAJITA Y MORENA (*Con evidente preocupación*) ¿Que no va a ser nada? Me tienen que hacer un tajo, me tienen que abrir para sacarla. Hace más de un año que me la tendrían que haber sacado. Y ahora ya está caducada, y ya no puedo esperar más. Mira que si se ha infectado...

*Llega por fin el ascensor. Olga no sabe si se siente aliviada o si se quedaría consolando y acompañando a la chica un rato más. Entran en el ascensor, las dos solas.*

CHICA BAJITA Y MORENA ¿A qué planta vas? Yo voy a la segunda. Que me rajen es lo que más miedo me da. Y me da miedo, aunque yo me he hecho un montón de *piercings*, en todo el cuerpo. Un montón, anda que no me he hecho *piercings*...

OLGA Uy, eso sí que me da impresión a mí, yo no podría ponerme ninguno, porque me dan mucho miedo las agujas.

*El ascensor llega a la segunda planta.*

CHICA BAJITA Y MORENA (*Mientras sale, lentamente, del ascensor*) Madre mía, ya hemos llegado, y estoy más nerviosa... Qué miedo me da que me tengan que rajar.

OLGA Tranquila, seguro que va bien. Va a ser sólo un rato, tú respira hondo, sobre todo respira, ya verás...

CHICA BAJITA Y MORENA (*Al salir, se vuelve y mira a Olga y le sonrío*) Bueno, muchas gracias.

*Se cierra el ascensor. Olga sale, por error, en la planta tercera. Todo sigue siendo gris, carteles quemados por la luz. Durante un rato busca el consultorio donde tiene que ser visitada y tarda un rato en darse cuenta de que ella tendría que ir a la cuarta planta. Sube por la escalera. Como es habitual, tiene que esperar en el pasillo durante un buen rato. Piensa en la chica del ascensor, pero cuando han pasado algunos minutos vuelve al libro*



*de Foucault y la teoría de que el tiempo se detiene. Por fin la visitan para la prueba programada. Nada destacable. Baja por la escalera. Al pasar por el rellano de la segunda planta, oye que hay una cierta agitación. Primero, dos o tres enfermeros corriendo. Detrás, un celador empuja una camilla, también corriendo. En la camilla, con una máscara de oxígeno para poder respirar, puede verse a la chica bajita y morena con la que Olga ha estado hablando en el ascensor.*

Malva podría interpretar a la chica del ascensor. Malva también creció en el mismo barrio, aunque guarda poco parecido físico con ella. Olga considera que lo que le ha sucedido es una escena muy teatral. Podría escribir la obra completa sobre esa chica, sobre la conversación que mantuvieron y cómo se identificó con ella. De cómo siempre acaba volviendo al barrio en el que crecimos. La chica parecía estar bien, sólo tenía miedo, pero al cabo de un rato la vio en una camilla. De la mirada asustada y la conversación nerviosa de la chica, Olga podría extraer muchos más mensajes que, a su vez, Malva enriquecería con su interpretación.

A muchos de nosotros nos gustaría escribir la obra teatral para Malva. Ése es el motivo por el que, de vez en cuando, irrumpe en esta narración la voz del hombre que se sienta a una mesa frente a la mujer que ha de interpretar Malva o a cualquier otra de nosotras. La voz aparece aquí de vez en cuando para ensayar, porque es una voz teatral, pero también para aturdir y atormentar, para recordarnos que alguno de nosotros debería escribir la dramaturgia para Malva. Que necesitamos una historia que contar para que nuestra amiga actriz pueda volver a actuar, para que nosotros sigamos teniendo sentido. Sin embargo, han ido apareciendo otros muchos temas que reclamaban nuestra atención y nuestro lenguaje para tomar forma. La chica del ascensor exigía convertirse en palabras ante Olga. Hay otros temas de los que no hablamos porque no queremos hacerlo. Probablemente, a esa voz que aparece para solicitar insistentemente el diálogo y hechos concretos que configuren una historia y para recordarnos que no estamos haciendo un buen trabajo sí le gustaría hablar de lo que nunca mencionamos. Es una voz bronca que hace preguntas, pero no de las que resultarían difíciles de contestar, sino de esas que sí se podrían contestar cuando alguno de nosotros se dispusiera a escribir el texto para Malva y éste fuese una historia realista y fácil de seguir.

—Dijimos que habría un hombre sentado frente a una mujer, pero que no tendría que saberse el tipo de relación que existe entre ellos.

—¿Por qué?

—Porque es una manera de insinuar que, en el fondo, todas las relaciones humanas son muy similares.

—Entonces, no hablarán de cosas concretas, de los hechos y los actos que de verdad importan a los seres humanos: el amor, el sexo, la muerte, la soledad... La *performance* de Marina Abramović, cuando más emocionó al público, fue en el momento en el que apareció su ex amante y se miraron durante unos minutos, lo suficiente para que los observadores imaginaran qué pensarían o sentirían ellos en una situación similar.

—Hay cosas de las que no vamos a hablar.

—Ya te estás dando cuenta de que ese texto tan pretendido nunca va a ser posible. Ninguno de vosotros será capaz de escribir nada para Malva.

—De momento, sólo tenemos tu voz. La construcción de otra persona. La otredad.

—A mí me gustaría hablar de esa teoría que habéis aprendido hace poco y que aparentemente no queréis mencionar: esa de que la función inicial de la poesía era hablar con los muertos.

—Ésa es una de las cosas de las que no hablamos. Malva mirará con sus ojos tan expresivos al hombre que se siente ante ella y le explicará que no sabe por qué le cuesta tanto dormir por las noches. Que se esfuerza mucho por concentrarse en los pequeños gestos cotidianos, pero que no es suficiente. Entonces, hay que pensar cuál es el conflicto.

—Y qué papel juego yo en ese conflicto. Pero tiene que ser uno muy pequeño, un incidente surgido de la cotidianidad. Ésa será la única manera de poder conseguir un texto para Malva. Si lo hiciese Olga, hablaría de las dificultades que tiene para sorprenderse, ella que tanto proselitismo hace de la capacidad de la vida para maravillarnos.

—Eso parece muy rebuscado. El texto no interesaría a nadie.

—Malva, en la obra escrita por Olga, podría hablar sobre el vacío que siente desde que nada la sorprende. Es parecido a olvidar lo que se siente cuando se practica sexo. Tal vez sería eso, que en el fondo Olga se estaría quejando del desinterés sexual de Sergio.

—Desinterés por el sexo con ella, mejor dicho. Eso podría interesar un poco más al público. Y a más gente. Un público más grande.

—Entonces, el personaje creado por Malva y Olga buscaría una asociación de personas que han perdido la capacidad de sorprenderse. Cuando todo puede suceder, todo acaba sucediendo.

—Lo de la falta de sexo con una porque se acuesta con la otra tenía más gancho.

Si el texto lo escribiera Noe, la mujer interpretada por Malva hablaría sobre la cantidad de objetos que se encuentra a diario, constantemente, en su casa, en su lugar de trabajo. Hallazgos continuos, objetos de todos los tamaños que salen a su encuentro sin que ella pueda recordar cuándo los colocó allí. Mejor todavía, la mujer trazada por Noe se quejaría de la cantidad de gente conocida que se encuentra por la calle. Todas y cada una de las personas que se encuentra en el metro, en las tiendas, en las calles, son conocidos suyos, como si mantuviera relaciones estrechas e íntimas con todos los habitantes del mundo. Sin espacio para el anonimato ni para el desconocimiento ni para el misterio.

Esa mujer no podría ser guía canino en las búsquedas de personas perdidas porque Noe siempre dice que sería incapaz de ir a buscar nunca a ningún conocido. Se quedaría sin trabajo.

Sería insoportable conocer a todas las personas que habitan el mundo, como también lo sería que los objetos te fueran asaltando continuamente. Objetos, con todo lo que evocan. Pero Malva interpretaría muy bien ese papel, porque a veces ella misma se siente como si todo el mundo supiera su historia y estuviera al corriente de lo que piensa y lo que siente, como si fuera transparente.

—El papel del hombre que se sienta a la mesa ante Malva hasta ahora parecería poco importante. Ese hombre se limitaría a escuchar. Una mujer transparente rodeada de objetos que lo explican todo. Ya existe también quien ha realizado una instalación artística muy parecida a eso.

»Hasta ahora, la voz del hombre no habría hecho más que interrumpir, preguntar y molestar. Algunos de nosotros empiezan a aburrirse.

—Me parece lógico. Algunos de nosotros querían explicar la historia de

mi hermano, la de Sergio y la de Vassili porque son las que nos dan forma. Entre todos podríamos crear, entonces, el argumento para que Malva pueda cumplir su propósito de volver a actuar dentro de dos años. Sería hermoso contar entre nosotros con alguien que haya cumplido su objetivo. Por el mismo motivo también casi todos quieren que mi hermano obtenga algo de su proceso judicial.

Vassili no ha escrito un texto dramático para Malva, pero sí ha escrito una conferencia. No para cuando nuestra amiga vuelva a actuar, dentro de dos años, sino para este momento en que está preparando su *performance* sobre la causa penal de mi hermano. Ha ordenado sus pensamientos. No ha tenido suficiente con ir explicando a diestro y siniestro las ideas que circulan por su mente. El proyecto, poco a poco, está ganando consistencia y podría decirse que ya es real. Vassili ha escrito una conferencia para que todos entendamos la relevancia que va a tener su intervención artística dentro del proyecto de mi hermano, que sin duda tiene una gran trascendencia porque entre los dos van a conseguir agitar conciencias. Se siente francamente satisfecho con su texto. Lo empezó justo después de leer en el periódico una entrevista que alguien había hecho a Gabriel Orozco. No lee la prensa con asiduidad, así que creyó ver algo más que una simple casualidad en el hecho de que aquella entrevista llegara a sus manos. Algunos de nosotros le dirían que no había nada especial en ese hecho, que, simplemente, cuando estamos atentos a algo, nos encontramos eso mismo, sea lo que sea, con más facilidad. Gabriel Orozco lucía en la fotografía la misma ropa que el día que Vassili se encontró con él en una terraza. La fotografía del periódico, por tanto, también estaba diciendo algo de él. En su conjunto, todo debía tener un significado especial para Vassili. El periodista que firmaba la entrevista aseguraba que el artista mexicano había conseguido agitar conciencias con una caja de zapatos vacía. Por supuesto que eso tenía que ser polémico. Vassili no supo si admirar la genialidad o reprochar lo que bien podría ser oportunismo. Gabriel Orozco también decía que a veces pensaba que ya estaba muerto, pero eso forma parte de las cosas de las que no vamos a hablar.

Para que todos entendamos de qué modo una caja de zapatos vacía es una obra de arte, hace falta el discurso del artista. Antes lo habían hecho con un inodoro que el arte transformó en fuente. Vassili no pretendía escribir el

discurso que explique el significado de su *performance*, sobre todo porque todavía no sabía en qué iba a consistir, pero también porque está cansado de relatos. Por eso decidió escribir una conferencia. Y convenció a mi hermano para que colaborase con él. Debían explicar todo el proyecto entre los dos.

Olga consiguió que le cedieran un local céntrico en el barrio donde algunos de nosotros hemos crecido. Era la sede de una asociación con la que ella había trabajado en alguna ocasión. Anunciaron la conferencia con carteles que alguien colgó. El título era algo parecido a *Intervención artística sobre una denuncia al Sistema que nos ha fabricado*; y junto al título aparecía el nombre de Vassili y, en una letra considerablemente más pequeña, el de mi hermano.

Algunos de nosotros asistieron a la charla. Mis padres también. Alguien dijo que aquel acto ya funcionaba como una primera acción o entrega del proyecto artístico. Los pocos amigos y seguidores de Vassili que también asistieron, compañeros fieles de la escuela de arte, artistas con los que había compartido taller o interesados por el arte en general, también quisieron interpretar el acto como el primer fruto palpable de la obra de su amigo. Tal vez ellos sí eran capaces de componer o intuir el discurso que nuestro amigo artista necesitaba.

Las dos primeras filas se habían reservado para los miembros de la asociación que había cedido el local con la intención de supervisar el desarrollo del acto. En un extremo de la primera, había una mujer mayor que hablaba sola. No se entendía lo que balbucía, pero era posible que estuviera comentando entre dientes algo referente a lo que en la sala había empezado ya a suceder. Era difícil adelantar de qué iban a hablar el artista y el hombre que había anunciado que pretendía denunciar a sus padres porque no le habían preparado para el mundo que le esperaba. Al lado de la mujer había varias sillas vacías y, a continuación, dos miembros de la asociación. Pantalones de pana, zapatos gruesos de cordones y cabellos grises. Javier calculó que debían de ser sólo un poco más jóvenes que sus padres. Él iba a dar explicaciones a esas personas para que entendieran que se sentía engañado, que estaba muy enojado porque la sociedad que ellos habían contribuido a crear a lo largo de tantos años de trabajo no le había asegurado lo que le habían prometido y le habían hecho esperar desde su infancia. Mi hermano tenía que apuntar directamente hacia esas personas: la mujer que hablaba sola y los dos hombres

mayores que vestían pantalones de pana muy desgastada a la altura de las rodillas. A todos ellos tenía que espetarles en la cara que no sólo habían fracasado, sino que habían construido un país malogrado y falaz. Ésa era la razón por la que él estaba dispuesto a insultarles mediante la denuncia que iba a interponer contra sus propios padres, que era tanto como decir que los iba a denunciar a todos ellos por negligencia, por fracasados o algo parecido. Todos sus esfuerzos no habían servido para nada bueno. Aquellos hombres probablemente habían conducido trenes durante mucho tiempo. La empresa pública nacional de ferrocarriles había dado a sus trabajadores muchas facilidades para adquirir un piso en aquel barrio. Habían llegado desde muchos puntos diferentes del estado. Tantos kilómetros para no llegar a ningún lado. Los hermanos que menudeaban droga también podrían haber denunciado a todo el país por el futuro que les habían preparado. Pero, tal vez, si lo hubieran hecho, habrían dejado de percibir el subsidio que seguramente recibían, dada su precaria situación. Nadie escuchaba nunca a esos hermanos, a uno ni siquiera se le entendía cuando hablaba; pero si alguien se hubiera tomado la molestia, ellos también hubieran podido desgranar todo un rosario de agravios. Sin embargo, aquella tarde no les correspondía a ellos hablar ante las personas que habían acudido a la conferencia, muchas de las cuales sólo querían escuchar a Vassili. Mi hermano también iba a hablar, para que el artista había previsto que fuese así. Tenía que esforzarse para que todo el mundo entendiera los motivos por los que estaba empujando a sus padres hacia un proceso judicial. Era la primera intervención de la *performance*. Ya empezaban a agitar las conciencias de la mujer que hablaba sola, de los ferroviarios jubilados, de los conocidos de Vassili y de mi familia.

Para que lo comprendiesen, mi hermano tenía que empezar desde el principio. Los amigos artistas de nuestro amigo iban a analizarlo como parte de una pieza de arte. Mejor no pensar en eso. En cuanto a los hombres mayores de los pantalones de pana, tenía que conseguir ganarlos para su causa. Sintió un profundo abatimiento que le impedía empezar a hablar. Ojalá pudiera recordar alguno de aquellos discursos interminables de Sergio sobre el marxismo. No tenía trabajo, su mujer lo había abandonado, no podía ver a sus hijas siempre que quisiera. Por un momento, imaginó a las niñas entre el público que había asistido a la conferencia que iba a ofrecer. Ante sus hijas no expondría sus miserias. Las hijas tienen que sentirse orgullosas de su padre.

Una niña cuyo padre dice públicamente que ha fracasado en todo siempre tendrá una imagen guardada en el cerebro dispuesta a presentarse en medio de cualquier frase o de cualquier pensamiento para entristecerla, para hacerle sentir lástima. Tendrá sobre ella una sombra planeando capaz de hacerla sentirse desgraciada en cualquier momento. Tal vez se trate de una sombra parecida a la que ha hecho tan infeliz a Javier. Ellas siempre podrán culpar a esa sombra cuando los acontecimientos no resulten como esperaban.

Tampoco sus padres pueden sentirse muy orgullosos de Javier. Sí lo conseguirían si entendiesen que ellos son un eslabón más en esa cadena que mi hermano quiere evidenciar, que une a víctimas y culpables, con un origen difícil de identificar y que se extiende hacia un futuro incierto. Lo que pretende hacer su hijo puede ser algo importante para el bien común.

A los amigos de Vassili les encanta la idea, y admiran a los padres de mi hermano porque no se han opuesto al proyecto, sino que han aceptado con resignación el enésimo disgusto provocado por su hijo. Mientras que nadie lo considera capaz de denunciar a sus padres de veras, ellos tampoco sabrían qué hacer para tratar de impedirlo. No han sabido ayudarlo hasta ahora, así que no van a encontrar una solución en estos momentos. Y él parece saberlo, por eso insiste tanto. Ahora cualquiera de nosotros diría que se deja arrastrar por un proyecto que pertenece más a Vassili que a él mismo.

Su padre, entre el público, mira fijamente a Javier. Es imposible imaginar qué debe de estar pensando. Es un hombre que habla muy poco. Aunque no fue ferroviario, también viste de pana, y tampoco abandonó el suburbio al que llegó hace más de cuarenta años, aunque no le gusta vivir allí. Su lugar sigue estando muy lejos.

Antes de hablar, Javier repasa mentalmente el paseo que ha hecho por el barrio con Vassili y algunos de sus amigos, esa misma tarde. Un amigo del artista, que ha venido desde la capital, se ha sorprendido mucho al descubrir el enorme puente de hierro que se alza sobre las vías. Una cantidad tan ingente de hierro que parece más propia de otra época. Se supone que ya estamos en la era digital, todo es más aséptico y más amable que el hierro forjado. Es un cruce de numerosos raíles, porque por allí circulan muchas líneas de trenes con destinos y orígenes diferentes. Mi hermano recuerda que, cuando eran pequeños, casi todos los niños del barrio jugaban entre los raíles. Aunque

siempre se hablaba de alguna desgracia, a ninguno de sus amigos les pasó nunca nada. Todo lo malo sucedió mucho más tarde, cuando a él también lo superaron los acontecimientos y la facilidad con la que cambiaban las circunstancias en las que se desarrollaba habitualmente su vida.

Hacía tiempo que él mismo no reparaba en la magnífica estructura del puente, aunque a menudo pasaba por allí. Formaba parte de un paisaje habitual y ya no reclamaba su atención. Mientras lo observaban, Vassili dijo que parecía una jaula inmensa. Había algunas personas subiendo los dos o tres niveles del puente para pasar al otro lado de las vías. Los padres de mi hermano ya no pueden subir todas esas escaleras, pero tampoco necesitan pasar al otro lado de las vías. Su vida se desarrolla en un espacio cada vez más reducido. Llegará un momento en el que ya no saldrán de su casa. Entonces, serán invisibles. Mi hermano piensa que hay muchas personas invisibles. Él mismo había dejado de ver a esos hombres con jerséis antiguos de lana, zapatos gruesos y baratos y pantalones de pana desgastados por las rodillas. También había dejado de ver a esos jóvenes de suburbio que desprenden una ambigua mezcla de arrogancia y desconfianza. Vestidos con ropa barata, sintética, pero con muchas ganas de gritar algo sobre su presencia en el mundo. Como la chica bajita que Olga se encontró en el ascensor del ambulatorio del barrio.

Mi hermano piensa en sus hijas y le cuesta respirar. Los chicos que ha visto esa tarde suben y bajan la escalera del puente sin problemas, pero de alguna manera también son invisibles. Javier y Vassili hablan de las personas que son invisibles. Nuestro amigo artista recuerda el discurso de un científico que escuchó una vez en una inauguración. Explicó cuánto ha avanzado la investigación en física sobre la luz. Dijo que ya sabían cómo podrían hacer invisible un avión. Tal como lo explicaba, parecía muy fácil: sólo se trataba de hacer un juego de espejos para que los rayos de luz rebotaran de uno a otro y no tocaran al avión. Sin la luz, el avión se tornaba invisible. Algunos de nosotros pensamos que Javier y mi hermano a veces tienen pensamientos muy sofisticados, entre los que se encuentra la idea de denunciar al Estado. Mientras Javier escuchaba lo que había explicado el físico en la conferencia a la que había asistido Vassili, pensó que alguien estaba haciendo invisibles a mis padres y a los demás vecinos del barrio, también a los chicos que miraban desafiantes.



El puente de hierro fácilmente podría evocar una película ambientada en un barrio suburbial de cualquier ciudad—en la que crecimos algunos de nosotros, por ejemplo—. Para hacerlo invisible sería necesario un complejísimo juego de espejos. Si el físico había explicado la manera como había desaparecido todo un avión, que no era de hélice precisamente, lo del puente también debía de ser posible de alguna manera.

Mi hermano pensó que hubiese sido mejor invitar a aquel científico para que se sentara a aquella mesa a dar una charla, y no él. O alguien que se pareciese al físico. También pensó que lo único que le apetecía era hablar a aquellas personas del juego de espejos que consigue hacer invisibles objetos tan grandes como un puente de hierro sobre un gran cruce de vías. Sergio hubiese sabido explicar cómo el capitalismo también ha conseguido invisibilizar a una parte importante de la sociedad para convertirnos a la mayoría en siervos consumidores. Por eso es necesario denunciar al Estado, a nuestros padres, al capitalismo, a quien sea. Javier pensó que en aquel momento le gustaría ser invisible. Si lo fuera, probablemente se escondería.

Finalmente, mi hermano no pudo hablar de los juegos de espejos a las personas que se habían reunido aquella tarde en el local de una asociación para que les agitasen la conciencia. Pero Vassili pensó que ya había encontrado el tema para su *performance*: se trataría de hacer invisibles a todos: a Javier, a sus padres, a él mismo, e incluso a Garzón y a la jueza María Servini. El proyecto le pareció muy oportuno. Iban a denunciar su malestar ante un sistema que hacía invisibles a las personas. Se impacientó porque tenía ganas de compartir la idea con su cómplice, y la charla no suponía más que un estorbo.

Nadie iba a comprender nada. Sergio estaría de acuerdo en la teoría de la invisibilidad. Había hablado de ello con frecuencia. La culpa sería compartida por el capitalismo, el Estado, los padres de mi hermano e incluso por la compañía ferroviaria que había instalado un puente tan grande sin tener en cuenta a la población que vivía en el barrio. Nos habían hecho invisibles, y llegaba el turno de Vassili, que convertido en artista conceptual tendría que superar todos los problemas y dilemas de la representación artística, tendría que dejar de retratarnos obsesivamente para hacernos invisibles. Su cometido era complejo, porque tendría que hacer evidente que nos hacía invisibles para representar artísticamente la invisibilidad real de una parte importante de la

sociedad. Muchos artistas y críticos dicen que la finalidad del arte es hacer visible lo que no se ve.

Vassili por fin tendría un proyecto trascendente y ambicioso del que podría hablar con Gabriel Orozco si volvieran a encontrarse en una terraza. Además, contaba con todos nosotros, porque finalmente mi hermano había conseguido involucrar a muchos de nosotros. A Noe no le gustaría la idea de hacer desaparecer a nadie. Quiere que todo el mundo siga estando presente. Precisamente, él se dedica a buscar a quien desaparece.

En su turno, Vassili empezó hablando del arte comprometido con el común, de la obligación de los artistas de denunciar lo que no funciona bien en la sociedad. Pero no tardó apenas nada en contradecirse. Estaba allí para presentar su proyecto, con el que pretendía agitar conciencias para que todo el mundo se diese cuenta de cuán manipulados estamos y cómo la libertad es sólo una falacia. Entre el público captó lo que interpretó como una mirada de sorna que lo obligó a llenar de matices su discurso: el artista tiene un compromiso con la sociedad, evidentemente, pero antes de todo tiene un compromiso consigo mismo: es artista porque acepta el reto de indagar en su propia naturaleza, en los misterios de la existencia: sus pesquisas servirán al público para compartir los descubrimientos del artista: a veces los descubrimientos sólo demuestran que es imposible conocer nada porque sólo somos misterio: por eso existe el arte. Por eso es importante que Gabriel Orozco exhiba una caja de zapatos o que Marina Abramović se pase horas sentada delante de un espectador: eso es lo que nos demuestra el arte: eso es lo que hay que explicar con el discurso del artista: por fin. Había llegado al centro de la explicación que esperaba el amigo que estaba sentado entre el público: por fin Vassili hablaba del discurso del artista. Entonces, el otro lo miró con aprobación.

La mujer que hablaba sola en la primera fila seguía su propio discurso. Cualquiera podría haber dicho que aquella mujer también era una obra de arte en sí misma, una especie de Marina Abramović a la inversa: el público no se sienta ante ella, sino que la artista se confunde entre los asistentes y, en lugar de observar en silencio, emite una letanía incomprensible, su discurso. Si Vassili la hubiese fotografiado, entonces aquella mujer aparentemente desequilibrada se hubiese convertido en una pieza de arte. Ella no, su representación.

A los ferroviarios jubilados les gustó escuchar a un artista que hablaba del

compromiso del arte con la sociedad. Ellos también se habían sacrificado en muchas huelgas, y formaban parte de una asociación que reclamaba ante quien fuera mejoras para el barrio. Cuando llegaron al suburbio, muchas calles todavía estaban sin asfaltar, había ratas que campaban a sus anchas en los descampados, no había guarderías públicas y había que pasar el cruce de múltiples vías por un simple y peligroso paso a nivel. Ellos habían conseguido cambiar todo eso. Incluso habían creado una emisora de radio para el barrio. Todavía quedaban algunos descampados, pero el barrio era un lugar decente para vivir. No entendían muy bien cuál era la queja de mi hermano. Ellos también habían denunciado muchos abusos ante el Estado, pero la familia es sagrada. Por eso, les pareció más brillante la intervención del artista joven que había adoptado un nombre ruso y que decía que los artistas también tenían que unirse a las reivindicaciones. Algunos de aquellos ferroviarios habían llamado a sus hijos Vladímir y a sus hijas Libertad. Comprendían que los artistas tienen que describir la realidad, y a veces sus horrores, para denunciarla. Tuvieron suficiente con lo que creyeron haber entendido de la exposición de Vassili. Al final, todo el mundo parecía satisfecho, incluidos los colegas artistas de nuestro amigo.

Otros celebraron el propósito que se había anunciado de escribir y difundir un manifiesto. Algunos de nosotros pensamos que tal vez Sergio había tenido algo que ver con esa idea, porque se volvió a oír la palabra *marxismo*. No es seguro que alguno de nosotros haya leído nada de Marx. A los ferroviarios jubilados les pareció que se reforzaba la idea de lucha ciudadana, y se sintieron satisfechos. A los artistas les pareció algo tan pasado de moda que podría parecer terriblemente rompedor e innovador. Mi hermano volvió a pensar en sus hijas porque, tal vez, después de todo, sí que se hubieran sentido orgullosas de él. Su nombre se estaba mezclando con el de artistas y con conceptos filosóficos y trascendentes como *marxismo*, *manifiesto* o *discurso*. Por lo menos, todo el mundo parecía satisfecho al finalizar el acto, también los padres de mi hermano.

Todo parecía encarrilado. Olga, después de las intervenciones, le contó a Javier que había hablado del tema de la denuncia con una abogada que conoció en una fiesta solidaria. Era una mujer muy vital y muy divertida. Su desparpajo pronto pareció convertirse en confianza y provocó que Olga se

decidiera a exponerle el caso de mi hermano. Al fin y al cabo, estaban en una fiesta organizada por una asociación que trabajaba para colaborar con los necesitados de alguna parte del mundo. La abogada había bromeado con Olga porque las dos se habían equivocado sobre la situación exacta en el mapa del país con el que iban a colaborar. El mundo está repleto de lugares que viven situaciones de conflicto. Nuestra amiga pensó que la abogada, por lo menos, sería capaz de ponerle un toque de humor también al extraño asunto de la denuncia que Javier quería interponer contra el Estado y sus padres.

Mientras Olga le explicaba la historia de mi hermano, la abogada la observaba con interés genuino. Pero enseguida el discurso devino poco comprensible, con saltos en el tiempo, lleno de justificaciones precarias y explicaciones redundantes. La abogada no tardó en transformar su mirada de franco interés en algo entre la lástima y el espanto. Olga le insistió, para simplificar, diciendo que ella sólo quería que la orientase sobre qué había que hacer, qué trámites seguir para que su amigo pudiera denunciar a sus padres y al Estado por incumplimiento de sus obligaciones para con él, puesto que estaban obligados a asegurar su bienestar. La abogada cordial le dijo que antes de dar una respuesta lo tenía que pensar bien, puesto que ella era abogada laboralista, y que intentaría ayudarla, pero que no le aseguraba nada. Olga le contó que su padre también era abogado laboralista, pero que no se le había ocurrido preguntárselo a él.

El día de la charla de Vassili y mi hermano en el local de la asociación del barrio donde crecimos algunos de nosotros, Olga todavía no había tenido ninguna respuesta de la abogada, pero tampoco había que perder la esperanza. Todo el mundo pareció muy esperanzado aquella noche.

A Vassili le gustó la idea del juego de espejos, o, por lo menos, así lo pareció al principio. Algunos de nosotros conseguimos entusiasmarlos, por fin había surgido una idea capaz de empujar a nuestro amigo artista a la acción. Sergio pensó que podría escribir un texto que funcionara como fundamento teórico sobre los procedimientos mediante los cuales el capitalismo y el sistema construido sobre él consiguen invisibilizar a las personas. Pero a Vassili no le pareció tan buena idea como a Sergio, porque esa explicación formaba parte del discurso que él mismo debía construir como creador de la obra. Al fin y al cabo, la historia que estaba en el punto de partida de todo era la de mi hermano; así que, si Sergio añadía algo más al final, resultarían

demasiadas voces pronunciándose al unísono.

Otros de nosotros no parecieron tan entusiasmados con la idea de que somos invisibles. Para Noe, *invisible* significa otras muchas cosas. Es una idea que se parece demasiado a la de desaparecer. En los dos casos, ya no ves a la persona en cuestión. Y a él le desagrada la idea de que alguno de nosotros se vuelva invisible y entonces tenga que buscarnos. Habría que explicarle a Noe que no es lo mismo ser invisible como Javier, Vassili y Sergio dicen que somos, que desaparecer; aunque el resultado se parezca mucho. Y habría que explicarle que los artistas se expresan con metáforas, y que sus mensajes son representaciones de ideas o conceptos con los que se quiere ir más allá de los objetos, las imágenes o las palabras. Vassili, Sergio y mi hermano pretenden encontrar un medio de representación que explique por qué nuestras vidas son como son. Por qué con tanta frecuencia algunos de nosotros se sienten tan insatisfechos. Pero Noe ya sabe todo eso, y sabe mucho de metáforas, perífrasis, rodeos o eufemismos: que al fin y al cabo todo son maneras de llamar a las cosas con nombres que no son los suyos de verdad. De eso Noe tuvo que aprender mucho, porque ha tenido que convencer a todo el mundo de que en realidad no es una mujer. Y también ha tenido que comunicar a algunas personas cosas horribles con palabras que querían suavizar la realidad, porque su interlocutor no hubiera soportado las palabras exactas desde el primer momento. A veces, han seguido buscando a alguien aun cuando los indicios de que no lo iban a encontrar eran muy claros. Pero se trataba de ganar tiempo, o de perderlo, según se mire.

Un día, mientras Noe paseaba por una calle céntrica de la gran ciudad en la que muchos de nosotros hemos aspirado a vivir, se encontró—es decir, sin buscarla—a la viuda de una persona que él había salido a buscar con el resto del equipo; y, por supuesto, con su perro. Encontraron a aquella persona demasiado tarde, y ya no se pudo hacer nada por su vida.

—Pensaba que ésa era una de las cosas sobre las que no queréis hablar aquí.

—Efectivamente, lo es.

—¿Entonces?

—El tiempo va pasando. Y a veces alguno de nosotros cree que sí que deberíamos atrevernos a hablar sobre lo que nos habíamos prohibido.

—Así que es una cuestión de valor. Habéis estado ganando tiempo. O perdiéndolo.

—No exactamente. Se trata de no narrar los acontecimientos que vuelven a suceder cada vez que se nombran. Tratar de expandir el universo o de pisar territorios nuevos donde la amenaza de que se abra el suelo sea menor. Noe pensó en escribir una obra de teatro a partir de aquel encuentro casual. Así que, tal vez, esta conversación ya no sea necesaria, porque forma parte del diálogo que alguno de nosotros podría imaginar para que Malva lo interprete cuando vuelva a actuar dentro de dos años.

—¿Y Noe lo hizo?

—Lo pensó, que ya es una manera de hacerlo. La obra de teatro existió en su imaginación, como existen las personas que ya no están pero las resucitamos cada vez que pensamos en ellas.

—De nuevo aparecen temas que parecían vetados.

—Noe pensó en Malva interpretando a una mujer que se encuentra con otra, a la que detiene en mitad de la calle porque quiere contarle que la noche anterior tuvo un sueño revelador.

*(La encantadora sonrisa de Malva ilumina su cara porque cree de verdad que el sueño ha puesto orden en su mente y su espíritu y ya entiende mucho mejor el funcionamiento de todo)*

La mujer de las ojeras profundas le cuenta al guía canino que su marido se le ha aparecido en sueños. Ella estaba muy triste y se había dormido agotada después de haber estado llorando un buen rato. En el sueño, su marido le pedía que lo acompañara a hacer una visita, pues tenía que enseñarle algo importante a alguien. Ella lo acompañó porque hacía muchos días que no lo veía y porque había decidido que no volvería a separarse de él para no dejar de verlo.

*(En un rincón del escenario, sale de entre las sombras una pareja. Él camina decidido, ella se deja arrastrar. Lo mira fijamente, no quiere parpadear para que no vuelva a desaparecer. Mira su espalda, sus hombros fuertes: a alguien así no puede sucederle nada malo)*

La pareja llega (aparece en el decorado preparado) a un salón confortable de una casa muy acogedora. No hace frío y está bien iluminada.

Sentados a la mesa del salón, una madre de nuestra edad se impacienta con su hijo adolescente porque se distrae y no hace los deberes del colegio. La viuda que interpreta Malva se acerca al niño, le revuelve el pelo con un gesto cariñoso y le dice que no se preocupe, porque ella lo va a ayudar a hacer su tarea. A ella le encanta ayudar a los chicos a hacer los deberes, porque está convencida de que todo se puede lograr, que siempre se encuentran las soluciones a los problemas de álgebra, y siempre se consigue una redacción sin faltas ortográficas si uno se esfuerza lo suficiente. El único truco válido es leer y releer y prestar toda la atención de la que uno sea capaz. Ella siempre ha pensado que el esfuerzo tiene recompensas y que aprender cosas nuevas es lo mejor que le puede suceder al ser humano.

El niño le sonrío feliz porque por fin alguien lo va a ayudar con una obligación que le parece demasiado pesada. Entonces, la mujer que interpreta Malva se da cuenta de que el chico se parece mucho al hijo que tuvo con ese hombre que desapareció y que ha regresado en un sueño. El hijo de ambos también es adolescente.

En ese momento la madre del chico, esa mujer que han ido a visitar y que continúa sentada a la mesa, aunque parece que se haya ausentado, le dice a la viuda que interpreta Malva que ella también estuvo muy enamorada de su marido, ese hombre que desapareció y al que Noe y su equipo encontraron demasiado tarde. El mismo que se ha aparecido en sueños y que ha querido visitar el salón donde madre e hijo hacen los deberes escolares. El personaje de Malva replica, algo molesta, que ese hombre es su marido y que justo ahora que lo ha recuperado no le parece correcto que ella le cuente que también estuvo enamorada de él. La otra mujer le dice que él la abandonó, que ella era el pasado, pero que lo quería tanto, tanto, y lo añoraba tan desgarrada por el dolor que a veces pensaba que iba a enloquecer.

MUJER DEL SALÓN Lo amaba tanto que cuando me abandonó estuve a punto de enloquecer.

VIUDA ¿Qué pasó? ¿Por qué no enloqueciste?

MUJER DEL SALÓN Porque recordé que mi padre siempre me decía que ante las dificultades había que apretar los dientes y seguir adelante.

En ese preciso momento, el marido de la mujer que interpreta Malva, el aparecido en el sueño, recupera la palabra. Mira intensamente a su viuda y le pregunta:

APARECIDO ¿Lo entiendes ahora? ¿Lo entiendes ahora?

Noe no llegó a escribir la obra de teatro, pero entendió por qué la viuda que le había parado en mitad de la calle le había dicho que era un sueño revelador. Su marido, por el que nadie pudo hacer nada para rescatarlo, había vuelto la noche anterior para decirle que tenía que seguir adelante, superar el dolor y avanzar.

Noe se encontró a la viuda la misma tarde que Vassili y mi hermano daban su conferencia. Él no asistió porque no se vio con fuerza después de la historia que le contó la mujer. Volvió pronto a su casa, tal vez con la idea de escribir el texto para Malva, pero algunos de nosotros sospechan que ni siquiera lo intentó. Si lo hubiera hecho, tal vez alguien podría haber encontrado alguna parte reutilizable para el proyecto artístico de Vassili o para el proceso judicial que planeaba mi hermano.

Javier seguía confuso e inquieto, la charla en el local de la asociación del barrio donde crecimos, a pesar de la satisfacción que parecía haber causado, no le había reportado ningún beneficio visible. Seguía esperando *la llegada* de alguna respuesta, que algún abogado apareciera y le indicara los pasos que debía seguir para interponer la denuncia. La abogada que había conocido Olga seguía sin dar señales de querer colaborar. Nadie más de entre sus amigos dio un paso para buscar a otro jurista. Ni siquiera preguntaron al padre de Olga, ni a los ferroviarios que tanta experiencia tenían en las reivindicaciones colectivas. Mi hermano tampoco. Parecía como si hubiese delegado en todos nosotros la responsabilidad de su defensa y cuidado.



Más allá del conato de Olga, el único que de verdad se estaba ocupando del conflicto de mi hermano era Vassili. Consideraba que el desarrollo de la charla había sido un éxito. Sus colegas lo felicitaban porque por fin había pasado a la acción—en el sentido más literal, a la acción artística—y porque finalmente había asumido su compromiso como artista con la sociedad. Le hablaban con más respeto, como si la conferencia hubiese supuesto la ceremonia de ingreso en el grupo de los artistas de verdad. De nuevo, Vassili pensaba cómo se comportaría Gabriel Orozco en esas circunstancias.

Uno de sus colegas le dijo que su teoría de hacer invisibles los objetos con juegos de espejos recordaba a la obra de una artista que recientemente había expuesto en una prestigiosa galería de la ciudad en la que cualquier artista querría vivir. Vassili se sonrojó porque finalmente lo comparaban con artistas que exponían en salas reconocidas. Podría haber dicho que empezaba a pisar tierra prometida. Se trataba de una joven artista francesa, Adrianna Wallis, cuya obra indaga en la memoria, la individual y la colectiva, si es que cabe la distinción. En sus instalaciones utilizaba espejos, luces y fuego. La artista francesa no pretendía tanto hacer invisibles los objetos como que los elementos utilizados, y sus reflejos, mostrasen imágenes de fenómenos que no aparecían en el espacio real que supuestamente reflejaban los espejos.

Desde que sus amigos habían confirmado y refrendado su ingreso en el territorio de los artistas entregados a su práctica y a su misión vital, Vassili se había decidido por fin a empezar a pensar y hablar como un creador verdadero. Tal vez ésa era la razón por la que, un día, algunos o casi todos de nosotros recibimos un mensaje por diferentes canales en el que nos pedía que pensáramos cuál sería el objeto que mejor simbolizaría nuestra vida, nuestra trayectoria.

Nos habló de Adrianna Wallis. Tiene una obra que no está a la venta: se trata de una chaqueta de punto que ella misma tejió para uno de sus hijos cuando era un bebé. Cada cierto tiempo, a medida que el niño crecía, retomaba la confección de la chaqueta y tejía un poquito más, en un color diferente, hasta que la pieza alcanzaba la nueva medida de su hijo. Es como Penélope, pero sin necesidad de destejer su trabajo diario durante la noche. El propio paso del tiempo hace inútil el esfuerzo de Adrianna Wallis. Lo que tejó para su bebé ya no sirve, tan sólo unos meses después, y hace falta añadir nuevos pedazos.

Dos años, entonces, se concretan en unos centímetros más de lana tejida. Los dos años que han de pasar para que Malva vuelva a actuar, para que Vassili consiga una exposición o para que el proceso de mi hermano alcance algún estadio diferente, una sentencia, tal vez. Todo eso cabría en un parche más de la chaquetita que Adrianna Wallis teje para su hijo. Dos años es una unidad de medida muy extraña. Un tiempo de espera. Hay épocas de la vida en las que parece que en dos años no pasa nada, pero es mentira, siempre pasa algo, aunque no seamos conscientes. De repente, en sólo un momento, en sólo unos meses, puede pasar algo terrible. Entonces, dos años es un período de tiempo muy grande. Pero eso forma parte de las cosas de las que no vamos a hablar. Dentro de dos años tal vez hayamos aprendido a hablar de todo eso que ahora no sabemos decir, y puede que sea interesante comprobar si habremos ganado tiempo o si lo habremos perdido.

También suceden cosas buenas y extraordinarias en un solo momento. Y también ocurre que un día cualquiera, sin motivo aparente, algunos de nosotros se dan cuenta de que se han producido muchos acontecimientos y que nuestra existencia ha cambiado radicalmente. Por eso resulta tan complicado escoger un único objeto. A Sergio, lo que propuso Vassili le pareció una idea absurda. Ninguna vida se puede explicar a partir de un único objeto. Él también había visto la película en la que el nombre de un trineo explica todo el ascenso y la caída de un magnate americano. Otros creían que efectivamente a partir de la explicación de un detalle del objeto se podía narrar toda una vida. Los objetos han formado parte de lo que hemos vivido. Aun así, Sergio se negaba a reducir una vida a un objeto. Prefería una idea o una palabra. Vassili no veía la diferencia entre un objeto y una palabra. Son igualmente fenómenos. Pero Sergio no se iba a identificar con nada material porque la condición humana es, en su esencia, inmaterial. Algunos de nosotros intuyeron por dónde iba Sergio, él quería identificarse con su fórmula matemática que tanto se parece a una oración. Pero no tiene la fórmula. La plegaria nos comunica con un ser superior para que todo esté en orden y exista el equilibrio, de la misma manera que la fórmula explica el comportamiento de la energía y la materia con que estamos hechos. Otros de nosotros insisten en que todo lo que somos es cuerpo. Por una caótica y complicada mezcla de conceptos marxistas y espirituales, Sergio se negaba a aceptar el valor de los objetos, porque son accesorios. Una prótesis a veces también es un accesorio necesario. Con lo

cual, el adjetivo cambia de significado cuando se convierte en sustantivo.

—La misma palabra aparece con poca distancia de separación.

—Hay muchas palabras que se repiten mucho en poco espacio. Muestran una obstinación que puede llegar a ser molesta por concretar el significado y los límites de los términos o los objetos.

Desde que se consideraba un artista que tener en cuenta, en comunicación con otros que exponen su producción en salas prestigiosas, Vassili había contagiado a alguno de nosotros con su nueva manera de expresarse. Se hicieron habituales algunos conceptos que no lo habían sido hasta entonces.

En el instituto donde trabajaba Sergio, un exministro socialista había pronunciado una conferencia en que detalló las causas que, a su parecer, habían arrastrado a nuestra sociedad a la crisis espantosa en la que hemos vivido algunos años muchos de nosotros. El conferenciante saltó sus exposiciones con agudas críticas al capitalismo. Sergio le podría haber reprochado por qué no había actuado en consecuencia con lo que pensaba mientras ostentaba una posición de poder; pero o no se le ocurrió o no se atrevió. A su pesar—porque había decidido que sería muy crítico e inflexible con los argumentos del exministro—, le interesó una de las ideas del conferenciante: aquélla según la cual a muchos de nosotros se nos ha olvidado ponderar los objetos y los productos según el valor real que tienen, es decir, según el beneficio que proporcionan. Para que se entendiese lo que trataba de decir, se preguntó cuán absurdo puede resultar que alguien utilice un coche—calculando lo que ha costado construirlo, lo que cuesta el combustible que lo alimenta, entre otros factores—para un desplazamiento como es subir a una montaña para observar una puesta de sol. La belleza y el placer forman parte de la operación, se cuentan entre los resultados; pero ¿a qué precio?

El exministro proponía, si es que lo habíamos entendido bien, que era necesario considerar muy cuidadosamente cuánto costaba cada objeto y, por otro lado, lo que proporcionaba, es decir: su valor real. A Sergio le pareció una idea reveladora, casi tanto como el sueño de la viuda que se había encontrado con Noe. Trató de convencer a Vassili para que abandonara el proyecto de recopilar objetos significativos porque consideraba mucho más

acertado seguir investigando cómo el capitalismo nos hace invisibles a todos porque no tiene en cuenta el valor real de los objetos, que acaban sobrepasando a los individuos. Vassili le dijo que eso era, precisamente, lo que quería mostrar: cómo nos hacemos invisibles en los objetos. Si bien Vassili no estaba dispuesto a abandonar su nuevo lenguaje de artista, también era cierto que Sergio parecía haber estrenado una nueva seguridad para sus postulados marxistas gracias a la charla del exministro. Incluso le dijo a su amigo artista que su obligación era elaborar una obra al alcance de todo el mundo, sin simbolismos forzados, porque lo importante era que todo el mundo entendiera que es urgente aprender a calcular el valor real de las cosas, y no malgastar recursos para conseguir beneficios que no justifican el derroche: volver a unas proporciones humanas. Vassili insistió en que eso era precisamente lo que pretendía, que lo entendiéramos la mayoría de nosotros, pero que de momento sólo tenía un lenguaje para expresarlo, el suyo, y que sería complicado modificarlo. Tal vez, dentro de dos años, el lenguaje de Vassili haya cambiado y consiga que lo entienda todo el mundo.

Sergio propuso que, junto a cada objeto, se mostrase el cálculo de su valor: el precio de la obtención de la materia prima, del trabajo de las personas que habían intervenido en su producción, la energía gastada en la manipulación, la distribución, la venta... Y junto a ese cálculo debería detallarse el beneficio o los efectos que esos objetos habían causado en los individuos que los habían poseído. Sólo si se utilizaban de esa manera en la instalación artística tenían sentido.

—Se me ocurre que, durante mucho tiempo, en el arte, el objeto que simbolizaba y resumía la existencia era una calavera.

—*Vanitas*. Pero no se trata de eso.

—Esta historia está llena de cosas que no se quieren explicar y de la incapacidad para contar lo que se quiere decir. Tal vez la aparición de los objetos os sirva para asiros a significados concretos y haceros entender mejor. Una historia más real. Palpable.

Olga había considerado la posibilidad de aportar a la obra de Vassili una especie de toalla o arrullo que siempre había pensado que era de cuando ella era un bebé. Le gustaba imaginar que su madre la secaba con cuidado con

aquella pieza después del ritual del baño. Pero era probable que su madre nunca la hubiera secado con la ternura evocada. Se fue de casa cuando Olga era muy pequeña. Volvió algunos años después. Tal vez por esa probabilidad, o para no tocar alguno de los temas de los que no queremos hablar, descartó la idea de la toalla vieja. Ella no llevaría ningún fetiche de mal gusto. Bien pensado, la elección de un objeto que resumiera la infancia de muchos de nosotros para luego exponerlo le recordaba las clases de párvulos en que cada escolar lleva al aula algo para hablar de cómo es su casa, cómo son sus padres, cómo ha sido su fin de semana, sus vacaciones, su Navidad... Eso solía hacerse en la escuela. A estas alturas resultaba ridículo. Quizá Sergio la había convencido de que la idea de Vassili no era buena, y de que el giro que parecía estar dando la *performance* de nuestro amigo artista cada vez la hacía menos interesante o, por lo menos, irregular. Vassili le contó a Olga de nuevo que Gabriel Orozco había convertido en una obra de arte millonaria una caja de zapatos vacía.

Noe dijo que escoger un objeto que llevara hasta una persona que no estaba presente le recordaba demasiado a su trabajo. Para él y su perro era importante encontrar objetos en el rastro que seguían para dar con alguien. Volvió a decir que no le gustaba la idea de vernos convertidos en objetos que su perro husmearía con la intención de guardar en su cerebro el olor de nuestra ausencia. Algunos de nosotros nos preguntamos si los objetos que Vassili expondría en su *performance* todavía llevarían nuestro olor impregnado.

Olga se preguntó si en la chaqueta que tejía Adrianna Wallis se conservaba el olor de cuando su hijo era un bebé o si iba cambiando a medida que ella añadía un fragmento más. Obviamente, el olor de los cuerpos cambia a medida que crecemos y envejecemos. Ése no era un pensamiento importante, nadie había pensado en el olor de los objetos hasta que Noe habló de su perro y su trabajo. También dijo que probablemente no podría contribuir a la *performance* porque iba a viajar a Estados Unidos. Estaba dispuesto a pedir una excedencia en su trabajo para establecerse un tiempo en algún lugar de América. Según sus cálculos, podría hacerlo al cabo de dos años.

A Vassili no le gustaron los planes de Noe. Al parecer, iba a tener un papel destacado en la intervención artística. Noe era en sí mismo una obra de arte, o eso era lo que habíamos dicho algunos de nosotros muchas veces, aunque a él le molestara tal comentario. Noe no creyó que fueran incompatibles la

decisión de viajar y el hecho de colaborar con el proyecto, que parecía, más bien, que terminaría siendo una instalación. Podía entregar su objeto a Vassili antes de marcharse y así estar presente en algo que nos involucraba a todos. No se comprometió a nada.

Un día Malva se presentó en el estudio de Vassili cargando una caja. Fue la primera que creyó encontrar el objeto que la definía. Algunos actores son muy supersticiosos y tienen amuletos o cumplen unos rituales muy concretos antes de actuar. Podríamos haber imaginado que Malva aportaría algún tipo de talismán. O una careta. O una peluca. O una bombilla de esas que se instalan bordeando los espejos en los camerinos. Pero Vassili había insistido en que lo que quería era un objeto relacionado con nuestra infancia. Malva sacó de la caja un bote de vidrio a medio rellenar de virutas de lápices de colores. En el bote de cristal, a modo de etiqueta, en un cartelito constaba la leyenda UBI SUNT.

A nuestro amigo artista le pareció pretencioso. El artista plástico era él. Para Malva quedaban el teatro y la televisión, y se había extralimitado. Él le había pedido un objeto real: algo que tuviera o hubiese tenido algún uso, y que por eso guardaba una historia: la vida de Malva. Además, nuestro amigo artista se molestó más cuando ella quiso explicar el sentido de su objeto, claramente avergonzada. A él le pareció demasiado obvio como para tener que explicarlo. Aquellas virutas en algún momento habían formado un lápiz, con el que se había escrito o coloreado algo: tal vez el guión o el texto que muchos de nosotros queremos escribir para que Malva pueda interpretarlo dentro de dos años, cuando tiene pensado volver a actuar. Además, la referencia a la infancia era más que evidente.

Vassili le agradeció que fuese la primera en hacer su aportación para la *performance* o la instalación y le habló de nuevo sobre su idea de volver invisible algo en su acción. Malva pensó que actuar se parecía mucho a hacerse invisible y que, de alguna manera, sus lápices también habían dejado de verse, aunque seguían dentro del frasco de cristal. Estuvieron hablando durante mucho tiempo, y luego acabaron haciendo el amor en el estudio de Vassili. Alguno de nosotros, de saberlo, hubiese preguntado si, como en la conferencia, aquello formaba parte del proyecto. Segundo acto. Al fin y al cabo, en algún momento se había considerado la idea de que Malva apareciese

desnuda. Después de alcanzar el orgasmo se quedaron dormidos. Malva vio cómo irrumpía en la escena el perro guía de Noe. Los olisqueó a ellos y todo lo que Vassili tenía en el estudio, también el bote medio lleno de virutas de lápiz. Nuestra amiga actriz pensó que nada tenía sentido, y creyó que lo estaba soñando. Vassili no había percibido que entre las virutas de colores se distinguía un sutil polvo blanco.

Poco antes de aquella visita de Malva al taller de Vassili, mi hermano se había vuelto a encontrar con ella en el edificio donde solían vivir mis padres en el barrio en el que crecimos. Los dos habían ido a visitar a los hermanos que trapicheaban con droga. Cuando sus miradas se cruzaron, Javier pensó que ella no volvería a actuar nunca más, y Malva, por su parte, vaticinó que Javier no volvería a ver a sus hijas y que no prosperaría su denuncia contra el Estado. A ella también le gustaría que Garzón la defendiera ante un tribunal, tampoco las cosas habían salido como había pensado en algún momento. Malva también se merecía que alguien le pidiera perdón y la resarciera de todo lo malo que había sucedido. Por eso estaba dispuesta a participar en la *performance* de Vassili. Pero no podría ser antes de dos años, que era el tiempo exacto que le faltaba para poder actuar de nuevo. Todavía no había empezado a descontar el tiempo que ya había pasado desde que hizo el cálculo de los dos años por primera vez. De todas maneras, en esta narración el tiempo no se mueve con rigor, a casi ninguno de nosotros nos importa; además, tampoco nadie había conseguido empezar el texto para su regreso al teatro.

En la misma exposición en que Adrianna Wallis expuso la chaqueta que teje para su hijo a medida que él crece, también pudo verse una instalación sonora de la artista. Se componía de las voces de personas con las que se había encontrado en la calle en Cali. Como el día en que Noe se encontró con la viuda de un desaparecido que dejó de ser invisible cuando ya era demasiado tarde y ella le contó su sueño revelador. Adrianna Wallis les ponía a esas personas la grabadora delante y les pedía que recitasen algún poema, bastaba con unos pocos versos, que habían memorizado en la infancia y que todavía recordaban. Algo así como los objetos que Vassili nos ha pedido. ¿Dónde estaba la originalidad en la obra de nuestro amigo?

Las voces sucesivas tratando de recordar y recitar provocaban una sensación inquietante en quien las escuchaba en el marco de la exposición,

porque de repente se convertía en un espía o un alcahuete que se apropiaba de la memoria y las historias de los entrevistados. Las voces nunca se superponían unas a otras, sino que se sucedían en una serie casi inacabable en la que el espía debía decidir cuándo cesaba de escuchar. ¿Qué podría hacer el depositario con un legado como el que acababa de recibir?

La instalación sonora de Adrianna Wallis sirvió de inspiración a mi hermano. Resultó sorprendente cómo la petición de colaboración de Vassili despertó en muchos de nosotros la necesidad de encontrar una manera propia de expresarse. Pocos se resignaron a aportar un objeto y dejar el resto del trabajo al verdadero artista. A Javier no se le ocurría nada capaz de simbolizar su infancia. A él también le parecía una idea simplificadora. Quería que la obra final de Vassili agitara la conciencia de las personas que conforman la sociedad que lo ha empujado al fracaso. Obligarían al público—ese ente colectivo y abstracto—a cuestionarse su papel en el engranaje de la sociedad. Todos son culpables. Ése podría ser un título para la instalación. Todos habían contribuido al fracaso.

Javier no aportaría ningún objeto, sino la grabación de dos voces, como en la obra de Adrianna Wallis. Una leería el boletín de sus notas de segundo o tercero de primaria. Había encontrado el documento entre los papeles que su madre conservaba en una caja en el piso donde transcurrió nuestra infancia. La voz de mi hermano leería sus calificaciones de chico listo de primaria, y encima de esa lectura se sobrepondría de nuevo la voz de mi hermano leyendo uno de los interminables documentos de la sentencia de divorcio que le había hecho llegar su exmujer a través de su abogada. Encontró los dos documentos la misma tarde en la casa de sus padres. Del boletín de notas se podría inferir que era un chico listo, aunque desordenado y triste. Eso decía su maestro. ¿Por qué a los ocho o nueve años estaba tan triste, como el profesor dejaba constancia en el documento de calificaciones?

Sergio, finalmente, también participó en la *performance*. A pesar de su reticencia inicial, le pareció que lo de seleccionar objetos podría ser una buena idea. Al fin y al cabo, el culpable de todos los males era el capitalismo, que empuja a desear cada vez más cosas totalmente prescindibles.

Si Vassili conseguía provocar incomodidad entre el público, Sergio quería estar allí aportando su testimonio. Todo parecía indicar que el artista estaba



más cerca que él de hacer algo grande por la sociedad, pero por lo menos formaría parte del proyecto. Seguía pensando que la acción artística y la denuncia necesitaban un tratado filosófico-político que les sirviera como fundamento, pero Vassili se negaba en rotundo. La mayoría de nosotros se estaba excediendo en sus intervenciones para la creación del trabajo final. Él había solicitado algo muy concreto.

Sergio tuvo la sensación de que se le escapaba una buena oportunidad, pero no podía hacer nada más que esperar, o propiciar él la oportunidad para hacer su gran obra. Llevó al taller de nuestro amigo artista el álbum de monedas que había coleccionado durante su infancia. Había pasado muchas horas mirando las monedas y billetes de todo el mundo que había ido recopilando. No recuerda cuándo empezó, pero la pasión le duró hasta bien entrada la adolescencia. Sin embargo, no añadía el álbum al corpus que Vassili estaba acumulando por su antigua afición, sino por lo que significaban las monedas y los billetes. Alguien—tal vez Vassili—debería señalar la curiosa paradoja que residía en el hecho de que una persona tan anticapitalista hiciese acopio de monedas de todo el mundo. Las monedas en nuestra infancia fueron recompensas, una unidad de medida, algo que había que saber administrar. Muchas de esas monedas ya no servían para nada, su valor era inexistente.

Algunos de nosotros sintieron una curiosidad creciente por saber qué haría Vassili para dar sentido a las virutas de lápiz y al álbum de monedas, así como al resto de objetos que fuesen llegando. Todo presagiaba que sería imprescindible la presencia de Malva como actriz para dotar al conjunto de unidad, para narrar toda nuestra historia. Al imaginar el discurso de Malva sobre nuestros objetos, hubo quien experimentó la misma vergüenza que cuando Sergio usa las palabras *capitalismo* o *marxismo*. Pero nadie se atreve a expresarlo en voz alta. Eso no significa que a muchos de nosotros no nos gustaría que Sergio llegase a hacer algo importante. Nos redimiría a todos, o algo parecido. A veces nos cansamos de esperar y de pensar las cosas que se pueden decir y las que no. Es difícil medir el pudor para establecer lo que se puede decir y lo que no.

Noe un día cambió de idea y se mostró dispuesto a participar en el proyecto artístico, pero no tenía ningún objeto que representara su infancia.

Aportaría a su perro, aunque no tenía nada que ver con la época en la que había sido una niña. Opinaba que, si se trataba de reunir cosas que estableciesen un puente entre nuestra infancia y las personas en las que se habían convertido muchos de nosotros, nadie podría hacerlo mejor que su perro. Vassili estaba cansado de que trataran de sorprenderlo cada vez con un disparate mayor. Él había pedido objetos. Sin embargo, a pesar de las reticencias iniciales, también acabó aceptando la presencia del perro en la instalación. El animal podría olfatear todos los demás objetos, si es que al final conseguía reunir los suficientes. Después, habría que observar su comportamiento. De alguna manera, sería como grabar la voz de las personas que te encuentras en la calle y a las que les pides que te reciten un poema de su infancia o que te cuentan que han tenido un sueño revelador. El perro de Noe sería, por unos momentos, la obra de arte.

La tarde que anunció su cambio de planes, Noe se mostró visiblemente aturdido. Además de anunciar la participación del perro, dijo que tal vez sí podría tener un objeto, si es que no resultaba demasiado truculento. ¿Quién ponía los límites? Descartaba la posibilidad de antemano, sólo era una idea absurda que lo había asaltado. Algunos de nosotros pensaron que se refería a algún objeto perteneciente a las personas que tiene que buscar, pero se equivocaron. A Noe le habían diagnosticado un cáncer de mama. Parecía muy probable que le tuvieran que practicar una mastectomía. A él, que siempre había rechazado sus atributos de mujer. Dijo que tal vez podría ofrecer, si no su pecho en una bandeja, como santa Águeda, sí aquellos sostenes especiales con los que trataba de negar sus pechos, y que ya no utilizaría nunca más. Ninguno de nosotros sabía por qué santa Águeda había sido sometida a aquel suplicio. La de las Águedas es la fiesta en la que las mujeres asumen la autoridad. Noe aclaró que lo del pecho en una bandeja había sido una broma de mal gusto y que jamás se le hubiese ocurrido vincular esa idea con el proyecto artístico de Vassili. Sólo lo había dicho porque era una manera de explicarnos su enfermedad, sobre la que no volvería a hablar. Y no lo haremos porque ésa es una de las cosas de las que no hablamos aquí. Tal vez tengan que extirparle los dos pechos. Siempre han estado fuera de lugar y nunca han formado parte de la apariencia de Noe.

—Es una narración con muchas lagunas.

—Por supuesto. Todas lo son.

—Y contradicciones. ¿Se puede preguntar para qué sirve?

—Hace tiempo que decidimos dejar atrás preguntas de ese tipo.

—Habrá que prepararse para las consecuencias.

—Sí, claro, pero falta mucho tiempo.

—¿Dos años?

—Imposible saberlo. Nadie ha conseguido ni siquiera empezar el texto para Malva. Tampoco sabemos cuánto puede durar el proceso judicial de mi hermano ni cuándo habrá acabado Vassili el proyecto de instalación. A veces parece el único que de verdad está haciendo algo. Ya no habla de *performance*, igual que ahora nadie se refiere a Noe como *ella*, ahora ya es definitivamente *él*. El tiempo sigue pasando y a veces parece que todo esté igual.

Olga volvió a encontrarse con la abogada que había conocido en una fiesta solidaria. Pensó que lo mejor sería actuar como si la conversación anterior no hubiese existido, le daba tanta vergüenza como cuando Sergio decía *marxismo*. Por eso se sorprendió cuando la abogada se acercó a ella muy cordial y le preguntó por mi hermano. Quiso saber si algunos de nosotros seguíamos buscando un abogado para llevar adelante el proceso judicial. Olga se vio forzada a matizar que exactamente no buscaban un abogado, sino algún jurista que los aconsejase sobre el procedimiento legal que hay que seguir para denunciar al Estado y a los propios padres por no haber cumplido su cometido de cuidar de Javier. La abogada le comentó que, aunque en un principio el propio Estado ya tiene sus mecanismos para no llegar a esos extremos, como los servicios sociales y las políticas asistenciales, el tema le parecía interesante. Le pidió a Olga que visitara un día su despacho para que se lo pudiera explicar todo con detalle, porque estaba ayudando a un colega a representar a alguien que vivía en el barrio donde crecimos y le gustaría saber más sobre el caso de mi hermano.

Olga volvió a sentir mucha vergüenza, aunque no hubiese sabido explicar con claridad el motivo. De todas maneras, le aseguró a la abogada que iría a visitarla; y también se sintió satisfecha porque creyó que ya estaba ayudando, finalmente, a mi hermano. No había perdido la esperanza de conseguir la colaboración de algún magistrado popular y sensibilizado con los más

desprotegidos, pero de momento la consulta a la abogada que había conocido en una fiesta solidaria le pareció un buen recurso al que no debía renunciar.

Olga no había escogido todavía su objeto para la *performance*. Si hubiese conseguido que Baltasar Garzón accediera a presentarse el día acordado ante la Audiencia Nacional para formar parte de la acción artística, hubiese logrado mucho más efecto que si hubiese aportado un objeto que resumiera su infancia. Colocar aquel juez ante la Audiencia Nacional como parte de una *performance* debe de ser una de esas grandes cosas que Sergio quiere conseguir. Pero ni ella ni su pareja eran los artistas, ni siquiera abogados; y, al fin y al cabo, el nombre de Baltasar Garzón empezaba a sonar tan antiguo como los objetos de la infancia. Pero él sí que había investigado sobre personas desaparecidas y personas a las que habían vuelto invisibles definitivamente.

Olga podría haber sido la más apropiada para escribir el texto de Malva. Al fin y al cabo, ella estuvo muy cerca de resolver una de esas ecuaciones irresolubles; o tal vez lo que hizo fue inventar una nueva fórmula o ecuación de aquellas que Sergio ha perseguido durante mucho tiempo. Ésas con las que tendría que explicar algún misterio que nos una directamente con una esencia sagrada que explique la existencia. Olga era mucho más brillante que Sergio en la facultad. Le fascinaba la investigación, pero siempre llegaba un momento en que todo se hacía tan abstracto que se aterraba y empezaba a temblar. Por eso se le hizo necesaria toda la verborrea de Sergio sobre la conexión entre la Naturaleza, la física y las matemáticas con otra esfera mucho más etérea, la energía o la materia divina. A fuerza de convencerla y tranquilizarla, Sergio se convirtió en luz para ella. Algunos de nosotros creen que el miedo la ha vencido y que ha renunciado a todo su potencial sólo por la tranquilidad que Sergio le inspiró. Como cuando acudió a tranquilizar a Malva y los dos acabaron follando. Algunos de nosotros creen que Olga de verdad había elaborado una teoría muy importante, clave para desarrollos matemáticos posteriores. Pero tuvo miedo. En cambio, Sergio, que no supo nada del descubrimiento de su mujer, buscó maneras de rezar construidas con palabras que consiguen situarla a ella en un estado en el que la electricidad interior se calma. Por eso, creer que Sergio sí será capaz de hacer alguna cosa importante es la manera escogida por Olga de tener fe en la trascendencia y de perdonarse su propio abandono. Espera de verdad el hallazgo de Sergio, y por eso

siempre dice que la vida es algo maravilloso, llena de sorpresas y conocimientos con los que acumulamos experiencia. Hemos de vivir todo lo que nos espera, pero debemos prepararnos para hacerlo de la mejor manera posible: ésa ha de ser nuestra gran obra. Algunos de nosotros se preguntan cuál es el sentido de todas esas experiencias, y también hasta cuándo Olga va a tener tanta fe en Sergio y hasta cuándo él buscará nuevos rezos. Es como si no quisiera hacer nada porque de alguna manera cree que todo lo que ha de suceder sucederá.

Ha pasado el tiempo. Dentro de dos años debería pasar algo importante, pero de momento todo sigue igual. Dos años es una medida muy pequeña para Sergio y Olga. Tal vez éstos no sean suficientes para que ocurra ninguno de esos acontecimientos que ella considera sorpresas. Dice que no podemos comprender de ninguna manera qué es la vida y que no podemos prever lo que puede suceder, y que eso es lo que la hace tan fascinante y mágica. Según Olga, todo lo que ocurre, absolutamente todo, es como una epifanía de la que tenemos que aprender y aprehender cuanto podamos. Tampoco hay que evitar o anestesiar el dolor, porque estamos obligados a vivir conscientemente todo lo que nos corresponde para obtener el aprendizaje y entenderlo todo. Sin embargo, muchos de nosotros sabemos que vive aterrada, y que por eso necesita colaborar con asociaciones y organizaciones. Necesita creer que todos los problemas se solucionan o se superan porque eso forma parte de la existencia, porque la vida tiene su propio motor. Por eso necesita seguir con Sergio.

Es posible que Olga, como algunos de nosotros, a veces piense que el hombre con quien comparte su vida no va a encontrar ninguna fórmula ni ecuación mágica que desvele un secreto importante, ni que tampoco va a ser capaz de llevar a cabo ninguna acción verdaderamente trascendente. Es posible que ella también piense a veces que a él le falta talento para aportar algo verdaderamente grande. Quizá por todo eso piensa que es mejor que Sergio no esté solo. No va a vencer al capitalismo, ni siquiera va a lograr que alguno de sus alumnos se cuestione su forma de vida. Es posible que todo esto lo piense sólo en algunas ocasiones. Se preocupa mucho por todos nosotros. Puede ser la más indicada para escribir el texto para cuando Malva vuelva a actuar en el teatro. Tiene la escena de la chica que conoció en el ascensor del ambulatorio.

Olga anima a Malva para que recupere su confianza. Exactamente no la anima, más bien deja que se lamente. Olga tal vez piensa que el regreso de Malva al teatro, la instalación de Vassili y el proceso judicial de mi hermano están muy relacionados: algo así como si tuviéramos una última oportunidad para demostrar algo.

Sergio le ha dado su álbum de monedas y billetes a Vassili, y a Olga le parece ridículo, a pesar de todas las explicaciones de su pareja. En cambio, el frasco de vidrio con virutas de lápiz de Malva la conmovió. Tampoco ella se dio cuenta de la presencia del polvo blanco entre los restos de madera y colores. Ella desechó la idea de exhibir la toalla con que su madre la secaba después del baño y ya no se le ocurre ningún otro objeto que hable de su infancia. Podría ser un objeto relacionado con los terrores de la infancia, pero Olga nunca hubiese conservado un objeto que le provocase pavor. Ella no va a exponer un juguete, ni siquiera un cuaderno que sí conserva en el que escribía poemas cuando ni siquiera controlaba la caligrafía. Si fuese capaz de escribir el texto para el regreso de Malva al teatro, tal vez quedaría exenta de aportar algún objeto a la instalación. Ya habría hecho algo por todos nosotros. El éxito de nuestra amiga la actriz sería un poco el éxito de todos. Olga conoce la historia de la chaqueta que teje Adrianna Wallis porque la obra de la artista francesa ahora parece formar parte de la historia de todos nosotros, pero le produce escalofríos. Además, ése es otro de los temas de los que no vamos a hablar aquí.

—A veces parece que aquello de lo que no se habla aquí es precisamente lo más importante: las cuatro o cinco cuestiones por las que el ser humano hace el esfuerzo de comunicarse, para trasladar al otro sus sensaciones e inquietudes fundamentales.

—Algunos de nosotros ya hemos hablado mucho de todo esto. Ahora se trataría, tal vez, de hablar o escribir sobre un momento decisivo, un momento en el que poco importa el pasado porque sólo importa esta especie de preludeo en el que se está preparando lo que sucederá dentro de dos años: Malva volverá a actuar, Vassili tendrá acabada su obra de arte, mi hermano habrá iniciado su proceso judicial, Noe estará en Estados Unidos... Además, te recuerdo lo que dice Samuel Beckett sobre el uso de la segunda persona para revelar la existencia de la voz.

—Es decir, que después de tantas palabras seguís hablando sólo para escuchar la propia voz. La comunicación con el otro es una excusa para cerciorarse de la propia existencia. Samuel Beckett tiene libros verdaderamente incomprensibles.

—Johan Cruyff solía decir que si hubiese querido que le comprendieran hubiera hablado más claro.

—Johan Cruyff, Gabriel Orozco, Marina Abramović, Baltasar Garzón, Samuel Beckett... Todo un escaparate.

—Nuestra generación estaba llamada a aventajar a todos éstos. Nosotros teníamos que superarlo todo. Nacimos justo cuando se acababa la dictadura. Podemos hacer lo que queramos. La libertad.

—¿Todavía?

—Los próximos dos años son decisivos. Por eso todo lo que está pasando ahora es el preludio.

—En música, el preludio es ese momento en el que se prueba la voz o se afinan los instrumentos.

—Casi nadie de entre nosotros tuvo nunca buen oído ni habilidad para tocar ningún instrumento. Malva tuvo que aprender a cantar. Y Sergio dice que la música clásica contiene claves secretas que conectan una parte emocional del ser humano con esa dimensión divina que no tiene ni forma ni nombre.

—Sois inagotables.

Malva siguió llevando al estudio de Vassili recipientes de vidrio a medio llenar de virutas de lápiz. Ninguno de nosotros conocía la idea que tenía nuestro amigo el artista para su instalación. Sabiendo su querencia por los contenedores de reciclaje, pensamos que todos los objetos acabarían acumulados en un contenedor; o reproducidos en fotografías a gran escala que terminarían acumuladas en el estudio minúsculo de Vassili, sin salida. Esa posibilidad torturaba a mi hermano, así como el hecho de que todavía nadie hubiese hecho ningún trámite para pedir permiso para plantar su instalación ante la Audiencia Nacional.

Sergio había dicho que pedir permiso para manifestarse le parecía una contradicción, y casi una humillación, pero la abogada que Olga había conocido en una fiesta solidaria lo recomendaba encarecidamente. Si no, la Policía Nacional nos desalojaría en cuanto llegáramos, sin dejarnos tiempo

para empezar nada.

En ocasiones, Javier se sentía avergonzado y notaba síntomas de agotamiento. Nos había dicho que quería que todo este trámite pasara rápido para poder empezar de nuevo, pero la historia de la denuncia se estaba alargando demasiado. Le quedaban pocos meses de subsidio y no pagaba nada a la amiga que le prestaba el piso desde hacía mucho tiempo. Con frecuencia le tentaba la posibilidad de desistir. Estaba cansado y aburrido. Olga decía que era imposible aburrirse, que todo cuanto sucede tiene un sentido nuevo, que debemos estar atentos y vivirlo conscientemente, porque eso nos hace más sabios. Realmente, mi hermano no creía que pudiese aprender muchas más cosas de las que ya sabía. Pensaba eso de verdad, que ya había llegado un momento en que era difícil introducir elementos nuevos en las circunstancias que definían su vida, que lo único que podía ocurrir es que éstas fuesen alterando e intercambiando el orden, pero siempre serían los mismos elementos los que estarían en juego. Por eso era necesario empezar desde el principio y colocar todos esos fenómenos en un orden capaz de asegurar una sucesión de días tranquilos y sin carencias: algo parecido a lo que debe de ser la paz.

Finalmente, Olga llevó como pudo al estudio de Vassili un saco con cinco piedras bastante grandes. Algunos de nosotros se preguntan cómo fue capaz de arrastrarlo hasta allí. Dijo que no sólo representaba su infancia, sino todo lo que era ella. No muy lejos del barrio donde crecimos, sólo unos metros más allá del puente de hierro sobre las vías, había un pequeño bosque de pinos. Cuando ya nos habíamos hecho mayores, lo cerraron con vallas para convertirlo en algo así como un parque urbano, pero para muchos siguió siendo un bosque. Solíamos jugar allí. Olga casi siempre se quedaba en la entrada más cercana a la calle que conducía directamente a su casa, en una zona de piedras grandes justo detrás de un cartel enorme que estuvo allí muchos años anunciando una próxima intervención para crear el parque que luego fue. A ella le gustaba estar en aquella zona liminar, entre los bloques de pisos y el bosque, reclinada sobre alguno de los promontorios de rocas. Otros se adentraban más en la espesura de los pinos para fumar o besarse y manosearse, pero a ella le gustaba mantener largas conversaciones con quien fuera en el área de las rocas. Incluso a veces, cuando se acercaba el buen tiempo, preparábamos los exámenes finales allí. Cuando Olga tenía que



estudiar para los de biología o geología, decía que no nos dábamos cuenta de que aquel bosque, las piedras y los descampados eran lo más auténtico que teníamos en aquel barrio que habían construido a toda prisa para acoger a los ferroviarios y los demás trabajadores que habían llegado por miles desde tantos lugares diferentes del país.

Cuando se presentó con las piedras en el estudio, Olga le dijo a Vassili que eran muchos los discursos artísticos que se podían montar alrededor de las piedras, y que todo era tan obvio que no iba a explicarle nada. Las piedras podían tener millones de años. Ésa era una de las ideas que le producían vértigo. Por esos días, había conocido la obra de un artista americano de origen coreano, Michael Joo, que reproducía las huellas de los elementos que actúan sobre las rocas. Instalaba un lienzo sobre la superficie, casi como si se tratara de un sudario, para que cuanto estuviera inscrito en la roca se impregnara en el lienzo a través de una tinta especial. Casi alquimia, esperando que la roca desvelara algunos de los mensajes arcanos, similares a los que busca Sergio. Al final, la roca se convertía en una especie de espejo que era, a la vez, una puerta de entrada al interior de la tierra para vernos a nosotros mismos.

El discurso de Michael Joo animó definitivamente a Olga a arrastrar las rocas e incluirlas en la instalación. En última instancia, si ante la puerta de la Audiencia Nacional la situación se pusiera complicada, siempre podrían lanzar piedras contra el edificio. Eso sí, habría que buscarlas más pequeñas, porque sería difícil mover siquiera las suyas. ¿Servía como *performance*? Una acción contundente sí lo sería. Sergio podría apoyar la idea, aunque él jamás hubiese arrojado nada contra nadie, pero estaban hablando de una acción artística radical. Vassili le dijo que lo que ella proponía era un tópico, y que se habían hecho miles de intervenciones de ese tipo. Olga le dijo que sería más tópico incluso si alguien o todos se desnudaban, y que resultaría muy difícil pensar algo verdaderamente nuevo en menos de dos años.

Otro día, Sergio le pidió a Vassili que le devolviera el álbum de monedas y billetes. Estaba casi convencido de que todo lo que estaban preparando no servía para nada y de que estábamos perdiendo el tiempo. No íbamos a conseguir nada meritorio. Sentía que había llegado el momento de aceptar que ese proyecto de agitar conciencias no nos iba a conducir a ningún sitio. Todo

lo que estábamos perpetrando le parecía una gran exhibición, casi impúdica, de inmadurez.

Sergio le dijo a Vassili que ninguno de nosotros conseguiría hacer nada meritorio nunca. Habíamos perdido demasiado tiempo, y a nuestra clase social nunca le había correspondido ninguna actuación destacada en la Historia. Sergio utiliza con frecuencia expresiones como *marxismo* o *lucha de clases*. Algunos se irritan cuando lo hace, otros se avergüenzan. Insistió en que otras personas de otra clase social ya estaban haciendo lo que nos hubiera gustado hacer a muchos de nosotros. Que se hiciese a la idea de que él nunca llegaría a ser Gabriel Orozco, porque si se había encontrado con él no era porque tuviesen nada en común, sino que solamente había sido producto del azar. Sergio había leído en un libro que hay personas que crecen convencidas de que todo lo que deseen y todo lo que merecen por el simple hecho de haber nacido se les dará sin ninguna duda. Lo reciben mientras otras personas que ocupan un lugar muy inferior en la escala social tienen que aprender que están destinados a luchar continuamente para conseguir cualquier cosa, porque no han nacido con ningún derecho adquirido. Los que saben que lo poseerán todo ocupan una posición opuesta a los desposeídos, desde antes de nacer y para siempre. Estos últimos son personas desconfiadas, por eso se les nota en su comportamiento a qué clase pertenecen. Eso es lo que decía el libro que había leído Sergio, y él sostenía que nosotros pertenecemos a esa clase de personas. Y que por eso no vamos a conseguir nada. El error principal había sido la arrogancia de llegar a creer que podríamos agitar conciencias. Dijo que lo único que pretendíamos era llamar la atención para recordar que existimos, pero que no conseguiremos cambiar el comportamiento de los que saben que todo les pertenece, ni el de los que creen que luchando continuamente conseguirán algo. Nosotros no obtendríamos ningún resultado. Para empezar, nos costaría encontrar personas que nos entendieran.

¿A quién pretendíamos dirigirnos? Sergio no cree que mi hermano sea capaz de empezar de nuevo y reordenar las piezas, sino que tendrá que aprender a convivir con la frustración y la precariedad. *El proceso de la frustración* no es sólo un buen título para una obra artística, puede ser el lema de toda una vida. E incluso una especie de epitafio, si nos ponemos dramáticos. Un mantra que nos ayudaría a aceptar todos los sucesos que están por venir, sin protestar, con el convencimiento de que quien los ha previsto

para nosotros es mucho más fuerte. Y asumirlo todo con algo parecido a la resignación, que es una especie de letargo. Dijo que no nos habíamos dado cuenta, pero que ya estábamos en franco declive. Malva no volvería a actuar nunca, ¿o es que no nos habíamos dado cuenta? ¿Nadie pensaba decirlo así, llanamente: sujeto, verbo y predicado?

No dijo que él nunca encontraría ninguna formulación matemática reveladora que explicara la conexión de la materia con la espiritualidad, y con la energía total de la existencia y de lo que conocemos como universo. Pero Vassili comprendió que también lo estaba diciendo.

A algunos de nosotros no les sorprendió el discurso de Sergio en el estudio de Vassili. Pero pensaron que ante Olga no sería capaz de mantener todas aquellas afirmaciones. Si todos aceptábamos que no conseguiríamos producir ninguna instalación que agitara conciencias, y que Malva no volvería a actuar porque nadie le habría escrito un texto, entonces sería difícil imaginar cómo continuaría una historia escrita en primera persona del plural.

—Deberías tener en cuenta que la obra de Samuel Beckett apenas si las entiende nadie. En cambio, todo el mundo comprende lo que dicen otros autores. Existen explicaciones para eso. Lo de la claridad del sujeto, el verbo y el predicado es un gran consejo. Como te gustan tanto las citas, te recuerdo que ya en el *Quijote* se dice: «Llaneza, muchacho, que toda afectación es mala».

—No se trata de hacer un ensayo literario.

—Tal vez sí.

—Quizá. Lo importante era hacer algo meritorio. Alcanzar la satisfacción de haber hecho una contribución, que tantos esfuerzos habían servido para fundar algo.

—Estabais juntos y estabais vivos. Eso era mucho.

—Pero eso forma parte de las cosas de las que no hablamos.

—No ha pasado tanto tiempo.

—Quién lo sabe.

—Malva todavía podría volver a actuar.

—Y Vassili producir una *performance* interesante.

Nuestro amigo artista se había propuesto demostrar la manera como el poder—otra de las palabras que incomodan mucho a alguno de nosotros—había invisibilizado a una parte importante de la sociedad. Había investigado sobre los juegos de espejos o de luces con los que era posible hacer desaparecer el puente de hierro de nuestro barrio. Pero Sergio terminó por convencerlo de que lo mejor era desistir, dejarlo todo. Alguno de nosotros podía haber dicho que también podría haber algo artístico en el gesto de la renuncia. Justo en el momento en que sus colegas artistas lo trataban como a un igual, cuando alguien lo había puesto en contacto con un galerista propietario de una antigua nave industrial al que le podría interesar exponer sus obras realizadas con contenedores de reciclaje, cuando tendría algo que explicar si se encontrara con Gabriel Orozco. Había indicios para creer que Vassili sería capaz de conseguir una pieza interesante. Pero entonces creyó que Sergio tenía razón, y desistió.

Abandonó el proyecto de la *performance* o la instalación y no volvió a tomar ninguna foto de ninguno de nosotros. Regresó a sus clases y no podría negar que sintió algo parecido al alivio. Se liberó de la presión de tener que encontrar una idea genial para emocionar a los demás, para agitar conciencias o para transmitir una idea reveladora capaz de hacer evidente algo que permanecía oculto. Siempre había tenido problemas a la hora de encontrar una idea suficientemente interesante para ser transmitida. Encontró un placer inusitado en el silencio. Dijo que se limitaría a sentir.

Hace poco había leído un artículo en la prensa sobre un artista joven, más joven que él. Para habitar el silencio recién estrenado también se vería obligado a dejar de leer la prensa. El artista del que hablaban en el periódico se llamaba Martín Vitaliti, y dibujaba personajes de historietas clásicas que se rebelaban contra su viñeta, contra el entorno que alguien había predispuesto para ellos. A Vassili la idea le pareció un hallazgo. A él nunca se le ocurrían cosas así, siempre eran otros los que le enseñaban palabras que creaban realidades nuevas, siempre transitaba por caminos que habían abierto otros.

Tal vez, abandonar el proyecto de la instalación para reivindicar la frustración de Javier era una manera de rebelarse contra su viñeta. Al fin y al cabo, no se trataba de su idea, era un proyecto delirante de mi hermano y todos los demás habían ido dibujando un itinerario que pretendían que siguiera. ¿Quién sería capaz de denunciar a sus padres porque su mujer lo abandonó y

porque no encuentra trabajo? ¿Y qué tiene que ver eso con el arte? Ésa no era una de las contingencias de las que se nutren las obras maestras.

En cuanto lo supo, mi hermano fue a visitar a Vassili. No hablaron directamente de su decisión de desistir. Los dos estaban muy cansados. La excusa de la visita era llevarle un cómic de Milo Manara. Se le ocurrió la idea cuando alguno de nosotros le reprodujo lo que Vassili había dicho de los personajes de Vitaliti que se rebelaban contra el recuadrito que limitaba su dibujo. El de Milo Manara era el único cómic que mi hermano había leído en su adolescencia, los demás le aburrían. Javier se preguntó por qué algunas personas, como él, sólo habían leído aquellas historietas eróticas y, en cambio, otros habían visto en las viñetas arte y un gran potencial expresivo. Vassili le dijo que porque eran más jóvenes, pero el argumento no resultó suficientemente convincente. Javier quiso saber de qué dependía que alguien supiera hacer arte a partir de algo que a otras personas no les interesaba.

—Depende de la forma de mirar, supongo—le contestó Vassili.

—Una respuesta típica de artista—espetó Javier.

—Ya no.

—Eso no lo sabes. No me parece justo en absoluto. ¿Quién se encarga de enseñarnos a mirar? En las historietas de Milo Manara nada me hacía pensar en el arte. Sólo era una buena vía para conducir mi erotismo de adolescente, y para devanarme los sesos pensando qué demonios les pasaba a esos personajes para estar tan enfadados con el mundo. Ahora lo comprendería mejor. Antes todo era más fácil, y, por eso mismo, todo lo de fuera más misterioso. Ahora las cosas son sencillamente jodidas, pero sin misterio. Todo está claro como el agua.

—Pero antes todo era más fácil.

—Exactamente. Todo era más fácil, por eso nunca se me hubiese ocurrido que un personaje de cómic podía rebelarse, ni que el cómic fuese arte.

—No a todos nos interesan las mismas cosas, ni de la misma manera.

—Pues no me parece justo. ¿De qué depende que un tipo encuentre una idea con la que atrae la atención de mucha gente que lo convierte en un artista destacado y que a mí todo me haya salido tan mal?

Vassili no pudo evitar romper a reír, le pareció una pregunta infantil, aunque mi hermano no bromeaba.

—Siento no poder ayudarte, de verdad. Ya sabes que he abandonado lo de la *performance* ante la Audiencia Nacional.

—Tampoco he conseguido que la abogada amiga de Olga me diga qué tengo que hacer para iniciar el proceso judicial. Al final voy a tener que darle la razón a Sergio y asumir, como tú, que lo mejor sería dejarlo todo.

—¿Y qué vas a hacer? Siempre aparece un momento de pánico en el que te echarías a correr para huir de todo esto.

—No, eso ya no. Dejarlo todo o buscar a Baltasar Garzón.

Entonces Vassili y mi hermano se abandonaron juntos a una risa nerviosa.

A pesar de haber desistido del proyecto, nuestro amigo artista guardó el cómic de Milo Manara con los demás objetos que había empezado a recopilar. Le comunicó a Malva su decisión de no hacer nada finalmente con todo ese material, así que no era necesario que le llevase más frascos de vidrio a medio llenar de virutas de madera de lápiz. Ella le dijo que, si no le importaba, prefería seguir haciéndolo, y le preguntó que si su renuncia significaba que ella ya no actuaría en su *performance*. Le había estado dando vueltas al asunto y había llegado a la conclusión de que no le importaría aparecer desnuda. Había vuelto a perder peso, y sus ojeras se habían oscurecido todavía un poco más. Y se había rapado el pelo de la cabeza. Decía que estaba preparando un papel, y luego sonreía.

Vassili le confirmó que efectivamente no iba a llevar a término la *performance*, así que no había posibilidad de que ella pudiera actuar en una acción artística que no iba a realizarse. Malva le dijo que no estaba de acuerdo, es más, que era obvio que la *performance*, de hecho, ya se estaba desarrollando. Seguro que él tenía muchísimos bocetos y anotaciones. Vassili lo negó y le dijo que no tenía por qué preocuparse, porque algunos de nosotros desde hacía tiempo estaban intentando escribir un texto para ella, para cuando volviese a actuar dentro de dos años. Ella le contestó que estaba leyendo mucha de la literatura teatral que se publicaba, y que le agradecía todo lo que le había dicho. Los dos estaban de acuerdo en que no habría de transcurrir mucho tiempo hasta que alguno de nosotros finalizase el esperado texto. Todos nos estábamos esforzando mucho, así que pronto tendrían que verse los resultados. De todas maneras, Malva le pidió a nuestro amigo artista plástico que reconsiderara la idea de abandonar la acción artística. Él le contestó que

perdiera cuidado, que lo volvería a pensar, pero que estaba muy cansado. Ella añadió que volvería pronto con un frasco a medio llenar de virutas de lápiz. Le gustaba observar cómo se consumían los lápices. Primero, escribía con ellos compulsivamente palabras en un papel. Muchas palabras, sin importar su significado, las que primero le venían a la mente o a la mano. Lo importante era que se consumiera la punta. Eran palabras que no decían nada, pero ella las vertía sobre el papel, las derramaba. Había ocasiones en que las borraba. Por eso se le ocurrió la etiqueta de algunos de los botes de cristal: UBI SUNT. Había escrito muchas palabras. Con todas ellas hubiera podido componer las frases que darían forma al texto dramático con el que podría volver a actuar.

A Vassili no le causó buena impresión la nueva imagen de Malva, con el pelo tan corto y las ojeras tan profundas y tan oscuras. En cambio, le dijo que le gustaría ver todos aquellos papeles escritos por Malva con la única intención de consumir los lápices y con rastros de palabras que luego había borrado. Pero ella le dijo que casi siempre destruía esos papeles. La única motivación de la escritura era consumir el grafito para tener que sacar punta: el cadáver de las palabras sin sentido que ella dibujaba. Nuestro amigo artista consideró una lástima que no conservara todas esas páginas, se podría haber hecho algo interesante con ellas.

—¿Interesante para quién?

—Tal vez para Malva, o para Vassili. Podría suceder que alguno de los dos considerase la posibilidad de ponerla a ella sobre un escenario leyendo o recitando todas aquellas palabras aisladas que no pretendían construir ningún discurso. Se habían escrito para consumir, es decir, para hacer desaparecer un lápiz, que es materia.

—Vassili estaba convencido de que ninguno de vosotros sería capaz nunca de vertebrar un discurso. Sergio le había convencido de ello, precisamente él, que quería devolver a la sociedad lo que había recibido de ella. Quería encontrar una fórmula matemática que evidenciara la existencia de un dios. Y os animaba a todos a rezar.

—Sergio convenció a Vassili para que desistiera. Noe, en cambio, trató de convencerlo para que siguiera adelante con la *performance*. Dijo que todos nosotros siempre le habíamos admirado mucho y que necesitábamos que él continuara con el proyecto. Incluso ya había empezado a entrenar con su perro

para que él también pudiera formar parte. Creía seriamente que, si Vassili acababa su trabajo y nos involucraba a todos, nunca tendría que salir a buscarnos con su perro. Además, empezaba para Noe una etapa en la que iba a tener que estar muy atento a su cuerpo y al avance o el retroceso de su enfermedad. Pero ésa es una de las cosas de las que no hablamos. Mientras Noe observaba su enfermedad, le reconfortaría pensar que Vassili estaba preparando una acción artística que iba a agitar conciencias porque iba a denunciar por qué la sociedad en la que habíamos crecido le había negado a Javier lo que le correspondía.

—A veces se ignora por qué seguimos.

—Algo parecido le dijo Noe a Vassili, que contestó que ya estaba cansado. Gracias a las conversaciones con Sergio, se había dado cuenta de una cosa: ya no nos iban a llamar, nadie nos iba a requerir. Ya no queda nadie esperando por nosotros.

—Algo parecido dice un verso de Auden.

—Tal vez Sergio lo habría leído en algún libro, pero no se lo habría escuchado a quien pertenecían las palabras. Tampoco hubiera servido para nada saber que lo había dicho un poeta inglés. Muy pocos de nosotros saben quién es Auden. No importaba nada citarlo, incluso sin saber qué dice el resto del poema. Lo verdaderamente importante es que ese poeta había dicho algo que nos afectaba: ya nadie nos espera, como tampoco esperan nuestras aportaciones. Nadie nos va a requerir nada. El poema se titula «La edad de la ansiedad».

—Muy oportuno. Tal vez os convendría leerlo. Ya sabéis que está todo dicho.

—Lo que sí importó a Vassili y a Sergio fue la idea. Se dieron cuenta de que, cada uno a su manera, efectivamente habían estado esperando que los llamaran. Llevaban toda su vida esperando que llegara el momento. Creían que alguien haría la señal establecida y entonces se daría inicio al momento decisivo en que tendrían que llevar a cabo su función. Y justo ahora se dan cuenta de que nadie va a llamarlos. Tal vez ni siquiera vuelvan a pedir a Malva que actúe. No hay nadie esperando nada de ninguno de nosotros.

—¿El fracaso se encuentra entre las cosas de las que no vais a hablar?

—Hasta hace poco, el fracaso ni siquiera era una posibilidad.

—Sin embargo, todo parte del fracaso de Javier, tu hermano.



—Él también espera que lo llamen. La idea de la denuncia no es sino el intento de adelantar o provocar ese llamado. Espera que le telefonee la abogada amiga de Olga, por ejemplo. Pero él no ha movido un dedo todavía. Incluso ha aceptado que Vassili abandone el proyecto.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Un escritor estadounidense, narrador en este caso, Robert Coover, ha dicho en alguna ocasión que su frase favorita es algo así como «No puedo continuar, tengo que continuar», que atribuye a Beckett.

—Puede tener muchas interpretaciones.

—Otra vez Beckett. Aunque, probablemente, de entre nosotros nadie lo ha leído ni sabe quién es. Buscamos las palabras como buscamos los objetos que Vassili nos pidió sobre nuestra infancia para su *performance*. Pero es cierto que ningún objeto puede resumir una vida. Sergio tenía razón.

Un día hubo una redada en casa de los hermanos que trapiqueaban con droga en el edificio donde mis padres vivieron mucho tiempo. Eso que llaman un ajuste de cuentas, o algo parecido. La policía había ido otras muchas veces allí, pero, sin que nadie entendiera por qué, aquella vez se entretuvieron interrogando a todos los vecinos del edificio. Casi todos son personas mayores, a los que esos hermanos ayudan cuando se funden los fusibles o se va la luz de alguna de las casas. Son cosas que pasan con frecuencia. Las señoras de la escalera, a cambio, muchas veces les dan guisos como recompensa. Sin embargo, la noche de la redada en la que la policía preguntó a todos los vecinos de los hermanos que se dedicaban al menudeo, todos les delataron. Sin saber por qué o a qué, todas esas personas mayores sintieron miedo y contaron todo lo que la policía quiso escuchar.

Esa historia me la contó Javier, que se había vuelto a encontrar con Malva en el edificio en el que ya hacía tiempo que no vivían mis padres. Mi hermano dijo que la historia de los dos traficantes era un ejemplo más de que la humanidad no tiene remedio y que somos una especie de delatores en potencia y que todo el mundo traiciona a todo el mundo en cuanto surge la primera oportunidad. Sólo es necesario que nos pregunten en el momento adecuado; cuando sentimos la dosis suficiente de miedo, somos capaces de cualquier cosa para salvarnos. Mi hermano no cree en los héroes que resisten los interrogatorios sin confesar para no perjudicar a los demás. Hay una escena

similar, escalofriante, en una película de Rossellini: mi hermano afirma que es ficción, no cree que exista ese tipo de personas. Tal vez porque ya no hace falta. Algunos de nosotros piensan que mi hermano es un cobarde.

Si fuese cierto que la historia realmente evoluciona, a nosotros ya no nos correspondería sentir miedo. Pero éste todavía podía verse en los ojos de algunos de los ferroviarios jubilados la tarde de la charla de Javier y Vassili. El miedo también está en el silencio de mis padres cada vez que alguien dice que su hijo los va a denunciar, y que además va a hacer una representación artística.

Nosotros ya no deberíamos estar asustados. Pertenece a una generación para la que todo iba a ser posible. Ningún tren iba a atropellar más a ningún niño en las vías de debajo del puente de hierro. Pero desde que Vassili dijo que no llevaría a cabo su *performance*, algunos se comportaron como si estuvieran aterrados. Sergio teme que nadie vaya a desmentirle y que Vassili no le haga ver que estaba equivocado y que efectivamente podemos hacer cosas grandes. También le asusta la posibilidad de que al final no exista nada a lo que merezca la pena rezar. De alguna manera, la *performance* de Vassili hubiese podido ser la mejor plegaria conjunta de todos nosotros. Bastaría con que hubiese agitado nuestras conciencias, no era necesario nada más. Cada uno de nosotros hubiera encontrado por su parte un significado a la acción artística. Por eso, al final, casi todos le llevaron algún objeto a Vassili. Como mínimo, a todos nos habría gustado que mi hermano hubiese tenido la oportunidad de empezar de cero después de la intervención ante la Audiencia Nacional.

No somos personas que merezcan la atención de personajes como Baltasar Garzón o la jueza argentina María Servini, que consiguen abrir fosas de represaliados hace más de setenta años en España. Pero tal vez mi hermano sí merecía un acontecimiento exorcizante que le hiciera creer que podía empezar de cero, que sería capaz de integrarse en la sociedad, trabajar y amar de nuevo. Con frecuencia se dan sucesos que lo cambian todo taimadamente, sin que percibas cómo se obra la mutación. Sólo que llega un momento en que todo es diferente. Este tipo de cosas está muy cerca de los temas de los que no vamos a hablar. Si llegáramos a escribir una dramaturgia para Malva, Noe podría hacer que la protagonista femenina comentara cuánto se parece la ausencia de alguien a su presencia cuando se la busca. Pero a Noe cada vez le

gusta menos hablar de su trabajo.

Sergio volvió al taller de Vassili. Había amontonado en el centro de su minúsculo espacio todas sus fotografías, es decir, todos los retratos que había tomado de muchos de nosotros. También estaban los objetos que le habíamos llevado. Estaba todo abandonado para que cada uno de nosotros pudiese recuperar aquello que quisiera: los objetos, las reproducciones de los contenedores de basura, las fotografías o incluso el material de pintar. Sergio le dijo que parecía como si estuviese organizando una pira. El artista vencido le contestó que sería mejor que no le diese ideas, porque una hoguera sería una buena manera de acabar pronto con todo. La *performance* perfecta. Fuego como purificación. Pero bastante contaminante, contradictorio para un creador en el que la idea de reciclaje siempre había estado tan presente.

Sergio no había ido al estudio solo. Lo acompañaba una señora muy mayor a quien Vassili creía haber visto alguna vez por el barrio en el que habíamos crecido. Al principio, nuestro amigo el artista se violentó porque pensó que aquella presencia suponía una nueva injerencia en su proceso, ya que su única preocupación entonces era observar el silencio. Vassili había hecho un largo camino para alejarse de ideas o pensamientos similares a los que podía suscitar aquella mujer.

—Ella no habrá oído hablar nunca de Beckett.

—Ni de Gabriel Orozco.

La mujer desprendía un olor intenso a colonia barata o quizá se trataba de un jabón demasiado perfumado. Tenía el pelo muy crespo y sin teñir desde hacía tiempo, con las puntas de un color rojizo. Enseguida tomó la palabra. Apenas si permitió que Sergio explicara el motivo de su visita. Los de Servicios Sociales del Ayuntamiento querían quitarle a su nieta, que tenía cuatro años. La Administración consideraba que ella no podía cuidar bien a la niña. Su hijo mayor estaba en la cárcel porque trapicheaba con droga, o la tomaba, que era la verdadera causa que había llevado a toda la familia a la ruina. Para que no sucediera nada parecido en nuestras familias, algunos de nosotros rezaban por la noche cuando éramos niños, pidiendo que Dios o quien fuera no permitiera que nos convirtiéramos en drogadictos. Vassili pensó

que cualquiera de nosotros podría haber sido el hijo de aquella mujer. Probablemente había ido al mismo colegio que nosotros. Debimos de coincidir muchas tardes en algún parque, en el bosque o en el puente de hierro sobre el cruce de las vías. El hijo de aquella mujer seguro que pertenecía al grupo de los que nos daban miedo.

Pero los de Servicios Sociales no le iban a quitar la nieta porque su hijo estuviera en la cárcel, sino porque su hija, la madre de la niña, no estaba localizable. Hacía justo un año que no tenían noticias de ella. Se había ido a vivir con un tipo que todos sabían que sería su perdición, pero nadie había podido evitarlo. A saber dónde podrían estar. Vassili a veces pensaba que hubiese sido relativamente fácil o posible acabar en una cuneta, o dentro de uno de esos contenedores que le obsesionaban, descuartizado. A veces puede pasar cualquier cosa.

Nada hacía pensar que fuesen a encontrar a la hija de aquella mujer en una cuneta, pero era una posibilidad que tampoco podía descartarse. En algunos momentos de su narración, nuestro amigo artista creyó que la mujer se desmoronaría y empezaría a llorar, pero no lo hizo, cosa que le desconcertó más. No le gustaba tener a la mujer en su estudio. Había sido una falta de consideración imperdonable que Sergio ni siquiera le hubiera consultado si podía llevarla. Sergio y Olga están convencidos de que siempre pueden ayudar a los demás. Le había llevado a una anciana a su estudio pocos días después de convencerle de que ninguno de nosotros sería capaz de hacer nada meritorio con nuestra vida.

Noe podría haber salido a buscar a la madre de esa niña que Servicios Sociales quería separar de su abuela. Tal vez Noe era el único de nosotros capaz de hacer algo verdaderamente útil por los demás, pero cuando ya no están. No en vano alguno de nosotros había dicho que Noe era una obra de arte en sí mismo. Toda su vida era una auténtica *performance*. Había decidido vivir como un hombre y, paradójicamente, le había sobrevenido una enfermedad específicamente femenina.

La mujer que Sergio había llevado al estudio de Vassili era vecina de la familia de uno de los exferroviarios que habían asistido a la charla que nuestro amigo artista y mi hermano habían dado en el barrio en el que crecimos. A través de una vecina la mujer supo que algunos de nosotros estábamos preparando una protesta contra los del Ayuntamiento. Ella se ofrecía a ayudar

a Vassili para así también evitar que los de Servicios Sociales se llevaran a su nieta. El artista intentó explicar a la mujer que lo que él pretendía hacer no era exactamente una protesta, ni una reclamación, ni tampoco una manifestación. Quiso hacerle entender que mi hermano iba a denunciar al Ministerio de Educación y a todo el Estado, pero que no sabía cómo hacerlo, porque una abogada que Olga había conocido en una fiesta solidaria todavía no nos había dicho nada. Por su parte, él sólo había intentado desarrollar una intervención artística, pero ya no, ya no lo iba a hacer.

Se imaginó a la mujer mayor sentada ante Marina Abramović en una de sus actuaciones. La artista, previsiblemente, le aguantaría la mirada como hacía con todos los visitantes del museo de Nueva York en el que había presentado su *performance*. Pero ¿qué habría pensado la mujer mayor sentada ante ella? ¿Qué habría visto en los ojos de la artista? Tal vez una mujer como aquella estaba más en consonancia con una intervención como las de Adrianna Wallis, en las que pide a los caminantes de Cali que reciten un poema aprendido en la infancia. O tal vez la mujer de nuestro barrio también había tejido chaquetas para sus hijos sin pensar que podrían ser una obra de arte. Adrianna Wallis le podría haber preguntado qué le inspiraban los poemas que aprendió de memoria cuando era una niña, y hasta qué punto el mundo que había conocido coincidió con lo que le habían hecho imaginar aquellas poesías aprendidas.

Vassili le dijo a la mujer que, si ella le daba una prenda de ropa o un objeto personal de su hija, un amigo nuestro podría buscarla con un perro amaestrado que tenía. La mujer contestó que ya no le preocupaba su hija, que al fin y al cabo ya era mayorcita, sino su nieta. Entonces fue cuando Sergio propuso que se podría añadir el caso de la mujer a la instalación artística de Vassili. Ella tenía tantos motivos como mi hermano para denunciar al Estado. Nuestro amigo artista estaba obviamente desconcertado. Volvió a preguntar a la mujer si tenía algún objeto que aportar, algún objeto que hablase de su infancia, algo que fuese capaz de resumir o explicar parte de su vida. Ella le contestó que, por suerte, no conservaba nada de cuando ella era joven. Habían pasado muchísimos años y muchas cosas. La mayoría de ellas ni siquiera quería recordarlas. No entendía, además, por qué tanta gente se esfuerza por mantener vivo el pasado y la memoria. Todo era miseria. No estaba en absoluto de acuerdo con eso de que la vida de las personas es lo que recuerdan. Ella, por ejemplo, prefería que su nieta no recordara nada de su

madre, por eso nunca le hablaba de ella. ¿De qué sirven los recuerdos heredados? Es más, a veces sospechaba que a su hija y a su hijo mayor les había sucedido todo lo que les había sucedido por culpa de ella, de su madre, y de su padre; porque habían heredado, de la misma manera que el encrespamiento del pelo, la forma de los dedos de la mano o el tono de voz, los recuerdos que no les correspondían, y que se habían convertido en una carga demasiado pesada. Sus hijos, especialmente su hija, no habían podido cargar con tantos recuerdos heredados. Ellos no tendrían que haber sabido nada de cómo era la vida en el árido pueblo castellano en el que habían nacido y crecido la mujer mayor y su marido. Si se habían marchado a una gran ciudad, aunque fuese a un barrio de edificios altos y oscuros, seccionado por las vías del tren y con un puente de hierro inmenso, era para que sus hijos nunca oyeran hablar, ni siquiera pudiesen imaginar, la realidad en la que ella había crecido. Era todo muy oscuro. Incluso más que las calles en las que los grandes edificios no permiten que entre el sol.

La mujer mayor a veces había pensado que, tal vez, las cosas podrían haber sido de otra manera en el lugar donde ella había nacido. A lo mejor su hijo no hubiese acabado trapicheando con droga ni su hija hubiera acabado marchándose con aquel tipo indeseable, y ahora todavía podría hacerse algo por ella. Había sido una niña alegre y lista, por eso no sabe en qué momento exacto sintió la necesidad de engancharse ella también.

La mujer mayor siguió hablando en el estudio minúsculo de Vassili y dijo que, a veces, parecía como si el paso del tiempo sólo sirviera para acumular errores. Uno se equivoca al tomar una decisión y entonces el error crece y crece y se convierte en un problema serio. Su hija pasó de ser una niña lista a ser una jovencita triste y resentida con el mundo, cuando a ella todavía no le habían sucedido cosas suficientes como para estar tan triste. Así que la única explicación posible era que la culpa fuese de los recuerdos y los errores heredados. Se heredan muchas cosas. El legado. Pero ya no se podía hacer nada por su hija. Al hijo mayor lo visitaba con mucha frecuencia en la cárcel.

Vassili quiso saber cuáles eran aquellos recuerdos heredados tan perniciosos. La mujer le dijo que no servía de nada seguir hablando de eso, y que hay cosas que lo mejor que se puede hacer con ellas es esperar a que pase el tiempo y se olviden. Al final todo se vuelve borroso, sólo hay que esperar.

Después de un breve silencio, la mujer dijo que también hay recuerdos de

los que uno no se puede deshacer, y que regresan continuamente. Cuando eso pasa, lo mejor es mirar hacia otra parte para intentar ahuyentarlos y conseguir pensar en otra cosa. Suele resultar si uno canta o reza, dijo la mujer. Entonces, Vassili miró a Sergio como si hubiera sido directamente interpelado. Y como si de verdad la mujer se hubiese dirigido a Sergio, él decidió hablar. Le preguntó que si, al rezar, esos recuerdos indeseados desaparecían. Después de pensarlo, la mujer le contestó que no, pero que al rezar uno siempre se sentía un poco más acompañado porque se convence de que hay alguien escuchando lo que se le dice. A ella, cuando rezaba, le parecía que hablaba con su madre, pero como nunca lo había hecho con ella. Siempre se habían llevado muy mal. No conservaba ningún recuerdo positivo de su madre, y, sin embargo, cada vez que se sentía muy angustiada le rezaba. Cuando estaba viva, apenas si hablaban. No se movió nunca del secarral que era su pueblo en Castilla. Sólo vio a sus nietos una vez en su vida, y tampoco le importó mucho. En aquellos tiempos a nadie le importaba nada. Por lo menos a nadie de las personas que ella conocía. Las cosas y la gente han cambiado mucho en poco tiempo. Bueno, no, ha pasado mucho tiempo y han sucedido muchas cosas.

La mujer mayor que vivía en el barrio en el que había crecido seguía hablando. Aunque su madre no vio a sus nietos más que una vez en su vida, cuando se sentía superada por la angustia, por las noches hablaba con ella. «¿Te imaginas qué tontería más grande? Mi madre no se movió de su pueblo en toda su vida, no le importaba nadie para nada, pero yo le rezo para que proteja a mi hija y, sobre todo, a mi nieta. Desde el cielo, supongo yo. A lo mejor cuando las personas se mueren se vuelven mejores, ¿no os parece? A saber qué habrá cuando uno se muere. Pero os digo una cosa, tampoco me preocupa mucho. Ahora lo importante es que no se lleven a la cría, o la pobre lo pasaría muy mal. Sería una lástima que a ella también le fuesen mal las cosas».

A Sergio sólo se le ocurrió decirle a la mujer que, si a veces se sentía empujada a rezar a su madre o hablar con ella, podría ser porque tenía la necesidad de arreglar algo que había quedado pendiente, saldar una cuenta o reclamar una respuesta que esperaba desde mucho tiempo atrás. La mujer estuvo mirando durante un rato a Sergio, y luego dijo que para las personas como ella no hay cuentas pendientes de ese tipo ni conversaciones que puedan arreglar muchos años de miseria y angustia. «Eso es para vosotros, para los que habéis podido estudiar, para los artistas, para los que no habéis nacido en

un pueblo donde la tierra es dura y el invierno sólo era nieve. Para vosotros todo es diferente. Pero ¿para qué le sirvió todo eso a mi hija? Ni siquiera con ella tengo una conversación pendiente. Y cuando voy a la cárcel a ver a mi hijo, ¿de qué creéis que podemos hablar? Yo no me despedí de mi hija cuando se fue. Y tampoco de mi madre. Pero fíjate, con mi hija no hablo por las noches. Le pido a mi madre que cuide de ella, ya me dirás tú de qué va a servir eso. ¿De qué iba yo a hablar con mi madre si ella apareciera ahora? ¿Qué íbamos a arreglar ahora? Antes la gente se entendía sólo con la mirada, aunque algunos iban siempre con la cabeza gacha y mirando al suelo. Cuando me casé y vinimos a vivir al barrio, ya nunca bajaba la mirada. Todos trabajábamos mucho y nadie conocía a nadie. En el pueblo, cuando era jovencita, lo único importante era que nadie le fuera con cuentos a mi madre, pero siempre había alguien que le contaba algo, y ella me esperaba luego con la zapatilla en la mano y me daba una buena tunda, o con cualquier objeto que encontrara. Una vez me lanzó una mesa pequeña de mármol de una punta a otra del pasillo. A saber qué le habrían contado. Nunca decía por qué nos pegaba. Vete tú a saber qué decía la gente de entonces. Cualquier cosa. Aquí en el barrio también se habla mucho. Imagínate, con la vida que ha llevado mi hija, todo lo que he tenido que escuchar. ¿Y tú te crees que hablando con los muertos sí iba a poder arreglar algo? Hay cosas que se tienen que encajar, aprender a vivir con ellas para que no te dejen atontada o demasiado triste. Siempre hay motivos para seguir adelante, como mi nieta. Yo no puedo parar a lamentarme por lo que han hecho mi hija o mis hijos, tengo que seguir, porque no voy a tener ninguna de esas conversaciones que me den las palabras mágicas. Con las frases uno no come. Lo importante es aprender a convivir con el dolor, aunque haya días que sea muy difícil. Al final le acabas haciendo un hueco, no creas, y está ahí siempre, lo llevas contigo y aprendes a moverte aunque te duela. Hay que pensar en otra cosa, en algo que todavía sea útil, como esa protesta que vais a hacer contra los del Ayuntamiento. Hay que seguir adelante aunque a veces a la mente vengan preguntas que uno no entiende y que, si te paras a pensar, te dejan atontada, como anestesiada o dormida. Una se tiene que guardar dentro muchas cosas, aprender a vivir con ellas y seguir andando, que a saber qué nos tendrá Dios guardado».

Hacia muy poco tiempo desde que Sergio se había esforzado para



convencer a Vassili de que su acción artística no tenía ningún sentido. Seguramente, los argumentos y la insistencia de Sergio no habían sido el único motivo por el que nuestro amigo artista había abandonado el proyecto, porque él ya estaba muy cansado. Dejar de lado la idea no había sido un fracaso, se parecía más a una liberación. Y justo cuando llegó a esa conclusión, volvió a aparecer Sergio tan solícito como siempre, queriendo convencerlo no sólo para que retomara el proyecto, sino para que incluyera el testimonio de una desconocida del barrio a quien querían quitarle la custodia de su nieta. Vassili dijo que se lo pensaría, y la mujer mayor y Sergio se fueron del estudio convencidos de que la acción artística seguiría adelante y ayudaría de alguna manera a que Servicios Sociales se replanteara también su intención de llevarse a la niña. La abuela no acababa de entender la relación que podía establecerse entre un hecho y el otro, pero cualquier movimiento que pudiera acabar reportando una mínima ayuda le servía.

Vassili retomó su cuaderno de notas. No lo hizo tras la visita de Sergio y la anciana, sino después de una conversación que mantuvo con Noe. La enfermedad es una de las cosas de las que no vamos a hablar aquí, esa decisión sigue igual, pero Vassili se preguntó de dónde venía y a qué respondía esa negativa que nos habíamos impuesto. Entre todos nosotros, él es el artista, así que tiene libertad absoluta para hablar de lo que le plazca. Es más, siempre había defendido que sólo puede hacerse arte desde un fenómeno que verdaderamente conmoviera al artista, porque sólo de esa manera él podía transmitir algo al posible espectador. Si no podía trabajar sobre la enfermedad de Noe y los otros temas aquí vetados, le quedaba un territorio muy limitado. Los contenedores de reciclaje, porque desde pequeños nos habían dicho que si reciclábamos correctamente seríamos capaces de cerrar el agujero de la capa de ozono.

También le quedaban nuestros retratos, que ya habían empezado a evidenciar el paso del tiempo, pero que le planteaban serias dudas sobre si más allá de nuestros rostros mostraban algo más. No hablaban. ¿Qué habrían dicho nuestras voces surgiendo de aquellas caras ya ajenas? En una exposición de videoarte, la artista Lúa Coderch había hablado sobre la voz como un espacio, una superficie en la que sucedían cosas. Y había citado a Anne Carson para decir que la voz era una especie de autobiografía. Los retratos

que Vassili nos había hecho renunciaban a su voz de la misma manera que nosotros nos habíamos negado a hablar de cosas importantes aquí. Hay que ceñirse a los temas de los que sí hemos decidido hablar, como la obra de teatro con la que Malva regresará triunfal a los escenarios.

Vassili sintió la tentación de rebelarse. Una vez descubierto que la voz es realmente una autobiografía, había llegado el momento de hablar de las otras cosas, aunque muchos de nosotros pensarán exactamente lo contrario: que ya habíamos llegado a un momento en que no se puede decir una serie de palabras concretas, sino asumir la vida tal como está sucediendo, sin sacar los fenómenos del entorno que los ha producido. Olga seguía diciendo que la vida es un misterio que nos sorprende a cada momento, y que hay que asimilar lo que sucede como parte de un conjunto que al final acaba teniendo sentido. Olga y Sergio son muy aficionados a hacer aseveraciones en las que quieren mostrarse firmes, aunque provocan justo el efecto contrario.

En el retrato que Vassili había hecho mucho tiempo atrás a Noe, aparece con los ojos cerrados. Está más atento a lo que sucede en el interior de los párpados que afuera. Consigue que parezca una persona más atractiva, y su género más ambiguo. Noe no quiere que nadie entre, por eso ha barrado el paso con los párpados caídos. Precisamente él, que tiene que tener los ojos bien abiertos en su trabajo para encontrar a las personas cuyo rastro olfatea su perro. Noe siempre ha estado muy atento a lo que sucedía dentro, más que a lo de afuera.

—Eso no siempre es bueno.

—No quiero decir que sea un ególatra insensible a lo que pasa en su entorno. Al revés, tal vez sea de los que más se preocupa por los otros. Lo que quiero decir es que siempre ha sido plenamente consciente de que su vida depende de él, de su integridad, de sus cuidados y de sus sentimientos. Por eso supo tan pronto que en realidad no era una mujer. Y fue consecuente con ese sentimiento.

—¿Es ésa la razón por la que creéis que ha hecho de su vida una obra de arte?

—Si Vassili fuese capaz de fotografiarlo con los ojos cerrados y, sin embargo, mostrar lo que está viendo, sería una buena obra de arte. Lo admirábamos porque siguió adelante a pesar de todo. No lo tenía fácil en un

barrio y en una época como aquéllos en los que crecimos. Cualquier cosa que hacía, a nosotros nos agitaba la conciencia, que es lo que pretende el arte comprometido, ¿no?

—¿Y la belleza?

—Por supuesto que había belleza. El retrato de Noe con los ojos cerrados y el sonido de su voz, mostrando en pocas palabras su miedo a tener que salir algún día a buscarnos a alguno de nosotros, sería una gran obra de arte.

—Parece como si todos vosotros quisierais decirle a Vassili de qué manera tiene que desarrollar su proyecto.

—De alguna forma, es la obra de todos. Por eso era importante que siguiera. Igual que era importante que Malva volviese a actuar en una buena obra de teatro que alguno de nosotros fuese capaz de escribir para ella.

Noe hubiese sido también un personaje de cómic que se rebela contra su historieta. Siempre lo había hecho. Pero Martín Vitaliti no iba a dibujarlo, Vassili tampoco. Se habría empeñado en independizarse de su viñeta, pero también sabemos que había habido otro tiempo en que le hubiese gustado introducirse en las historietas cursis hasta la vergüenza de *Esther*. Aquella morena de nariz puntiaguda y voluminoso pelo negro fue el primer amor de Noe. Una vecina le prestó uno de los libros y ella se encerraba en su dormitorio para besarla e imaginar sus primeras escenas eróticas. Se lo contó a Vassili. No deja de ser decepcionante pensar que detrás de los ojos cerrados de Noe puede encontrarse una imagen cursilísima de Esther.

—No exactamente. La imagen detrás de los párpados es la de una adolescente que se viste de chico porque está convencida de que lo es, que besa ansiosamente y se acerca con torpeza a sus primeras experiencias eróticas con el dibujo de un personaje que pretende ser el modelo de la feminidad.

—¿La voz hablaría también de eso?

—Otra vez demasiadas preguntas para una representación teatral. Sigue faltando acción. ¿Qué ha sucedido realmente en este tiempo que ha pasado? Probablemente la voz de Noe no hablaría de todo esto. Él sólo repetiría que no quiere salir a buscar con su perro a ninguno de nosotros. Y que todo el mundo puede conseguir cualquier cosa que se proponga. Y encontraría un

comentario gracioso para hacernos reír. A lo mejor también diría algo sobre sus planes de viajar a Estados Unidos y perderse por una de esas largas carreteras que conducen a desangelados pueblos en los que la gente es ruda y desconfía de todo el mundo. Algunos de nosotros lo envidian por ese viaje que planifica.

Cuando éramos más jóvenes, fantaseábamos con grandes viajes. Casi ninguno de nosotros los ha hecho. Hablábamos de los viajes ya con nostalgia, como si adivináramos que no los haríamos nunca. De alguna manera, también teníamos la certeza de que sería difícil alejarse del barrio en el que habíamos crecido y del puente de hierro sobre el cruce de las vías de tren. Es algo parecido a lo de aquel libro que distinguía entre la gente que sabe que lo va a conseguir todo y los que asumen que van a tener que pelear por lo que quieren. Algunos sí que han viajado, pero nunca ha sido como lo imaginábamos. Los planes de Noe para irse a Estados Unidos dentro de dos años recuperan algo de los anhelos de cuando éramos más jóvenes e intuíamos que un obstáculo indefinido pero poderoso nos impedía viajar, como si el lugar en el que habíamos crecido se empeñara en apresarnos y retenernos. Muchos de nosotros envidian que Noe esté planeando marcharse dentro de dos años. Pero le han diagnosticado una enfermedad que lo va a complicar todo.

Vassili pensó que le gustaría incluir un libro de *Esther* en la instalación, pero Noe no conserva ninguno. Avergonzada, asegura que mejor no encontrar ningún ejemplar, y ríe. Jamás poseyó ningún título de aquella colección. Se los dejaba la vecina y ella los devolvía al cabo de un tiempo.

Las cosas de nuestra infancia ya están en las librerías de viejo y en los mercados de pulgas. Y allí Vassili encontró uno, que sumó a la pira de objetos que ocupaba el centro de su minúsculo estudio. Realmente parecía más un vertedero que una obra de arte, pero en ese momento decidió que volvería a trabajar en su proyecto, que era de todos nosotros.

Gabriel Orozco había conseguido que una caja de zapatos fuese arte. Nuestro amigo artista se lo había encontrado en la terraza de un restaurante. Marina Abramović se sentaba ante el espectador y entonces ella, automáticamente, se convertía en una obra de arte. Eso Vassili sólo lo había visto por Youtube. Adrianna Wallis tejía una chaqueta para sus hijos. La mujer mayor del barrio donde habíamos crecido también había tejido piezas de ropa

para su hija, cuyo paradero desconocía y a la que renunciaba a buscar. La mujer le dio a Vassili una bolsa de plástico llena de ovillos de una lana que, en otro tiempo, había dado forma a los jerséis que tejió para su hija. Cuando la chica había dejado de llevarlos, la mujer pensó que la lana podía aprovecharse (su hija se los había puesto en muy contadas ocasiones) para hacer otras chaquetas; para su nieta, por ejemplo. Por eso guardaba esa bolsa llena de madejas y chaquetas a medio tejer y otras a medio deshacer. Hay muchas maneras de ser Penélope. Probablemente, Adrianna Wallis o un artista consolidado habría sabido hacer una obra de arte tan sólo con la historia de una lana que adquiere una figura para cubrir un cuerpo, que luego puede deshacerse para tejer otra pieza que abrigará a otra persona. Vassili, tan obsesionado con los contenedores y con la gestión de los residuos, debería haber visto que ahí el reciclaje ofrecía la posibilidad de crear muchos discursos.

El caso es que retomó el proyecto de la instalación. Contaba con los retratos de casi todos nosotros. Sin voz. El retrato de mi hermano debería tener un protagonismo especial. Él iba a denunciar al Estado y a sus padres. Entre todos, tendríamos que ser capaces de contar bien su historia para agitar las conciencias.

Malva también debía ser importante, ya fuese desnuda o vestida. Desde que se había rapado el pelo, ya no era tan importante si aparecía desnuda o no. Podía parecer que ya estaba desnuda, aunque se cubría con un sombrero elegante. Bien pensado, desde que dejó de actuar, desde que tuvo su crisis y sus ojeras cada vez eran más oscuras y sus ojos cada vez más grandes, desde entonces, fue como si siempre hubiese ido desnuda. Sus ojeras tan profundas eran mucho más impúdicas que si se le hubiera visto el sexo. Y luego, la sonrisa con la que aseguraba que le quedaban dos años para volver a actuar. Eso también resultaba bastante impúdico, porque mostraba algo tan íntimo como la desesperación, exhibía una esperanza eclipsada por la sombra de una amenaza sin definir y el miedo a que ese deseo en el que tanto había depositado también se viera truncado.

Era preciso retener de alguna manera la voz de Malva para que trasluciera su conato de sonrisa al decir lo de los dos años. El dramatismo en su expresión resumía, efectivamente, su biografía. Y esa frase había de transmitir el ansia de quien quiere rellenar algo que jamás podrá cubrirse por completo.

Algo así como el mito del barril de las danaidas: aquellas hermanas condenadas eternamente a verter agua en un barril sin fondo. Malva intentando llenar con su voz un barril para hacer realidad una especie de hechizo: «Cuando pasen dos años...».

Vassili sustituiría el barril por un contenedor de reciclaje. El significado de la imagen cambiaba considerablemente. Era el intento de recuperar la voz de Malva fuera de contexto, cuando ya no servía para su función inicial pero, en cambio, podía construir un soporte nuevo de mensajes distintos. La voz de nuestra amiga actriz podía convertirse en la de mi hermano reclamando todo eso que cree que le han robado: otro lamento que nunca podrá llenar ningún barril. Y así, consecutivamente, la voz de mi hermano se transforma en la de Sergio, que luego es la de Noe antes de ser la de Olga, que volverá a ser la de Malva, la de la señora mayor...

—Algo parecido es este discurso.

—Cierto. El problema es saber qué quiere decir cada uno y qué es lo que queremos decir todos. No todos quieren hablar de lo mismo.

—Pero la obra es de Vassili. Él es el creador.

—Junto al contenedor que no se llenará nunca de palabras, estará el montón de cosas inútiles que quieren hablar pero no tienen voz: nuestros retratos y los objetos absurdos que le hemos dado a Vassili. Y las bolsas de lana usada con la que no se volverá a tejer ninguna otra chaqueta.

—¿Y Baltasar Garzón y la jueza María Servini? ¿Y la Audiencia Nacional?

—En esta historia no son más que una anécdota. Nombres intercambiables. No a todos nosotros nos gustaba la idea de contactar con un juez que se puede identificar demasiado con una parte de la historia de este país. No todos están de acuerdo con la imagen que se le atribuye a veces de defensor de los derechos humanos en todo el mundo. Además, ni siquiera hemos conseguido que una abogada nos oriente sobre los pasos que hay que seguir para hacer de verdad una denuncia como la que persigue Javier.

—Dijo que os desaconsejaba intentar nada ante la Audiencia Nacional.

—Ninguno de nosotros se ha informado sobre eso tampoco. Sergio dice que es absurdo pedir permiso para manifestarse. No hay que pedir permiso para quejarse.

Mi hermano le dijo a Vassili que si su denuncia se diluía entre las voces de los demás tal vez no tendría la fuerza suficiente para que nadie lo entendiese. El objetivo de Javier se desvanecía entre el parloteo de muchos de nosotros. Por su parte, Sergio le recordó que también estaba dejando de lado la idea de que el Estado había invisibilizado a una parte importante de la sociedad. ¿Qué había pasado con el propósito de hacer desaparecer el puente de hierro sobre las vías? Estaba la lana de los jerséis de la mujer mayor del barrio en el que habíamos crecido. Alguien pensaría, al ver las madejas, en lo que la mujer representaba. Nadie se atrevería a asociarla con Penélope, con una figura mitológica situada cerca de los dioses. Nadie pensaría en la esposa de Ulises, aunque la lana mostraba signos claros de que había sido destejida varias veces. Aquellas madejas antes habían dado forma a jerséis que habían abrigado a su hija, que se había ido y a la que ella ya no quería buscar porque sabía que no serviría de nada encontrarla. Todo sucedería como tenía que suceder sin necesidad de que ella saliera a buscar a su hija con el perro de Noe, porque a veces no se puede hacer nada, o lo que se hace no sirve para nada. De las diferencias y contradicciones que se establecían entre el caso de la mujer de nuestro barrio y el de Penélope, tenía que sobrentenderse un mensaje capaz de emocionar o que hiciera pensar al posible espectador.

La abogada que Olga había conocido en una fiesta solidaria por fin contestó. Envío un correo electrónico cordial, casi afectuoso. Le dijo que la consulta le parecía muy interesante, pero también «amplia y compleja, pues existen muchas vías judiciales de protección de los derechos de las personas/ciudadanos ante los tribunales españoles (vías judiciales ordinarias y extraordinarias) como ante los tribunales europeos (Tribunal de Estrasburgo). No soy una experta en estas cuestiones, pero seguro que alguna idea te podré dar. Necesitaría más información (concreta, si es posible... ¡No olvides que soy abogado!) para poder enmarcar las posibles acciones judiciales de tu amigo».

El mensaje de la abogada causó un sentimiento contradictorio. Por un lado, convertía el proyecto de mi hermano, por fin, en una posibilidad más real. Un jurista había empezado a analizar el asunto de una manera profesional, valorando las acciones que se podrían llevar a cabo. Era una posibilidad que,

efectivamente, podía llevarse a cabo. Pero a la vez ponía de manifiesto cuán absurda resultaba toda la idea. Se mencionaba incluso el nombre del Tribunal de Estrasburgo, que todos nosotros habíamos oído mencionar siempre con relación a asuntos serios, relacionados con los Derechos Humanos. ¿Qué tenía que ver todo eso con mi hermano y con la obra de arte de Vassili? Durante este proceso, se había mencionado a Baltasar Garzón, y a María Servini, y ahora aparecía el Tribunal de Estrasburgo. Pero eso formaba parte de una realidad muy ajena a todos nosotros. Se habían dicho muchos nombres.

—También has hablado de Samuel Beckett, de Gabriel Orozco, de Auden. ¿Quién va a llegar tan lejos? ¿Alguien va a ser capaz siquiera de escribir el texto para Malva?

—La abogada habla de la posibilidad de recurrir a otros tribunales además del de Estrasburgo. Y Vassili se encontró *realmente* en una terraza a Gabriel Orozco. Son cosas que a veces suceden. Hay abogados que, si los contratamos, empezarán a rellenar papeles y presentar instancias. La ciudad de Estrasburgo existe. Hay gente que va y viene. La hija del vecino de mis padres que murió víctima del amianto y la uralita vive en Estrasburgo. No porque fuese a reclamar nada. Un verano, durante unas vacaciones, conoció a un chico de allí, se enamoró y se fue a vivir con él. Son cosas que pasan en la realidad.

—¿Alguien se atreverá a animar a tu hermano para que llegue hasta el Tribunal de Estrasburgo? Si así sucediera, se abrirían numerosas posibilidades para esta historia. Pensadlo bien. A veces es posible actuar. Pero deberíais explicarlo de una manera diferente. ¿Quién sabe quién es Samuel Beckett? Basta con leer sus libros. Tal vez no sería tan difícil conseguir contactar con Baltasar Garzón. La abogada no dice en ningún momento que lo de Estrasburgo o los otros tribunales sea imposible. Sólo pide información concreta. Desde el principio avisé que esta historia adolecía de eso.

—Sí, ya sé que necesita más datos concretos. Javier ya ha dicho todo lo que tenía que decir. Vive en un piso minúsculo que le presta una amiga a cambio de un alquiler irrisorio que ya ni siquiera le paga, casi no puede ver a sus hijas, de lo que en el fondo se alegra, porque está convencido de que se avergonzarían de él. No encuentra trabajo. Esto es lo más concreto que se le puede decir a la abogada que ha enviado un correo electrónico a Olga.



Podemos añadir que se siente engañado porque creció creyendo que al hacerse mayor todo sería mejor, que viviría en una casa grande y feliz con su familia. Cree que él no ha roto el pacto. Incluso acabó la carrera de Química, una de esas con las que se encontraba trabajo seguro. Pero no va a saber concretar en qué momento exactamente se estropeó todo, porque cuando su mujer le dijo que se fuera de casa ya eran muy pocas las cosas que funcionaban en su vida. Entonces era cuando el Estado tendría que haber velado por él. No tendrían que haberlo dejado caer. No se trata de que una asistente social lo visite de vez en cuando para evaluar el tipo y la cantidad de ayuda que necesita. Se trata de que no le han dejado desarrollar su potencial. El personal de Servicios Sociales del Ayuntamiento visita con frecuencia a los hermanos que menudean droga en el edificio donde han vivido mis padres mucho tiempo. Mi hermano se relacionó con ellos durante una época, pero él salió de allí. Nadie lo encontró en una cuneta en las afueras, ni en el lavabo de un bar siniestro, ni siquiera entre los matorrales que crecen al lado de las vías del tren. Javier acabó sus estudios de Química, y era tan inteligente que él, como Olga, sí podría haber dado con la fórmula mágica que Sergio está buscando. Pero ahora ya no entiende nada. Y de eso alguien debe tener la culpa. ¿Cómo se puede concretar todo eso para la abogada? Primero habría que definir mejor las circunstancias del personaje. Habría que empezar por el color de su cabello o de sus ojos.

A mi hermano se le ocurrió la idea de la denuncia mientras veía en televisión una entrevista a un director de teatro que decía que pretendía denunciar al Estado porque le habían robado la infancia y la juventud. Había crecido durante la guerra y recordaba con regocijo los días en que se habían suspendido las clases en el colegio. Luego vino la dictadura y la represión: vivir su homosexualidad con una gran culpa y como algo sucio; y, por fin, el exilio. El director de teatro no iba a ser capaz de llevar adelante su idea, pero mi hermano se dijo a sí mismo, y a todos nosotros, que él sí podría. Javier iba a conseguir que el Estado reconociese que le habían negado lo que legítimamente le correspondía.

Cuando Olga tuvo que contarle a mi hermano el contenido del mensaje que le había enviado la abogada que había conocido en una fiesta solidaria, pensó que de alguna manera se estaba poniendo fin a la historia de la denuncia. Ya se

había alargado demasiado, sobre todo teniendo en cuenta que los aspectos concretos, reales, de la narración eran tan pocos. No había pasado tanto tiempo desde que muchos de nosotros habíamos creído que Vassili abandonaría su proyecto de *performance* o instalación, y sin embargo otros aseguraban que había retomado la idea. Aun así, Olga le dijo a mi hermano que había llegado el momento de detener tanto disparate, porque no creía que nada de lo que se estaba proyectando se fuese a traducir en mejoras concretas. Estábamos perdiendo el tiempo y malgastando energía. Su manera de hablar recordaba mucho al discurso con el que un día Sergio quiso convencer a Vassili para que desistiera, aunque mantenía pequeñas diferencias. Olga le dijo a Javier que lo que más le costaba aceptar era que ninguno de nosotros fuera capaz de escribir un texto para Malva. No íbamos a poder, ¿y qué sucedería después, cuando nos cansáramos de jugar a los creadores y los revolucionarios?, ¿cambiaría algo? Era completamente imposible que nadie consiguiera dirigirse al Tribunal de Estrasburgo. Las cosas seguirían como siempre, la vida iba a seguir sorprendiéndonos por sí sola, sin que nosotros hiciéramos nada, así que sería mejor permanecer atentos a lo que de verdad sucedía y dejar de fantasear con acciones que jamás seríamos capaces de realizar.

Olga también dijo que todos nosotros teníamos el mismo problema: no sabemos qué podemos conseguir. No sabemos dónde están nuestros límites, ni para lo bueno ni para lo malo. Ni siquiera podemos imaginarlo, aunque crecimos pensando que seríamos capaces de todo, que gracias a nosotros el mundo iba a funcionar bien porque habíamos aprendido a reciclar correctamente. Javier le contestó que, precisamente por todo lo que ella había dicho, era importante seguir con la denuncia. Olga insistió en que no íbamos a conseguir nada y que era una idea absurda que nos había hecho perder mucho tiempo a todos. Bien observado, su discurso no era diferente en absoluto al de Sergio la tarde en la que quería convencer a Vassili de que lo dejara todo. Mi hermano le dijo que ella tenía una crisis de fe, que muchos de nosotros la tenían. Él no iba a rezar, como sugería Sergio, a ninguna entidad superior, pero sí que creía poder conseguir una sentencia judicial que dijera que lo habían engañado. Le bastaba con eso para empezar a construir bien su vida. Sólo se trataba de creer en algo para seguir en movimiento. Pero según Olga el problema era que nada de lo que nos habíamos propuesto fuese realmente

alcanzable.

Olga dice que tal vez ha llegado el momento de empezar a hablar de cosas concretas, de lo que de verdad nos preocupa. Mi hermano y Vassili se ofenden, ¿es que no era suficientemente serio el acuerdo al que habíamos llegado sobre su denuncia y sobre la *performance*?

Vassili decidió retomar su proyecto, y todos debemos apoyarle, pero también es cierto que desde que la abogada mandó su correo electrónico planteando preguntas concretas, la posible denuncia de mi hermano cada vez parece más difusa. Olga también señala que ya ha pasado demasiado tiempo desde que empezamos a hablar de la posibilidad de escribir un texto teatral para Malva, de la denuncia y de la acción artística. Ha pasado tanto tiempo que deberíamos permitirnos hablar de todo lo demás. Ya no quiere seguir en un estado que considera muy parecido a la anestesia o el letargo. A veces imagina que algo semejante es lo que siente Malva, en una espera inconcreta, creyendo que cuando pasen dos años volverá a actuar. Vassili le ha dicho que no hay nada de inconcreto en la espera de Malva: un día alguien la llamará por teléfono para ofrecerle un papel en una obra de teatro, una película o un *casting*, y ella saldrá de casa y volverá a trabajar.

—Pero ¿cómo y cuándo se darán las condiciones que provoquen que alguien llame a Malva? ¿Qué cadena de acontecimientos se tiene que alinear para que acabe en ese punto tan ansiado?

—Las cosas suceden porque sí.

—Pero eso siempre les sucede a los demás. Todo esto está resultando bastante absurdo, pero, para convencer a Olga de que en realidad no es así, Vassili le ha dicho que él prefiere seguir hablando de pensamiento y de estética. Dice que muchos de nosotros siempre hemos hablado en clave estética, y que por eso no le gustaría que empezáramos a hablar de todo lo demás, aunque él mismo a veces ha sentido la tentación de abordar esos temas. Tenemos que seguir insistiendo en la idea de que no es nada justo que a mi hermano la vida se le haya puesto tan complicada. Nuestra sociedad tendría que disponer de los mecanismos adecuados para protegerle, algo así como la red que tienen debajo los funambulistas.

—¿Acaso no dispone de ellos? Si fuese así, ¿hasta dónde crees que hubiese llegado en su caída?

Vassili también dice que hay que seguir hablando sobre Malva, porque está seguro de que pronto alguno de nosotros va a escribir el texto para ella. Y él está a punto de acabar su instalación. Aunque no ha descartado totalmente la idea de la acción ante la Audiencia Nacional, cada vez la ve más complicada. ¿Qué tiene que ver la Audiencia Nacional con nosotros? La abogada amiga de Olga habló del Tribunal de Estrasburgo, pero ¿qué tiene que ver con esta historia? ¿Qué tiene que ver con esas personas de los barrios que han hecho invisibles, como la mujer a quien los de Servicios Sociales quieren quitarle la nieta?

Precisamente por eso Olga insiste en que ha llegado el momento de hablar de todo lo demás. ¿Estamos hablando de estética o de los derechos vulnerados que se defienden en Estrasburgo? A muchos de nosotros nos sonroja de la misma manera oír la palabra *estética* como el nombre de *Estrasburgo* o el término *marxismo*. Porque la nuestra es una historia pequeña, o eso es lo que dice Olga. Sergio quería hacer algo grande, y mi hermano denunciar al Estado, pero entre todos sólo hemos conseguido una historia con muchos límites.

Todo cambiaría si alguien se atreviera a ir a Estrasburgo a defender a mi hermano. No hemos sido capaces de ir a la Audiencia Nacional y ahora pretendemos encontrar a alguien que llegue a Estrasburgo. Envidiamos a Noe porque dice que se quiere ir una temporada a vivir a Estados Unidos. ¿Alguno sería capaz de llegar a Estrasburgo? Entonces podríamos construir una historia grande, de las que de verdad interesan, de las que se podrían contar sin sentir vergüenza en un local de una asociación del barrio en el que crecimos algunos de nosotros. Ha llegado el momento de hablar de cuestiones interesantes, porque nuestras pequeñas historias sólo suceden porque el mundo de verdad está afuera. Vassili quiere seguir viviendo en los significados y en las emociones que provoque su instalación. Pero Olga asegura que ha llegado el momento de hablar de la enfermedad de Noe. ¿Puede ser que nadie haya pensado qué significa eso de que en dos años a Noe le gustaría marcharse a Estados Unidos mientras le diagnostican una enfermedad que impondrá su propio itinerario? ¿Por qué no vamos a hablar aquí de eso?

Ahora ya ha pasado el tiempo, ya sabemos que es imposible luchar contra algunas realidades. Ya no nos ha quedado más remedio que aceptar lo que ha

sucedido. ¿Por qué no vamos a hablar de ello? Porque no, porque todavía es posible que Vassili realice su instalación y que alguien llame a Malva. Si Olga quiere introducir temas de los que no vamos a hablar aquí, tendrá que escribir ella sola el texto para Malva. Puede hacerlo, por supuesto. Todos creemos en ella.

No vamos a negar que ha pasado el tiempo y nos hemos movido muy poco del lugar inicial, pero eso no es justificación para que hablemos de lo que nos propusimos no mencionar aquí. Además, algunos de nosotros opinan que nuestra relación con la realidad siempre fue muy peculiar, así que ésta no podrá ser nunca una historia que detalle un gran acontecimiento decisivo para el discurrir del funcionamiento del mundo. Sergio siempre quiso hacer algo grande, pero sigue sin saber qué. Sigue teniendo momentos en los que piensa cómo sería confirmar la existencia de la divinidad que está buscando, pero tampoco se atreve a rezar él mismo, aunque nos aconseje que lo hagamos. Nos dice a los demás cómo debemos hacerlo, pero él no habla con ninguna fuerza sobrehumana ni con ninguna conciencia colectiva. Le da vergüenza. Sólo repite cosas que ha leído, como que el cuerpo humano tiene una correspondencia exacta con la disposición de alguna galaxia o de algún universo de nombre extraño, o como que los sueños y la imaginación son muy importantes porque nos conectan con esa conciencia colectiva y eterna. Por eso Olga ahora dice a todas horas que algunos de nosotros vivimos demasiado en el pensamiento, enfrascados en ideas que nos alejan de la realidad.

Olga dice que está cansada de esta forma de comunicarnos, que quiere hablar de todo lo demás, porque es una manera de prepararnos para recibir todo lo que nos depara la vida. Se impacienta porque siente que ya están sucediendo algunos acontecimientos sobre los que tendríamos que hablar. Insiste en que alguien tendría que preguntarle a Noe qué significa lo del viaje a Estados Unidos dentro de dos años, y exactamente cuál es el diagnóstico de su enfermedad. También que alguno de nosotros debería ponerse serio y averiguar si Malva sigue visitando a los hermanos que menudean droga en el edificio donde han vivido nuestros padres tanto tiempo. Ella sabe que sí, que efectivamente los sigue visitando. Es más, la vio en un bar cerca del puente de hierro con ellos. Con su pelo rapado y sus ojos cada vez más grandes y su espléndida sonrisa. Pues bien, Olga ya tiene por fin una buena escena para escribir la obra de teatro que Malva espera. Sergio puede ayudarla a

escribirla, porque es probable que nuestra amiga actriz vaya a necesitar una de sus oraciones, o que él vaya a abrazarla durante una nueva crisis, cuando nadie más esté disponible.

Algunos de nosotros vamos a seguir esperando para comprobar si el caso de mi hermano se lleva al Tribunal de Estrasburgo o si finalmente aparecen el juez Baltasar Garzón o María Servini en esta historia. La única abogada a quien se le había explicado algo del asunto pidió más concreción, pero ni Javier ni ninguno de nosotros ha sido capaz de volver a hablar con ella para ofrecerle los datos exactos que reclamó. Todavía falta una llamada a la abogada que parece decisiva. Alguien ha sugerido que hay muchos más abogados, que tal vez podríamos hacerle la consulta a otro jurista, como si la culpa fuese de la persona que Olga conoció en una fiesta solidaria porque en lugar de solucionar algo ha formulado nuevas preguntas.

—El proceso judicial ha adquirido en esta historia una importancia inesperada. No ha aparecido el juez Garzón, famoso por defender el principio de justicia universal, pero la abogada con la que contactó Olga sí que ha introducido algo que podría considerarse un criterio de realidad.

—Eso era lo que se pretendía desde el principio, desde el primer reclamo de mi hermano.

—También es similar lo que reclama Olga. Quiere que habléis de las cosas inmediatas que os afectan. Propone reflexionar sobre el hecho, curioso, de que ninguno de vosotros, a excepción de Javier, habéis tenido hijos. En ocasiones vuestra realidad parece regirse por unas normas bastante diferentes de las generales.

—No, no reclaman lo mismo, ni siquiera algo parecido. La llamada de la abogada que todavía debe producirse nos dirá si la denuncia de mi hermano es posible, si queda alguna posibilidad de pasar a la acción. Olga no quiere pasar a la acción, sino todo lo contrario, quiere que sigamos ahondando en los temas de siempre, en esos que nos impiden avanzar y aprender cosas nuevas.

—Ella reivindica la realidad.

—Tal vez, pero eso no ha de significar obligatoriamente que tengamos que hablar de las cosas de las que no queríamos hablar. Si es posible que la denuncia de mi hermano prospere, y no estoy pensando en que pida un

subsidio de paro ni en que un juez revise el régimen de visitas a sus hijas, ni siquiera en que lo readmitan en el último trabajo del que fue despedido, ni en que mis padres le den todo cuanto poseen para que él pueda comenzar de nuevo, insisto, si la denuncia de mi hermano al Estado prospera y se produce una sentencia que diga que no fue culpa suya que las cosas se desarrollaran de una manera tan poco propicia para él, porque él hizo todo lo que estuvo en sus manos, y que si todo ha salido tan mal es porque el sistema no veló por él; si esto sucede, entonces habrá una posibilidad de salir indemnes de esta situación absurda y pasar por fin a la acción. Empezar de nuevo o actuar de una vez. Si se da la sentencia deseada, habrá posibilidades para todos: para mi hermano, para Malva, para Noe, para Sergio y para Olga, para Vassili y para la mujer a quien los de Servicios Sociales quieren quitarle la nieta.

—¿Crees que una nueva llamada de la abogada va a asegurar todo eso? De momento os ha pedido más concreción, algo que no se ve por ningún lado. ¿Qué pasará cuando siga insistiendo en que le falta información, que necesita hechos, pruebas, datos? ¿Le hablaréis a ella de los hermanos que menudean droga o de la instalación de Vassili? Si los de Servicios Sociales pretenden alejar a esa niña de su abuela será porque consideran que la mujer no puede asegurar la integridad de la menor.

—¿Quién tiene la culpa? La mujer tiene motivos para sentirse identificada con el asunto de mi hermano. Si ella no puede garantizar la integridad de la menor, tampoco hay indicios para creer que el Estado sí puede hacerlo. Van a castigar a la abuela porque algo en el sistema ha fallado. La mujer no tiene la culpa.

—Será interesante ver la cara de la abogada cuando empecéis a hablar en términos de culpa. Todavía no sabéis cuál es el delito o la falta, pero sí distribuís la culpa. Tal vez lo siguiente sería que le pidáis a la jurista que rece alguna de las oraciones de Sergio para investigar en las palabras los mensajes sagrados que nos han querido transmitir a lo largo de las generaciones, o que también ella tenga fe en la inmediata aparición de una fórmula matemática mágica que servirá para ordenar todas las energías del universo. ¿Os atrevéis a volver a llamar a la abogada?

Una lona inmensa cubrió el puente de hierro sobre las vías del tren en el barrio donde muchos de nosotros crecimos. En la tela gigante, Vassili había

estampado una fotografía del edificio de la Audiencia Nacional. Resultó más fácil convencer a las autoridades del distrito de nuestra infancia que pedir un permiso para hacer algún tipo de *performance* ante el tribunal. Ninguno de nosotros ni siquiera había llegado a iniciar el trámite para informarse sobre qué había que hacer para manifestarse allí, aunque fuese artísticamente.

El caso es que al regidor del distrito cubierto de vías de tren le entusiasmó la idea de que un artista como Vassili hubiese escogido el puente de hierro para hacer su intervención. Ésa se podría considerar una de las acciones con las que se regeneran las zonas desfavorecidas. La Audiencia Nacional, donde se dirimían cuestiones judiciales tan trascendentales, se había instalado en nuestro barrio de la infancia, muy cerca de los hermanos que trapichean con droga y de la mujer que no sabía a ciencia cierta el paradero de su hija, a la que ya daba por perdida. Muchas de las personas que observaban la gran tela que cubría el puente no sabían qué era el edificio reproducido en la fotografía.

Ante la lona, en un descampado junto al puente—en ese barrio todavía quedan descampados—que suele utilizarse como aparcamiento, se había instalado un cubículo de metacrilato de unos dos metros de ancho por otros dos metros de alto. Parecía una caja de cristal. Dentro había un montón de objetos que de lejos sólo parecía escoria o derribos. Si el observador se acercaba, podía distinguir entre la acumulación frascos de vidrio llenos de virutas de lápiz, libros, cómics, cromos, fragmentos de retratos, jeringuillas, monedas, tubitos minúsculos de plata, imágenes de santos y folios sucios, muchos folios manuscritos de Malva, llenos de palabras escritas con colores. Nuestras caras estaban en aquella acumulación de desechos: Malva con sus enormes ojos cerrados y su cráneo prácticamente afeitado, Noe abrazada a su perro guía, mostrando un pecho. Nuestros rostros habían sido seccionados, los ojos de unos mezclados con los labios, los tabiques nasales, los pómulos y las orejas de otros. Otros retratos, en cambio, estaban enmarcados. Y también los había que ocupaban toda una cara de la enorme caja de metacrilato que se convertía en una pantalla.

Dentro de la caja, se proyectaban diferentes combinaciones de luces. En algunos momentos, dentro de la caja sólo se veía una lluvia como de hilos de vidrio brillante, hilos que conseguían no sólo recordar, sino convertirse en hebras de lana que conformaban un cálido tejido. Como si toda la caja de metacrilato hubiese estado abrigada por uno de los jerséis que tejía la mujer a



quien querían quitar la custodia de su nieta.

Cuando cambiaba la luz, podían verse los rostros cuarteados y fragmentos de los cuerpos desnudos de Malva, de Noe y de un hombre y una mujer haciendo el amor—algunos de nosotros creyeron que se trataba de Vassili y Olga—. Tras observar todos esos cuerpos desprovistos de abrigo, se volvía a proyectar la luz que cubría la caja del tejido con que alguien podría haber vestido todos aquellos cuerpos desnudos y troceados.

Algunos de nosotros se sintieron molestos por la presencia de las jeringuillas, de un tamaño que hacía inequívoco lo que querían representar. Cuando íbamos al instituto, que no estaba demasiado lejos de aquel descampado, a veces se extendía el rumor de que habían encontrado una de esas jeringuillas en un lavabo, pero ninguno de nosotros nunca vio nada parecido, o eso creo. También se oía decir que era habitual encontrar alguna en el patio, entre los matorrales. Y condones. Esos rumores llenaban de excitación al alumnado. Pero nosotros no encontramos nunca ni una cosa ni otra. En aquella época, las cosas importantes les sucedían a los demás. Nosotros ya habíamos dejado de rezar para no ser drogadictos, aunque seguíamos teniendo miedo.

Vassili no añadió preservativos al montón de objetos de la caja de metacrilato, aunque bien podría haberlo hecho. El sida fue otra de las amenazas con las que crecimos. Creíamos que los hermanos que menudeaban droga en el edificio donde habían vivido tanto tiempo mis padres también tenían sida. Ellos eran la representación de las amenazas, una especie de *memento mori*, o peor, una advertencia de lo que podríamos llegar a ser. Crecimos rodeados de noticias constantes sobre gente que moría joven a consecuencia de aquella terrible enfermedad porque habían sido imprudentes y no habían obedecido las normas establecidas.

En la falsa caja de cristal de Vassili, además de jeringuillas también había tubitos minúsculos de plata. A simple vista costaba verlos entre los demás desechos que algunos de nosotros habíamos llevado al taller de nuestro amigo artista. Quedaban prácticamente sepultados, sobre todo por los abundantes papeles manuscritos con la caligrafía de Malva.

Muchos de nosotros no sólo hemos compartido pupitre escolar a lo largo de toda la escolarización, sino que durante un tiempo incluso nos enviábamos cartas manuscritas. Y postales cuando salíamos de viaje o cuando alguien

cumplía años. Dedicatorias muy afectadas que ahora nos avergonzarían a todos. Por suerte, ninguno de nosotros llevó nada de eso al taller de Vassili para que fuera exhibido tan impudicamente. Tal vez nadie conserve nada de todo aquello. Pensábamos que todavía no había transcurrido el tiempo necesario para que nuestras postales o nuestras cartas tuvieran interés en un anticuario o un mercadillo, pero Vassili nos habló de un artista más joven que nosotros, más joven incluso que Martín Vitaliti, Oriol Vilanova, que hace grandes instalaciones con miles de postales que compra cada domingo en los mercados de las ciudades en las que se encuentra. Con ellas cubre paredes inmensas de museos y espacios expositivos. Muchos de nosotros podemos reconocernos en un buen número de esas postales. Formaban parte de nuestro universo de signos. En las obras de Oriol Vilanova, colgadas en las paredes, se nos devuelven algunos de los significados que tuvieron en su momento, pero ahora quieren decir otras cosas diferentes. Tampoco a Vassili ni a ninguno de nosotros se nos ocurrió que nuestras postales y nuestras dedicatorias afectadas de cumpleaños podían formar parte de una obra de arte. Estaban los folios escritos y descartados por Malva, que de alguna manera nos recordaron a las cartas que solíamos enviarnos. También se proyectaban imágenes en las que se pasaban las páginas del álbum de monedas de Sergio, como quien lee un libro. Cada moneda como un signo de un alfabeto con el que se podían construir muchas frases.

La caligrafía de Malva sobre el papel nos hizo imaginar que aquéllas eran páginas de la obra de teatro que ella tampoco había conseguido escribir a pesar de todos los esfuerzos. Ella necesitaba un texto para cuando volviese a actuar al cabo de dos años, cuando hubiese superado por fin todos sus problemas. Probablemente, todo cuanto ella había escrito se encontraba ahora dentro de la caja de metacrilato, arrugado en numerosas bolas de papel. La tinta era de colores variados, lo que le daba al conjunto un desconcertante aspecto infantil. Malva había sido la única que de verdad había intentado escribir su texto teatral, lo cual añadía al conjunto, al parecer de algunos de nosotros, una buena dosis de dramatismo: estaba tratando de salvarse mientras los demás ni siquiera lo habíamos intentado, aun siendo conscientes de lo necesaria que resultaba aquella dramaturgia. Aquellas hojas habían sido garabateadas con los lápices de colores que habían quedado reducidos a las virutas acumuladas en los tarros de mermelada de vidrio etiquetados

ostentosamente con la pregunta UBI SUNT.

Esas mismas palabras se proyectaban en una nueva imagen que de pronto ocupaba las caras del cubículo. Las palabras estaban escritas en unas piedras grandes que ocupaban toda la pantalla. Unos instantes después, una de esas piedras aparecía dentro de la radiografía de un cráneo, como si estuviera sustituyendo al cerebro. Mientras en la pantalla se alternaban las palabras *piedra, papel y tijeras*, la imagen del cerebro pétreo se sustituía por una de las páginas escritas por Malva y luego por unas tijeras cortando el conducto de plástico de un gotero de esos que alimentan a los enfermos en los hospitales.

Sólo nosotros íbamos a ser capaces de interpretar todos esos significados. Parecía como si Vassili hubiese hecho una pieza artística únicamente para nosotros. La mayoría de los espectadores sólo vería una acumulación de escombros, ni siquiera piezas de anticuario o de mercado dominical, y un conjunto de proyecciones extrañas, aunque había que reconocer que muchas de las imágenes resultaban hermosas y captaban la atención de quien las observaba. Pero cuando desaparecían las proyecciones más impactantes, la disposición de los despojos hacía que cualquiera pudiese pensar que los iban a quemar, si no fuera porque dentro de la caja de metacrilato no encontrarían el oxígeno suficiente para llevar a cabo la combustión. Ése era otro detalle que podría pasarle desapercibido a cualquier visitante de nuestra instalación: no podía ser una hoguera, porque estaba dentro de una caja cerrada, sin oxígeno suficiente.

A poca distancia del cubículo, con los escombros en que se habían convertido los objetos que algunos habíamos proporcionado a Vassili porque los considerábamos representativos de nuestra infancia, había otra caja, pero ésta de cristal. Dentro se encontraba un contenedor de reciclaje, con un cartel en letras de neón magenta en el que podía leerse «Materia». Dentro del recipiente había un altavoz que reproducía un sonido molesto e incomprensible, que llegaba al exterior gracias a otro altavoz situado fuera de la caja de cristal: muchas voces diferentes hablando al unísono hasta formar un sonido que sólo era ruido. De una de las paredes de la caja de cristal colgaban nueve auriculares. El observador y el oyente de la instalación podía escuchar cada una de las voces por separado en esos auriculares: una voz y un discurso por cada par. Cuando alguien descolgaba uno, se activaba un mecanismo por

el cual se proyectaban nuestros rostros en los cristales de la caja. Una cara en cada pared o cara del cubo. Y alternándose con nuestras caras, fotografías del barrio en el que habíamos crecido, de Baltasar Garzón, María Servini y la Audiencia Nacional.

En aquellos auriculares estaban las historias de algunos de nosotros. Allí estaba la voz de la mujer a quien los de Servicios Sociales querían quitar la custodia de la nieta. La mujer contaba la historia que muchos de nosotros ya habíamos escuchado: que hacía mucho tiempo que no tenía noticias de su hija, que sabía que seguía viva y a veces con eso tenía suficiente, pero que estaba preparada para que cualquier día le llegara la noticia de que la habían encontrado muerta en una cuneta. Sabía que ya no se podía hacer nada por su hija, desde pequeña se había metido siempre en líos, y ella, aunque era su madre, no había podido evitarlo ni protegerla. Sólo era su madre. Por eso ahora era tan importante poder hacer algo por la nieta. Si la mala fortuna quería que al final se la llevaran los de Servicios Sociales, entonces ya sí que no se podría hacer nada. Nada habría servido para nada.

La voz de la mujer del barrio en el que algunos de nosotros habíamos crecido se mezclaba con la de una mujer mexicana que explicaba cómo su hijo, profesor normalista, un día había salido de casa para asistir a una manifestación y no había vuelto, ni él ni ninguno de los cuarenta y dos compañeros que habían ido con él. Vassili había encontrado la noticia en el mismo periódico donde habían publicado una entrevista a Gabriel Orozco en la que el célebre artista vestía la misma camisa que cuando él se lo encontró en una terraza. A Olga le satisfaría saber que nuestro amigo artista estaba utilizando su instalación para denunciar la historia tan triste de los normalistas. Por fin alguien estaba hablando de un tema real y grande, relacionado con esos asuntos de los que nos habíamos propuesto no hablar. Mientras la mujer mexicana relataba su pérdida, se proyectaban varias imágenes del perro de Noe olisqueando una camiseta que tenía estampado un retrato de Karl Marx.

El discurso de las dos mujeres hacía que la historia de mi hermano resultase pequeña, anecdótica. A Javier no lo había encontrado nadie tirado en una cuneta, ni lo habían hecho desaparecer vergonzosa y dolorosamente. Después de la mexicana, retomaba la palabra la mujer del barrio atravesado por las líneas de ferrocarril para decir que esperaba de todo corazón que el

señor Garzón les ayudase a denunciar al Estado por todo lo que habían hecho a mi hermano y por lo que estaban a punto de hacer a su nieta. Por la hija ya nadie podía hacer nada, eso lo sabía, por eso no había que permitir que le pasaran más cosas malas a mi hermano ni a ninguna niña, ni a nadie.

De otros auriculares emergía la voz de Malva, tan teatral. Al principio, aparecían el color y la calidez que muchos de nosotros ya habían olvidado en el hablar de nuestra amiga. Así sonaba cuando era mucho más joven, cuando no tenía tantas ojeras ni el pelo rapado y hablaba con mucha más seguridad. Lo que se oía en los auriculares era una de sus actuaciones en el culebrón televisivo, que se iba mezclando con las palabras de nuestra amiga actriz durante una conversación más reciente. En la instalación de Vassili, transmitía una confianza que pocos de nosotros recordaban que hubiese tenido alguna vez. Malva había sido una adolescente estrella de la televisión. Era la única de nosotros a la que le sucedían cosas especiales mientras otros se excitaban con los rumores de las jeringuillas y los condones encontrados en el patio del instituto. Tantos años después, casi todos habían olvidado la tonalidad con la que interpretaba su papel en la teleserie. No se oía a su interlocutor, y, en momentos concretos, quien contestaba a la Malva adolescente era la Malva de las ojeras profundas y oscuras. Mantenían una conversación absurda por imposible. La mujer adulta que de vez en cuando visita a los hermanos que trapichean con droga dice que le gustaría que mi hermano pudiese empezar de nuevo. De hecho, asegura que pronto empezarán a suceder cosas interesantes, porque todos hemos trabajado mucho y nos hemos convertido en personas responsables, a punto para inaugurar una nueva etapa vital en la que nos liberaremos de cargas y malestares absurdos. Dice algo así como que haber sido joven no ha sido siempre divertido. Que mi hermano Javier le parece una buena persona que merece otra oportunidad. Una psicóloga le dijo que su problema era que durante mucho tiempo había colocado en los demás el «locus de control». Es decir, culpar a los demás de sus propias responsabilidades. Pero ya hemos cambiado. Le gustaría que después del juicio alguien ayudara a Javier a encontrar un buen trabajo que le permita tener una casa bonita donde estar con sus hijas. Dice ser consciente de que encontrar trabajo cada vez es más difícil, y que a ella no se le ocurre qué podría hacer mi hermano para ganarse la vida, pero que está segura de que después del juicio tendrá un buen trabajo. Se lo merece. Como también se lo merecen dos

amigos que ha hecho recientemente. Son dos hermanos que viven en el bloque donde vivían los padres de algunos de nosotros, primos de la dueña del restaurante en el que trabaja, a los que ella con frecuencia lleva comida que ha sobrado. También ellos se merecen que les sucedan cosas buenas, porque han tenido mala suerte. Ella confía en que pronto van a ocurrir cosas alegres, siente que todos nosotros estamos en el preludio de algo. Somos una orquesta que prepara los instrumentos, y que pronto deleitaremos con una preciosa sinfonía. «Es el preludio». Y después de decir esto, rompe a reír, y canta, y ríe. Y esa explosión se sobrepone a las risas distantes que ensayó y representó en la teleserie de nuestra adolescencia.

La voz de Noe también se hace presente en los auriculares, primero con unas carcajadas potentes. Su manera de reír fue una de las primeras cosas que masculinizó. La suya es una risa de hombre, estudiadamente estridente. Todo en él está minuciosamente calculado porque todo ha de tener una explicación. En los auriculares se ríe recordando cómo se enamoró de Esther, la protagonista de las cursilísimas historietas que leían algunas niñas. Era muy complicado entender qué era el deseo, dice Noe. Luego, de inmediato, empieza a hablar de mi hermano. Asegura que no acaba de comprender muy bien de qué va el proyecto ni cómo se le puede ocurrir a nadie la idea de denunciar a sus padres. Ha visto a muchos padres y madres sufrir muchísimo porque han perdido a sus hijos. Noe cree que todo el mundo ha hecho lo que ha podido. Que, en el fondo, todos podemos sentir que nos han robado el futuro. Él creyó que, si conseguía llevar adelante su deseo de dejar de ser una mujer físicamente, todo lo demás sería más fácil. Se trataba de alinear lo accesorio y las contingencias en una única dirección, es decir, focalizar todos sus esfuerzos y aprovechar todo lo inesperado para conseguir un objetivo: ser la persona que ella había decidido ser. Pero no había sido tan fácil. Siempre se llega a un momento en que sigues adelante sin saber muy bien por qué. Noe cree que con el proyecto de mi hermano y Vassili ha sucedido algo parecido. Teníamos que sacarlo adelante entre todos. La sorpresa, dice, ha sido el diagnóstico de su enfermedad. Eso sí ha sido una contingencia difícil de alinear con sus aspiraciones. Es una enfermedad mayoritariamente femenina. Le parece como una broma pesada. Es posible que le tengan que practicar una mastectomía. Y en dos años se irá a San Francisco a vivir. No sabe todavía cómo, pero quiere llevarse con él a su perro guía. Hay personas que consiguen

ese tipo de cosas, ¿por qué no iba a hacerlo ella?, ¿por qué mi hermano no iba a conseguir algo útil de todo esto?

Noe sigue hablando para decir que hemos llegado a algún punto decisivo de nuestra vida, porque somos capaces de asumir muchos acontecimientos sin intentar luchar contra ellos o sin negarlos. Ya hemos aprendido que no sirve de nada negarlos. Ninguno de nosotros fue nunca especialmente luchador, porque creímos o nos hicieron creer que todo lo bueno que nos merecíamos vendría por sí solo, porque ya nos tocaba. Nuestros padres habían vivido en barrios atravesados por vías de tren, pero a nosotros nos correspondía una vida mucho más agradable y más rica. Noe dice que antes, por lo menos, las personas protestábamos y nos quejábamos. Desde que sale a buscar gente que desaparece, ya no le gusta quejarse. Le horroriza pensar que puede llegar el momento en el que tenga que lamentarse porque alguna persona a la que quiere ha desaparecido. Él nunca se ha quejado demasiado, ni cuando era ella; estaba ocupado con su obstinación, quería dejar de ser una mujer.

Ahora cree que es muy posible que lo de mi hermano no llegue a nada, aunque le gustaría equivocarse y que Javier fuera el protagonista de una de esas historias de héroes anónimos: mi hermano derrotando al Estado, y a la Historia, haciendo público y evidente que el Sistema no ha funcionado bien con nosotros. Que no nos gusta lo que nos han dado y que tampoco sabemos cómo conseguir otra cosa. Tampoco somos culpables de ser tan cobardes.

A veces el discurso de Noe se acerca al de Sergio. Habla poco de su propia lucha. Todas nuestras voces se confunden. Casi siempre queremos decir lo mismo a pesar de que no lo pueda parecer.

También la voz de Olga en los auriculares empieza risueña su discurso. Sabemos que quien le está escuchando es Vassili. Entre los dos se percibe mucha cercanía, es una conversación que se da en la intimidad. Casi provoca pudor escucharla. Alguno de nosotros asocia esa conversación con la imagen de los dos cuerpos desnudos de las fotografías que han sido cuarteadas. Olga sabe que todos pensamos que es muy inteligente, también Vassili. Quiere hablar de lo que aquí no se habla. Es su momento. Cuando se grabó esa conversación sólo estaba con nuestro amigo artista, que no impuso ni vetó ningún tema. Para el posible visitante de la instalación, la voz de Olga es una especie de superficie—eso lo había dicho Lúa Coderch—o un espacio virtual que existe porque se percibe con los sentidos. No existe materialmente,

únicamente está en nuestro cerebro o en nuestra imaginación. Es Olga, pero a la vez no lo es: una voz que dibuja imágenes en la mente de quien la escucha. Dice que ella no ha encontrado ningún objeto capaz de resumir o evocar su infancia. Hace referencia a una toalla o rebozo que conserva porque su madre le dijo que con ella la secaba después del baño cuando era pequeña. Pero no confía en ese recuerdo.

Dice que la infancia ahora le parece algo muy extraño. Y que ser joven tampoco ha sido tan divertido. Eso ya lo había dicho alguien antes. También recuerda a medias una cita de un escritor ruso que escuchó en una película y que decía algo así como que la vejez es la gran sorpresa. Olga es joven todavía, pero ya se siente muy sorprendida porque han sucedido cosas que, aunque se encontraban dentro de los parámetros de lo posible, nadie esperaba que sucedieran de verdad. O nunca creímos que realmente hubiera llegado el momento de que sucedieran ese tipo de acontecimientos. Su madre desapareció unos años cuando ella era muy pequeña. Pero Olga dice que todos los acontecimientos forman parte de la construcción de la vida, que no podemos vivir aspirando a unos ideales absurdos de felicidad infantil, porque la realidad se compone de fenómenos que ocurren constantemente y que estamos obligados a asimilarlos y entenderlos como parte de la existencia: no se pueden evitar. En la infancia no ocurría nada. Hasta hace poco, nosotros pensábamos que nunca sucedía nada. Ahora ya sabemos que sí, Noe sabe que la gente se va y que, a veces, aunque se la busque mucho, no aparece, y que de repente una ausencia se parece mucho a una presencia. Si comprendemos eso, lo que sucede es que somos mayores o que hemos madurado.

Después de una pausa, Noe habla de nuevo para contar que a veces cree que Olga tiene razón cuando dice que lo habitual de la vida es que sucedan cosas que nos sorprenden y que debemos aceptar. Las sorpresas no tienen por qué ser siempre positivas, ni siempre negativas. Una sorpresa es algo que, sencillamente, no se esperaba. Y en la existencia hay muchas cosas que no se esperan, aunque sepamos sin duda que han de suceder. Dice que desde muy pequeños vamos aprendiendo las normas del juego que es la vida, así que no tiene sentido que nos resistamos. Vassili le pregunta si eso lo dice por Javier. Noe no responde, pero se puede oír su respiración. Luego dice que ella se resistió sólo a una cosa: a aceptar una identidad de género que no era la suya. Una vez hecha esa aclaración y esa rectificación, no iba a embarcarse en



batallas que supiera perdidas de antemano. La manera como habla recuerda mucho a cuando Sergio decía que había llegado el momento de desistir.

Noe dice que por fin entiende lo que Olga quería decir, aunque ni la misma Olga lo comprendía. Hay sucesos a los que no merece la pena resistirse, porque eso no los va a evitar ni anular. Por mucho que nos empeñemos, no somos capaces de evitar que ocurran acontecimientos desagradables. Algún día, él, con su perro, tendrá que salir a buscarnos a alguno de nosotros o a otra persona a la que tenga afecto. Y tendrá que hacerlo, porque no le quedará más remedio. Si uno deja de resistirse, puede sufrir menos, o eso cree. Cada acontecimiento altera el orden de la realidad. Por tanto, lo que nos corresponde es adaptarnos a esa nueva disposición de los elementos que componen nuestra existencia. Porque es así como se avanza. Cuando alguien desaparece, a él le toca salir a buscarlo y hacer todo lo posible por encontrarlo, pero, si no lo encuentra, toca aprender a vivir con el legado que ha dejado ese fracaso. Apretar los dientes y seguir.

Noe dice todo eso muy serio. Es la primera vez que algunos de nosotros le escuchamos ese discurso. Sigue hablando para explicar que es absurdo resistirse a un diagnóstico. Lo más correcto sería aceptarlo, informarse de su significado, de la nueva disposición de los elementos que ordenan la vida, y limitarse a existir dentro de esas nuevas normas. Eso debe de ser el realismo. En la grabación, Noe está diciendo algunas de las cosas que nos habíamos propuesto no exponer aquí, pero es que él siempre ha sido coherente con lo que pensaba y sentía. A veces parece que es Olga quien ha vuelto a hablar. Sus voces se confunden. Repiten que los acontecimientos se suceden y nosotros tenemos que adaptarnos, que eso es la madurez. Afirman algo así como que hay que asimilar el dolor como uno más de los sentimientos que hemos de sentir por el hecho de estar vivos. No se puede escoger, no es posible vivir toda una existencia sin el dolor. Se aprende a encajarlo, a que forme parte de lo que somos, porque todo eso es lo que nos configura. Y al final, dicen, el conjunto de lo vivido y lo imaginado alcanza un sentido, no puede ser tan absurdo. Si somos capaces de encajarlo todo en su sitio, encontraremos el significado. Tiene que haberlo. Escribir la obra de teatro para Malva ayudaría a ordenar muchos sentimientos.